

Universidad Autónoma Metropolitana

Unidad Azcapotzalco

Ciencias y Artes para el Diseño

Maestría en Diseño y Estudios Urbanos

Idónea Comunicación de Resultados

La alienación de la cotidianidad en el espacio público

Luis Enrique Flores Fuentes

2017

Director

Dr. Jorge Gabriel Ortiz Leroux

Integrantes del jurado

Dr. César Martínez Silva

Dra. Jasmin Anavel Monterrubio Redonda

Dra. Blanca Estela López Pérez

Mtro. Jorge Morales Moreno

Índice

Introducción	4
Capítulo uno. Cotidianidad y alienación	14
La construcción de lo propio	14
La pérdida del mundo	23
La ciudad absorta	31
Capítulo dos. La irrupción desde las prácticas artísticas	37
La teatralidad en la sociedad	40
La disrupción de lo común	43
La desregulación de la calle	46
Capítulo tres. Lo ciudad normativa y su ruptura	61
Supresión y conformación de lo público	61
Casos	63
Descripción morfológica	65
Entrevistas a usuarios	68
Intervenciones	75
Capítulo cuatro. De la alienación múltiple a las fisuras en red	88
Lo urbano como democracia y lo urbano como alienación	94
El intercambio como propósito y medio	100
Conclusiones	107
Bibliografía	114

Agradecimientos

Al director por el respaldo y las aportaciones vitales para el desarrollo de la presente ICR, a los integrantes del jurado que leyeron y complementaron con sus observaciones la misma, en especial a la Dra. Anavel Monterrubio, por su orientación metodológica esclarecedora en el transcurso de ésta investigación. A mis compañeros, a los investigadores y profesores de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA que generosamente me ayudaron, en especial a la Dra. Malala González; así como a todos los miembros del Grupo de Estudios sobre Teatro Contemporáneo, Política y Sociedad en América Latina, de Buenos Aires.

Y por supuesto, a los *performers* que de manera brillante ejecutaron las intervenciones callejeras: Adolfo Matias, Belem Barajas y *muy* especialmente Mariana V. Salazar, por su adicional colaboración incondicional.

Introducción

En principio, se caracterizará aquí a la ciudad como producto de las condiciones históricas presentes. A saber, el capitalismo en su fase actual según lo describe Fredric Jameson (2005), retomando a Ernst Mandel (1972, *El capitalismo tardío*), como la tercera etapa de este sistema socioeconómico, referida como capitalismo multinacional, posterior al capitalismo de mercado y al imperialista o monopolístico, y a su cuarta revolución tecnológica. Aunque a diferencia de las anteriores fases de desarrollo, donde el avance acelerado se originaba a partir de la construcción progresiva de motores mecánicos que propulsaban mayor fuerza y velocidad, en el momento actual de la tecnología digital (agregamos aquí) se perfilaría más bien la ubicuidad y simultaneidad como paradigma comunicacional.

Entre la ruptura del tejido urbano tradicional por el modernismo (vía el aislamiento de las edificaciones de su contexto) y el intento de reproducción y sustitución aséptica del entorno urbano degradado que se desprende del análisis de algunos espacios arquetípicos postmodernos, Jameson señala la *desrealización* (usando una expresión de Sartre) de la cotidianidad, conformando una realidad gestada a partir del simulacro y de una creciente y diversificada tendencia a la superficialidad en la sociedad actual —postmoderna—. Concibiendo esta categoría no como un estilo en la producción cultural presente sino como una lógica hegemónica orientada a la integración de un espacio global totalizador, que incorpora todas las esferas de la existencia humana (económica, social, cultural, política, etcétera).

En semejante condición, se perfila a un ciudadano perdido en el espacio de la urbe por cuanto no dispone sino de una orientación limitada y acotada a itinerarios o recorridos lineales (como lo demuestra Kevin Lynch, a quien retoma Jameson), por oposición a la visión de conjunto, relacional (que ofrece en cambio un mapa). A ello se suma, como lo señala el mismo autor, el extravío del sujeto en la red global de comunicación (el ciberespacio ahora, por excelencia) y la desorientación del individuo en el espacio social (producto de una distorsión ideológica), así como la dislocación —esquizofrénica— de la temporalidad por la combinación frenética de tiempos (épocas) diversos (todo lo pasado reciclado). Lo cual en conjunto, arroja como consecuencia la suspensión o el impedimento concreto de la praxis como actividad productiva y motora en la sociedad.

Respecto al concepto de ideología, Jameson suscribe la noción althusseriana (quien a su vez sigue a Lacan) que la describe como mediación entre la experiencia existencial (la vida cotidiana) y el conocimiento científico, sujeta por supuesto a las particularidades de cada momento histórico, y definida canónicamente como “representación de la relación

imaginaria del sujeto con sus condiciones *reales* de existencia” (Althusser [1981], *Lenin y la filosofía*). Dicha relación da cabida, en última instancia, al margen requerido para suscitar la alienación del individuo con respecto a su realidad social, inmediata y de largo alcance.

En cuanto a ésta realidad gestada en el espacio urbano, en todo caso la organización específica del tiempo y del espacio en las ciudades de acuerdo a la producción y el consumo como fines esenciales de la misma, define las condiciones de existencia de sus habitantes. La productividad creciente y el consumo exacerbado elevados al rango de paradigma social y personal, generalizan factores y condiciones críticas a partir de su impuesto funcionamiento de conjunto. La lógica social capitalista define tanto la estructura urbana como su morfología, de acuerdo a una configuración idónea para su sostenimiento y desarrollo:

La estructura urbana es la forma específica de organización social del territorio en tanto unidad que asegura la concentración de las actividades productivas y de los medios de consumo colectivos. (...) Es el conjunto de mecanismos e instituciones que aseguran la reproducción de las condiciones generales de producción en una unidad territorial. Esta producción se asegura, en principio, subordinada a la lógica social dominante: por ejemplo, reproducción de la fuerza de trabajo al mínimo costo, organización del espacio al servicio de la producción y de la acumulación, reproducción de las relaciones sociales a través de la organización represiva del consumo colectivo (desde las funciones militares de la trama física hasta la atomización en el consumo cotidiano), falta de control popular en los organismos de gestión, etcétera (Borja, 1975: 41).

De la misma forma es determinado por la mecánica capitalista el tiempo ordinario y su naturaleza, los ritmos y rutinas laborales, específicamente las dinámicas de oficina se transmiten a las otras esferas de la vida urbana diferentes al trabajo (consumo, educación, ocio, transportación, alimentación, etcétera); en una extensión de los fenómenos que Marcuse apunta para el caso de las sociedades industrializadas, cuya ocurrencia se observan también de manera generalizada en el caso de las grandes ciudades ubicadas en países dependientes, como es el caso de la ciudad de México:

El aparato impone sus exigencias económicas y políticas para la expansión y defensa sobre el tiempo de trabajo y el tiempo libre, sobre la cultura material e intelectual (Marcuse, 2001: 33).

En la distinción que este autor señala entre necesidades falsas y verdaderas, subyace la característica distorsión de la realidad social efectuada en la conciencia del ciudadano promedio, en cuanto éste dedica la mayor parte de sus anhelos y esfuerzos en la consecución de las primeras: necesidades precondicionadas, impuestas externamente al individuo por intereses particulares y que funcionan como represores de sus verdaderas capacidades y necesidades humanas; condicionantes que actúan en el sujeto por oposición a las necesidades auténticas, biológicas y antropológicas.

Correlativamente, en el seno de la sociedad en general y especialmente en la ciudad, los sujetos suelen hallarse impulsados por el afán de poseer la mayor cantidad posible de mercancías y fetiches del consumo que supuestamente otorgan una vida doméstica y citadina más confortable y placentera, alienación del individuo en el consumo; a la par de hallarse sometido a una sobreexplotación laboral que pasa inadvertida para los mismos sujetos que la padecen, alienación en el trabajo. Esta dinámica configura un tipo particular de cotidianidad en la que se ve frustrada una verdadera conformación de lo público en el espacio urbano, cuando menos una dimensión pública estable e inequívoca.

Así mismo, Marcuse señala también cómo es que en la actualidad la aplicación de la tecnología a la producción (reorientando por supuesto sus fines) crearía un impulso revolucionario en la humanidad por medio de la automatización. Cuando menos, y entre tanto (apuntamos aquí), la posibilidad del trabajo a distancia que ofrece la tecnología (en particular la de telecomunicaciones) sumada a la condición mayoritaria de la economía terciaria, permitirían la sistematización y la extensión exponencial del aparato productivo, a la vez que liberaría ingentes cantidades de tiempo destinado a la servidumbre del trabajo por millones de personas en todo el mundo.

Sin embargo, tales posibilidades se ven anuladas (especialmente en nuestro contexto) por la prolongación artificial de formas de producción y control obsoletas, justamente para mantener ocupadas a las poblaciones de forma masiva. Y por el contrario, como igualmente se explica en *El hombre unidimensional*, el consumo expandido a los trabajadores funciona como instrumento antirrevolucionario, por cuanto aparentan alcanzar un estado de bienestar —precario y falaz las más de la veces, pero aún seductor y eficaz—, así se vea reducido dicho consumo al de únicamente algunas mercancías estrella (ver Debord, 2003: 55).

Todo este proceso aquí esbozado de manera general, se aprecia especialmente agudizado desde la irrupción de las tendencias globalizadoras en la esfera de lo económico, político, social; y la progresiva implementación de criterios neoliberales a partir de la década de los

ochenta (del siglo pasado) en México, caracterizado como país dependiente y no industrializado e imbuido por cierto de una conjunción particular entre modernidad y postmodernidad. En el mismo sentido, los sujetos específicos en los que se enfoca la investigación son trabajadores comúnmente expuestos a la precariedad del empleo producto de la llamada *flexibilización* laboral.

Pues incluso inmersos en medio de todo este panorama, partimos aquí del hecho fehaciente de que la normalidad cotidiana en apariencia inamovible, es rota y traspasada regularmente de forma espontánea por los mismos individuos fragmentados, en una vinculación efímera que si bien no se articula de manera perdurable, sí gesta en cambio encuentros y ejercicios de reconocimiento en términos igualitarios y horizontales. Las tensiones y relaciones de dominación devienen momentáneamente irrelevantes e inconsecuentes, y los usuarios u ocupantes de un espacio trasgreden los hábitos de indiferenciación e indiferencia que habitualmente dominan sus conductas y comportamiento en la cotidianidad colectiva.

Puesto que de modo general, como lo señala Hannah Arendt definiendo aspectos esenciales —lo visible y lo común— de la noción de lo público, la interacción natural de las personas en la sociedad y la visibilización recíproca que implica, conducen a la conformación de la realidad individual de cada sujeto a través de su constatación por y en los demás:

(...) significa que todo lo que aparece en público puede verlo y oírlo todo el mundo y tiene la más amplia publicidad posible. Para nosotros, la apariencia —algo que ven y oyen otros al igual que nosotros— constituye la realidad (Arendt, 1958: 59).

Significa la dependencia de cada uno con los demás, de su corroboración de nuestra interpretación del mundo, pues es ésta, de acuerdo a la autora, la que otorga validez y certeza a nuestras propias emociones e ideas:

La presencia de otros que ven lo que vemos y oyen lo que oímos nos asegura de la realidad del mundo y de nosotros mismos (Ibíd).

Lo cual evidentemente no se verifica sino de manera ambigua en un entorno donde priva la incomunicación y una percepción disociada entre diferentes grupos sociales en y sobre un mismo espacio. La misma autora señala lo que sucede cuando se ven comprometidas otras condiciones elementales de lo público —permanencia y pluralidad— como resultado de la estructuración social bajo el esquema de la modernidad: cuando subsiste una sola

interpretación y versión de la realidad en la sociedad de masas, y los gustos, percepciones y representaciones del mundo se han unificado, se asiste a disolución de la libertad del sujeto y de la colectividad bajo un sistema totalitario incluso cuando su existencia permanezca velada a la conciencia común e individual. Es decir, que aun cuando el espacio urbano tiene la capacidad de albergar una sólida y vigorosa conformación de lo público, (comprendiendo lo público como ámbito de socialización e igualdad consustancial a la ciudad, según se detallará más adelante en el capítulo tres), dadas sus características físicas propias y la confluencia material de diferentes actores sociales, su manifestación y consolidación se advierte frustrada por la expansión de la lógica individualista y productivista instituida como modelo ideológico en el seno de los diversos estratos sociales, esencialmente en los ámbitos urbanos.

Tal lógica permea en la configuración tanto del espacio en sus múltiples dimensiones, como en la del tiempo; se trata de la naturaleza misma de éste en la concepción occidental, donde se comprende su experiencia intrínsecamente impregnada de tedio y hastío seculares, por cuanto es el tiempo en esta cosmovisión la prolongación incómoda en la consecución de la satisfacción de una necesidad, como lo explica Roger Bartra apoyándose en Guyau (Bartra, 1987). Esta noción encuentra su extensión y sublimación en la dinámica productivista que confunde sus ritmos y códigos en distintas esferas de la sociedad moderna:

¿No sabemos que hay un tiempo de oficina, uno de la calle y otro del hogar, completamente diferentes? ¿Acaso el mundo fabril no ignora por completo las “horas libres”? (Ibíd: 62).

No obstante, y a pesar de que en términos generales se realiza frecuentemente como se ha visto, un ejercicio de “convivencia” estéril, de aislada copresencia en tiempo y espacio, continuamente las personas en el entorno urbano —aun en los lugares de mero tránsito— trastocan el hermético estado de incomunicación e indiferencia individualista que guardan con aparente invariabilidad en la cotidianidad. Se mantiene latente y se manifiesta de manera inopinada una tendencia a superar, aún de manera efímera, el ambiente árido y rígido que los ritmos de oficina imponen en las rutinas de las personas (ritmos de tránsito, de reclusión), incluso cuando la lógica alienante retorna y determina la normalidad urbana con la misma velocidad con la que parece fracturarse. Dada la necesidad humana por expresar la propia subjetividad, se producen espontáneamente aun en estos ambientes anónimos y homogéneos ejercicios de reconocimiento y comunicación entre desconocidos, fortuitos co-ocupantes y co-usuarios del equipamiento urbano. La socialización se suscita incluso en la infraestructura urbana típicamente diseñada y

caracterizada como espacios de tránsito, y encuentra su origen y motivación, como lo describe Henri Lefebvre, en un impulso innato en el ser humano:

A estas necesidades antropológicas, elaboradas socialmente (...) se añaden necesidades específicas que no satisfacen los equipos comerciales y culturales más o menos parsimoniosamente tenidos en consideración por los urbanistas. Nos referimos a la necesidad de actividad creadora, de obra (no solo de productos y de bienes materiales consumibles), de necesidades de información, simbolismo, imaginación, actividades lúdicas. A través de estas necesidades específicas vive y sobrevive un deseo fundamental, del que son manifestaciones particulares y momentos, que superan en mayor o menor grado la división parcelaria de los trabajos, el juego, la sexualidad, los actos corporales como el deporte, la actividad creadora, el arte y el conocimiento (Lefebvre, 1978: 123).

Sin embargo, siendo la integración y pertenencia al sistema de producción y consumo capitalista operado en el individuo, el elemento que define virtualmente la totalidad de las actividades a que se entregan el grueso de los habitantes urbanos, se reconoce que la ocurrencia de sucesos que irrumpen y alteran la monotonía de la rutina cotidiana puede ser vivida como ocasión de sobrellevar tal orden más fácilmente, como catarsis espectacular, distractora, contemplativa, y al fin intrascendente, por cuanto permiten la continuidad y permanencia del sistema total, al actuar como válvulas de escape a la presión social resultante de las condiciones socioeconómicas, políticas y culturales instauradas.

Tal ambivalencia en la que se hallan contiguos o yuxtapuestos tanto elementos y comportamientos alienados como prácticas autónomas dentro de la cotidianidad colectiva urbana, conforma la preocupación esencial del presente trabajo. El objetivo principal de este estudio consiste en explicar cómo es que coexisten lógicas y hábitos divergentes en cuanto a su orientación ideológica, esto es, inercias y mecanismos alienantes con actos y subterfugios de comportamiento subjetivo y libre, además de revisar algunas de las experiencias conscientes y dirigidas de articulación y explotación de dichas potencialidades de reconocimiento y comunicación desde el arte en espacios públicos, es decir, recuperar para su consideración algunos ejercicios documentados de conformación de una dimensión de lo público en el espacio urbano a través del arte.

Se ha centrado la atención en observar cómo es que las relaciones de trabajo y consumo determinan el uso, las prácticas cotidianas, en el espacio urbano caracterizado como público; y especialmente en apreciar la confluencia de formas y conductas inducidas e

interiorizadas a nivel individual en la generalidad de las personas que conforman la multitud anónima de usuarios de los sistemas de transporte público, con ejercicios de verdadero contacto e intercambio con los extraños que incidentalmente rodean cada día al ciudadano corriente en tales espacios.

Contactos e intercambio fortuitos —entre usuarios desconocidos entre sí— así como efímeros e intrascendentes objetivamente, a escala social, pero al mismo tiempo honestos y directos, en cuanto involucran de manera voluntaria y espontánea aspectos y elementos de la vida personal que son narrados inadvertidamente al pasajero contiguo en el transporte público, o la imprevista enunciación de opiniones específicas sobre cuestiones generales (morales, políticas, etc.) que buscan la confirmación de las propias en el otro.

Ante esta dualidad del carácter social en el espacio urbano, surge el interés por indagar cómo es que subsisten simultáneamente en un mismo lugar dinámicas y mecanismos de sujeción y dominación social (trabajo, consumo), con prácticas sociales (reconocimiento, comunicación) ajenas a la lógica alienante del mercado o a los determinismos economicistas que subyacen en la sociedad urbana actual.

Y de manera más amplia cabe preguntarse ¿En qué forma la alienación manifestada en la cotidianidad incide en la naturaleza de lo público? Y por consecuencia, si lo individual está alienado ¿lo público también está alienado? ¿Cómo lo está? ¿Quiénes son sus agentes y los discursos que los soportan? ¿Cómo se da eso y cómo se puede desmontar? ¿Cómo podría superarse la señalada ambivalencia activa del individuo resuelta en continuidad y reproducción del orden establecido? ¿Es posible hablar de una desalienación? ¿Qué criterios y posibilidades involucra ello a partir de su reconocimiento? ¿Qué papel juegan el diseño y el arte en esto? ¿Qué importancia tiene una metodología para ese proceso?

Se han tomado dos lugares de tránsito arquetípicos de la ciudad, un puente peatonal y un medio de transporte público, para efectuar análisis de sitio y realizar experimentaciones tendientes a construir intencionadamente un conjunto de circunstancias y condiciones en el espacio a partir de las cuales puedan devenir percepciones y comportamientos diversos a los efectuados habitualmente, a partir de la insoslayable y universal necesidad humana por relacionarse con el otro y por expresar su interioridad específica y personal, sin importar distinciones de formación o adscripción particulares. El presente trabajo indaga en su consecución algunas bases para una comprensión más cabal del funcionamiento de las prácticas de intercambio y reconocimiento colectivo, en un contexto donde es preponderante el funcionamiento de mecanismos de dominación y control social, con miras a su superación sistemática desde la eventual articulación de ejercicios de

constitución de *situaciones* en donde idealmente devienen pensamientos y comportamientos divergentes a la lógica imperante, apelando a las mencionas tendencias humanas innatas y las afinidades latentes inclinadas hacia la identificación de los individuos pertenecientes a un mismo universo social. Se abordan además (capítulo dos) algunas formas y experiencias artísticas documentadas, orientadas a la disolución y ruptura de los estados de alienación y su manifestación en la cotidianidad en el contexto urbano.

Hipotéticamente, se plantea en este trabajo que la alienación de la vida cotidiana transforma la dimensión de lo público en el espacio urbano, en la medida en que obstaculiza la comunicación y el reconocimiento en el contacto diario de individuos que coinciden en la ocupación y utilización de un lugar, al margen de sus coincidentes o disímiles adscripciones y condiciones de vida (sociales, culturales, etcétera). Y no obstante, se suscitan ocasional y regularmente prácticas de intercambio abierto a partir de las necesidades de identificación y expresión inherentes al ser humano, mismas que son susceptibles de estimularse consciente y programáticamente.

Es decir, la dimensión de lo público del espacio urbano es limitada por las tensiones, desequilibrios y contradicciones mantenidas en la sociedad actual, y la invisibilidad de tales factores (alienación social) determina su sostenimiento y relativa estabilidad. Sin embargo, ocurren cotidianamente manifestaciones ajenas a esta lógica que la rebasan y tienen origen en la irrevocable dimensión subjetiva que albergan las personas como requerimiento universal e insoslayable de su existencia, aun sometidas a mecanismos de dominación y manipulación social actuantes desde los sistemas totalitarios y masificantes en su forma actual.

Partiendo de la confrontación de diversas concepciones del término, se ha contemplado la realización de un método particular de estudio de la alienación, implicando eventualmente en esta forma el aporte de un sustrato teórico, además de la elaboración e implementación de un método para el estudio de la cotidianidad a partir de su intervención, desde las proposiciones de los situacionistas¹ escasamente exploradas y desarrolladas en contextos como el presente, temporal y espacialmente. La comprobación de tales supuestos y su viabilidad práctica conformaría la observación de un ejercicio concreto de alteración de la realidad, desde una intencionalidad social experimental y crítica.

¹ Ver Debord, 1999.

Dichos planteamientos —prácticos— desarrollados por los situacionistas consisten, a saber, en la intervención y transformación de un espacio público urbano mediante la utilización de cualquier recurso o medio, incluyendo los artísticos, con el propósito específico de provocar y soportar —espontánea y lúdicamente— en los ciudadanos presentes (y partícipes) el surgimiento de percepciones, concepciones y comportamientos libres y discordantes con la normalidad instituida, suceso cuya ocurrencia aun efímera y limitada físicamente, constituye una interrupción del tiempo-espacio normativizado en una suerte de dislocación inducida de la cotidianidad alienada.

Dada la necesidad de establecer para los fines de la investigación propuestos las motivaciones a que responden los sujetos de estudio en sus actividades diarias, además de apreciar la confrontación de sus propios marcos de referencias con el contexto respectivo, se considera conveniente privilegiar el método cualitativo en la consecución de este trabajo.

Conformando en el primer capítulo una definición múltiple de alienación, a partir de la recuperación y valoración de concepciones correspondientes a diversos autores, se estudia con base a ello la cotidianidad apreciando el impacto de aquella y su influencia en ésta dimensión, para posteriormente efectuar desde tal enfoque el análisis teórico conducente y la recolección de datos empíricos, la cual se realizó por medio de distintas técnicas etnográficas y experimentales, entre las que figuran:

- observación directa y participante
- análisis de sitio (flujos, ritmos, emisores y mensajes, factores físicos)
- entrevistas semi-estructuradas
- situaciones* construidas

Tales *situaciones* consisten en una serie de intervenciones realizadas en el espacio caracterizado como público en la ciudad. Por medio de teatro invisible e instalación se efectuaron ejercicios de ruptura y alteración colectiva de la cotidianidad con el propósito específico de gestar percepciones y conductas distintas a las registradas usualmente en esos ámbitos. En un primer caso se realizaron intervenciones en unidades del sistema de transporte *Metrobús* de la ciudad de México y en un segundo instalaciones fabricadas con materiales de desecho (botellas de PET) en un puente peatonal sobre el Anillo Periférico. El fin en ambos casos fue originar una interacción espontánea y directa entre los transeúntes habituales de tales lugares de tránsito, donde difícilmente cualquier convivencia significativa de ordinario es albergada dadas las mismas condiciones de éstos.

Por otro lado, las variables que se buscaron apreciar en las entrevistas (conforme a las categorías de análisis delineadas) incluyeron:

- ocupaciones (en trabajo y tiempo libre)
- conciencia e interés en el contexto inmediato y amplio
- motivaciones y afectividades
- condiciones de vida (trabajo, descanso, esparcimiento)
- ritmos e interacciones establecidas

Dicho estudio múltiple (llevado a cabo con diversas técnicas) de sitios característicos del espacio urbano se consigna en el capítulo tres, para posteriormente contrastarse en el capítulo final con el análisis teórico (y documental) efectuado previa y paralelamente.

En último término, se proyectó comprobar la ambivalencia del carácter del espacio social en cuanto a los sentidos contrapuestos aquí señalados, a saber, el surgimiento frecuente de prácticas concretas e incipientes de libre asociación e intercambio en una normalidad desprovista de lazos estrechos y significativos entre individuos que comúnmente comparten un mismo entorno urbano.

Capítulo uno

Cotidianidad y alienación

Cuando el trabajo alienado rebaja la espontaneidad, la actividad libre, hasta medio, hace de la vida genérica del hombre el medio de su existencia física.

Engels y Marx

La construcción de lo propio

Inicialmente, la cotidianidad es el campo de lo relativo. En la diferencia entre la percepción individual y la significación social se perfila la dificultad de apreciar y entender más que un cúmulo de fenómenos ricos y complejos, una dimensión de la realidad humana, que como tal se constituye y desarrolla de forma múltiple y consustancialmente dinámica, cambiante.

Este mundo de lo inmediato, comúnmente asumido como una especie de limbo terrenal, desvinculado del pasado y a la vez ajeno a toda variación o trascendencia, es sin embargo a un tiempo el sustento y la manifestación de la realidad particular y concreta, es decir, histórica. El cambio es inevitable aun cuando aparezca a la cognición cotidiana como improbable, o más aún imposible.

Salvando la oposición coloquial entre cotidianidad e historia, se considera el conjunto de vivencias y concepciones que a su vez delinean el comportamiento ordinario de la personas como aglomerado total:

La separación de la cotidianeidad de la Historia, (...) se *muestra* prácticamente, en este encuentro, como una mistificación. (...) La conciencia ingenua considera la cotidianeidad como la atmósfera natural o como la realidad íntima y familiar, mientras la Historia se le aparece como la realidad trascendente, que se desarrolla a espaldas suyas y que irrumpe en la vida de cada día como una catástrofe en la que el individuo se ve arrojado de manera igualmente "fatal" a la manera como las bestias son empujadas al matadero. Para semejante conciencia la *división* de la vida en cotidianeidad e Historia existe como destino. Mientras que la cotidianeidad es intimidad, familiaridad, vecindad, hogar, la Historia viene a ser como un descarrilamiento, como la destrucción de la marcha de la cotidianeidad, como excepción y extrañeza (Kosík, 1967: 95).

Consecuentemente, la cotidianidad es entonces un acontecer constante que sin embargo no se circunscribe a una repetición perpetua, sino que por el contrario, la reiteración y la intercambiabilidad de los días y los sujetos, como el mismo autor lo explica —en donde un trabajador es plenamente sustituible por otro y un martes por el de una semana idéntica previa o posterior—, es en última instancia e idealmente, un transcurrir alterable por lo excepcional, que pertenece también a lo cotidiano, y que permite así distinguir, en ese caso, un momento del resto de tiempo indiferenciado.

En tal sentido, la oposición entre la cotidianidad, en toda la extensión de sus posibilidades, y su alienación, se vislumbra como operación indispensable en el esfuerzo efectuado en aras de su comprensión y dimensionamiento teórico. Esto es, la distinción entre la cotidianidad y la perenne rutina productivista moderna, o sea, la *cotidianeidad enajenada*; en donde se configura el arquetipo existencial de los individuos a partir de su pertenencia a un sistema productivo:

¿En qué condiciones la cotidianeidad se transforma en "religión del día laborable", esto es, cobra el aspecto de las condiciones eternas e inmutables de la existencia humana? (Ibíd).

Esto es la adhesión voluntaria y entusiasta, la dedicación decidida de millones personas, a adaptarse e integrarse a un orden sustancialmente injusto y a un trabajo deshumanizante. Se instaura entonces el reino del olvido y de la inconsciencia, del automatismo, puesto que...

La cotidianeidad es, ante todo, la *organización*, día tras día, de la vida individual de los hombres; la reiteración de sus acciones vitales (que) se fija en la repetición de cada día, en la distribución diaria del tiempo. La cotidianeidad es la división del tiempo y del ritmo en que se desenvuelve la historia individual de cada cual (Ibíd: 92).

Se produce entonces por acumulación, podemos así suponer con particular densidad en las ciudades, una cotidianidad colectiva; producto de la aglomeración de millones de personas actuando a un ritmo común día a día.

En todo caso, la vida corriente de las personas en su diario acontecer no es ni enteramente propia, decidida de manera personal, ni por completo predeterminada e inducida, cabe comprender así mismo que las manifestaciones de una y otra naturaleza se hallan regularmente tan imbricadas que resulta cuando menos ambiguo y/o arbitrario en

alguna medida tratar de considerarlas en específico, especialmente asumiendo que éstas suceden por regla general de manera individual e inadvertida.

No obstante, es justamente la oposición entre, por un lado, este inmediatismo y familiaridad propias de la cotidianidad, y por otro, su dislocación e interrupción, lo que permite la apreciación de ambas dimensiones.

Más allá de las fronteras de este mundo de la intimidad, de lo familiar, de la experiencia inmediata, de la repetición, del cálculo y del dominio individual, comienza otro mundo, que es exactamente lo opuesto a la cotidianeidad (Ibíd: 93).

El choque de la normalidad cotidiana y su ruptura, la interrupción de un fragmento (aun ínfimo, micro) del universo de millones de personas, del ritmo habitual de sus existencias ordenadas en pautas y frecuencias, en actividades regulares, daría cabida a la observación del sustrato de aquella.

Aquí sin embargo surgen las interrogantes: si como afirma Kosík, esta dimensión de la realidad consiste especialmente en nuestro tiempo, en *la noche de la desatención, de lo mecánico y del instinto* y de *los actos banales*, la creación artística, sea popular o culta, en qué horizonte se ubicaría. Y de la misma manera, en dónde se ubicarían ese sinfín de tácticas², gestos, actividades y concepciones, producidos en la experiencia personal de la

² Es conveniente quizá referir aquí la distinción efectuada por Certeau entre estrategias y tácticas. Las primeras definidas como maniobras características de poderes consolidados, cuando no institucionalizados, llevadas a cabo desde un lugar y hacia el exterior y por consecuencia dotadas de un carácter más perdurable; mientras que las segundas se identifican con maniobras efectuadas en condiciones y circunstancias más bien precarias, propias de los sujetos o actores no dominantes, por tanto de naturaleza más bien fugaz o cuando menos temporal:

Llamo “estrategia” al cálculo de relaciones de fuerzas que se vuelve posible a partir del momento en que un sujeto de voluntad y de poder es susceptible de aislarse de un “ambiente”. La estrategia postula un lugar susceptible de circunscribirse como propio y luego servir de base a un manejo de sus relaciones con una exterioridad distinta. La racionalidad política, económica o científica se construye de acuerdo con este modelo estratégico.

Por el contrario, llamo “táctica” a un cálculo que no puede contar con un lugar propio, ni por tanto con una frontera que distinga al otro como una totalidad visible. La táctica no tiene ni tiene más lugar que el del otro. Se insinúa, fragmentariamente, sin tomarlo en su totalidad, sin poder mantenerlo a distancia. No dispone de una base donde capitalizar sus ventajas, preparar sus expansiones y asegurar una independencia en relación con las circunstancias (Certeau, 1999: 49).

existencia de cada uno en un mismo entorno —florecientes de forma tan ineludible como imprescindible—, que el individuo opone como defensa ante las múltiples condicionantes y presiones que su medio le impone. Así como también los ejercicios de intercambio y comunicación con el otro, que los sujetos practican espontáneamente como subterfugios de conciliación y cooperación solidaria con quienes les rodean. Acciones que pueden ir, hablando del día a día en el espacio común de la ciudad, particularmente en los transportes públicos, desde el hábito de obstruir el cierre automático de las puertas en los vagones del Metro, para dar ocasión de abordar a un pasajero rezagado, hasta la costumbre de advertir a quien porta una mochila abierta a la espalda el hecho seguramente accidental, previendo el riesgo siempre latente de que sean sustraídas sus pertenencias aprovechando el descuido, pasando por la tendencia ampliamente reiterada a entablar una conversación con algún pasajero contiguo, ante la menor oportunidad y al respecto de cualquier tópico coloquial (el clima o la saturación de personas en el transporte) o de anécdotas y/o semblanzas de la propia vida personal, expuestas inadvertidamente después de unas cuantas palabras de breve preámbulo.

Advertiríamos así la conformación de lo público en el espacio urbano, justamente a partir de este tipo de ejercicios de reciprocidad horizontal y espontánea en lo cotidiano, que diluyen el aislamiento de los sujetos que de ordinario priva en la ciudad. En un proceso de confluencia y articulación, intercambio y comunicación —progresivamente más elaborado y sólido— para devenir —eventualmente— en la resolución de los problemas y necesidades más trascendentes para el conjunto total como resultado de la interacción libre y abierta, como se pretendería en toda sociedad asumida como moderna, es decir democrática³.

Pero la pluralidad de subjetividades y su repercusión a mayor escala suceden por supuesto en un determinado espectro máximo que permite la continuidad de un sistema desequilibrado en esencia. Es el resultado del cúmulo de tensiones y fuerzas opresivas a las que se halla sometido el individuo promedio. Es el conjunto de miserias invisibles o normalizadas que constituyen la atmósfera ordinaria a la que ha de habituarse y en la que debe desenvolverse el hombre entre sus congéneres, en el modelo vigente de sociedad.

³ Semejante proceso pasaría necesariamente por la verificación de las antes mencionadas (en la introducción) condiciones de lo público, que ahora precisamos: la *permanencia* como continuidad y particularidad histórica de una sociedad que permite el arraigo y la identificación a sus integrantes, la *pluralidad* como expresión democrática de lo diverso en sus múltiples diferencias, y lo *común* como articulación de lo percibido como propio y compartido por un determinado conjunto social.

Es la suma de los horarios extenuantes (jornadas exhaustivas y abiertas, sin término diario específico y turnos rotativos que obstaculizan o impiden toda dedicación a actividades distintas al trabajo), condiciones de desplazamiento por la ciudad críticas (hacinamiento, distancias excesivas, saturación vehicular, contaminación material, atmosférica, auditiva, etcétera), la insuficiencia de los ingresos para costear la satisfacción de los requerimientos mínimos (de alimentación, salud, educación, esparcimiento, etcétera), la extrema invariabilidad y esterilidad intelectual de las actividades y condiciones de trabajo, así como la monotonía de las actividades cotidianas a que se dedican las personas en sus tiempos libres, cuando no se hayan dedicadas al respectivo empleo. Es la sustracción en el ciudadano promedio de su espacio y tiempo vitales, de sus expectativas de transformación a futuro y de sus capacidades amplias de goce, reflexión, recreación y expresión. Son éstos los factores que expresan distintas manifestaciones de alienación en la cotidianidad, que antes de excluirse o entrar en conflicto entre sí parecieran apuntar a complementarse.

Este universo de coerciones concretas y sus consecuencias constituye un campo deliberadamente ignorado o vetado casi para la conciencia cotidiana. La consagración insalvable del individuo a un espectro de actividades que no apuntan a la realización plena de sus posibilidades sino al progresivo vaciamiento y desarticulación de sí mismo.

Es la pretensión, erudita o *cándida*, de autoconvencernos en masa —y de manera incontestable— de que habitamos el mejor de los mundos posibles, el afán de demostrarnos que *todo es perfecto*, por cuanto

Está demostrado que las cosas no pueden suceder de otro modo; porque estando todo hecho para un fin, todo lleva necesariamente hacia el fin mejor (Voltaire, 1999: 12).

La ausencia total de perspectivas distintas a las impuestas por el modelo socioeconómico presente, justificada en el individuo por la pobreza de imaginación o por la evasión tranquilizadora traducida en resignación pasiva, constriñe al ser humano de una manera tan sutil como implacable, no obstante se entronice como ideal y modelo a alcanzar para la gran mayoría de las personas, sin distinción de sus condiciones reales de vida.

La heterogeneidad de las condicionantes actuantes en la actual sociedad, urbana, moderna-postmoderna, y de los actores sujetos a aquellas así como la aparente invariabilidad de paradigmas (económicos principalmente) y su (muy) relativa estabilidad, y la aridez de criterios de comportamiento y de pensamiento propagados con eficacia avasallante por los medios masivos de distribución de información, hacen caer fácilmente en una lectura unívoca de la realidad donde los ciudadanos se adhieren y someten al

consenso social de manera automática y absoluta, aun cuando el orden de cosas resultante y sostenido sea ostensiblemente inicuo e irracional.

Por el contrario, la aparente tranquilidad y normalidad cotidiana está plagada de un espectro de conflictos y subterfugios esgrimidos ordinariamente por los individuos, como medios para solventar las múltiples contradicciones y presiones a que se hallan expuestos en su día a día particular y compartido. En este escenario, partimos entonces señalando que las condiciones sociales a que debe acoplar su existencia cada persona son en sí mismas sumamente agresivas, aun cuando ejerzan su acción de manera velada o disfrazada de naturalidad o cualquier otra cualidad supuestamente a salvo de cualquier enjuiciamiento crítico. En otras palabras, nos proponemos superar

La confusión o asociación mecánica entre cambio, violencia y ruptura, y por otra parte, entre reproducción social con estabilidad y normalidad (León, 1999: 125).

Resulta evidenciada así la naturaleza esencialmente violenta de la normalidad reproducida socialmente, así como la interpretación reduccionista que concibe al ciudadano promedio como receptor y repetidor inerte de la ideología legitimada y preconizada en un determinado esquema social, cuando aquel parece hallarse desvinculado con respecto a los otros semejantes a él y permanecer enteramente indiferente y ajeno a sus necesidades y problemáticas, es decir:

La idea de que solamente los procesos de cambio pueden quebrar la legitimidad acordada de los criterios de gestión de la vida humana. Y que, si no hay proyectos o movilizaciones conflictivas de grandes actores organizados estamos ante la presencia de un tipo de conformidad (más o menos activa), consenso e identificación con el orden establecido (Ibíd).

En los capítulos subsiguientes, se expondrán algunos ejercicios —tanto presenciados (capítulo dos) como diseñados desde esta investigación (capítulo tres)—de ruptura inducida de la cotidianidad en espacios públicos, a partir de una intencionalidad específica como ejercicios de observación y modificación de la realidad colectiva, apelando a la liberación y exacerbación de las capacidades estéticas y lúdicas subyacentes en los mismos individuos, que se involucran autónomamente desde su subjetividad y criterio particulares.

Rebasando así la noción de cotidianidad como repetición autómatas que solo reproduce el orden imperante, se perfila entonces una modalidad específica y diversa de la vida humana diaria, así:

La vida cotidiana pierde su natural atribución de proceso ordinario, de tranquila repetición de los formatos establecidos para convertirse en creador o productor de insatisfacciones manifiestas o soterradas, de luchas y orquestación de prácticas, sentires y visiones en ebullición. Todo eso que vuelve la vida, cualquier vida, en un crisol de motores de sentido y continua reflexión sobre las circunstancias que la impactan (Ibíd: 126).

Aunque es ya no solo la toma de conciencia sobre la significación de la existencia individual o colectiva con sus respectivas dinámicas y fenómenos sociales lo que se perfila, sino la consiguiente perspectiva, acaso difusa aún, de constituir elementos de resistencia y limitación a los condicionamientos de orden social, y de configurar un fermento probable de transformación de la vida colectiva en términos de una reorganización más coherente y participativa, con la inclusión y el consenso de la gran mayoría de los sectores poblacionales en su conjunto.

Pero en principio se trata de la fractura de la aparente omnipotencia de los factores económicos y políticos, como determinantes de la conciencia y la conducta sociales comportadas por millones de seres (fundamentalmente en las aglomeraciones urbanas):

Los disentimientos y patrones de vida contranormativos o a contrapelo de las llamadas determinaciones estructurales y del control normativo de un tipo de sociedad están siempre a la vuelta de la esquina, y la expansión de sus efectos puede llegar a modificar los encuadres considerados inamovibles o a dejar claro que su fuerza para imponer márgenes a la vida social no son tan decisivos ni primordiales (Ibíd: 128).

Se trata aquí entonces del esbozo de un concepto de cotidianidad más flexible, o mejor dicho, con un sentido múltiple, dialéctico, alejado del valor absoluto otorgado inicialmente como mero medio de reproducción social; como si el abanico de posibilidades concretas surgidas de la interacción personal y la capacidad inventiva de los individuos estuviesen perpetuamente sesgadas y condenadas a alojar exclusivamente prácticas tendientes a continuar y prolongar los discursos y lógicas imperantes en un determinado universo social, y fuesen así por entero ajenas a posturas y acontecimientos de diversa índole, o ya concretamente a actos y enunciaciones que podríamos considerar como antagónicos o de franca oposición a aquellos procesos e inercias de homologación y replicación del orden dado, dicha cotidianidad:

Puede abarcar distintos espacios y circunstancias humanas, las cuales recogen un amplio espectro de fenómenos ligados a cosas que pueden ir desde la prolongación de patrones y estilos de vida que caracterizan etapas históricas, hasta

las interacciones siempre cambiantes entre individuos y colectivos que conviven durante tiempos variados (Ibíd: 27).

Es decir, no subyace un estado de inconsciencia plena en el acontecer diario del ciudadano común y corriente, como cabría presumir en un primer acercamiento. Sino que por el contrario, el hombre bajo cualquier circunstancia crea en alguna forma su respectiva, propia y particular cotidianidad, aun cuando no pueda tampoco lograr la proeza de ensanchar indistintamente su libertad y el ejercicio de sus capacidades humanas, en su intelecto y espíritu, cuando un régimen sustrae al ciudadano la posibilidad de practicarlas en la realidad material, social; y no entonces, como supone Moles, pueda compensar de tal manera toda suerte de restricciones y violencias generalizadas y de cualquier grado:

Este análisis sitúa a la libertad en los intersticios localizados entre las prohibiciones, y demuestra que cualquiera que sea la pequeñez de estos intersticios, el ser humano siempre podrá *deslizarse hasta ellos*, dilatándolos en su conciencia al nivel de los antiguos campos de libertad (Moles, 1983: 98).

Consideración por demás dudosa, cuando significativamente en la sociedad presente predomina no el valor objetivo de las mercancías, sino su contraparte ofrecida por el capitalismo, el *gadget*, el valor simbólico sublimado al nivel justamente de rebasar cualquier escala, y el consumo elevado al estatus de razón y sentido vital. La arbitrariedad e irracionalidad del sistema es subsanada en el individuo, o intenta serlo, por toda suerte de sucedáneos existenciales, y la comprensión de tales circunstancias deviene en amenaza para la legitimidad y aceptación del mismo orden:

El hombre se descubre pequeñito frente al espejo de la producción; pero si el análisis micropsicológico le permite, eventualmente, tomar conciencia de esta pequeñez, sería esto una etapa para que el micropsicólogo *denuncie un contrato* basado en falsas apariencias, la conciencia de la vida cotidiana sería en sí, una causa de subversión, fuera de todo sistema político (Ibíd: 99).

Esto es, la apreciación desideologizada y objetiva de la realidad cotidiana permitiría visibilizar en dado caso, las carencias y contradicciones del modelo de vida vigente otorgando posibilidades para su superación o resolución, su modificación consciente y consensada en el mejor de los casos, o para su cuestionamiento crítico, en el más básico.

Como métodos de aproximación el mismo autor enuncia el análisis literario como un medio idóneo para captar y plasmar fragmentos de la realidad que por su misma naturaleza son, estrictamente hablando, inaprensibles, inasequibles desde una postura pretendidamente objetiva. Más que una conceptualización, una interpretación literaria representa un modo privilegiado para recrear por medio del lenguaje, la complejidad y

simultaneidad intrínsecas de la realidad. Es con estos medios como pueden registrarse determinadas minucias, elementos y sucesos completos de los que se compone el microuniverso particular y habitual de las personas, en el que se mueven y acontece su vida:

Está el aporte esencial de la literatura, o por lo menos cierta clase de literatura. Los escritores son quienes mejor han captado el desacuerdo entre la imagen, profesada por los socializadores, de un hombre más o menos racional, coherente en sus comportamientos, y la de un ser con pulsiones, tomado de cualquier parte, sujeto a microplaceres y microangustias, que toma a cada instante microdecisiones y vive, por esta razón, en microincertidumbres, microtragedias (o microcomedias) que expulsa de su conciencia para pasar al acto siguiente (Ibíd: 91).

Además de esta forma de acercamiento, también figura lo que en palabras del mismo Moles se denomina el *análisis por síntesis; es decir, la modelización, la simulación, la reconstrucción dramática*. Esto es, la realización de “microescenarios” como método de apreciación y estudio de esta dimensión de la realidad, comúnmente inasible y menospreciada como “objeto de conocimiento”:

Reconstruir un microdrama es comprenderlo y hacerlo comprender, la síntesis es un análisis; la selección y la combinación de los gestos y de los praxemas expresivos induce a conocer lo importante respecto de lo accesorio y establece la pertinencia (Ibíd: 92).

El cómo abordar y recrear un fragmento del mundo social, constituye en sí mismo una explicación dada la multiplicidad de aspectos y la riqueza de elementos que en la situación más aparentemente simple, intervienen y modifican tanto el curso mismo de los acontecimientos, como la apreciación que de ellos se realice, cualquiera que ésta sea; aun en los casos en que se postula como propósito alcanzar el mayor grado posible de objetividad efectiva.

Adicionalmente, el estudio de la cotidianidad reviste especial dificultad dada la cercanía y fugacidad propias que esta forma de la realidad posee. Y entre tanto, en medio de la actuación de las más severas y sofisticadas condicionantes sistémicas, de las normatividades más estrechas, los individuos en su diario transcurrir y quehacer hallan las maneras para recrear y manifestar su propia y libre subjetividad, al margen de los determinismos y carencias a los que se encuentran expuestos y en mayor o menor grado sometidos. Es en este entorno cotidiano en donde el tiempo y el lugar tienen ocupación y sentido para las propias personas que lo viven, cualesquiera que aquellos sean, y más allá de su utilidad o propósito explícito y subyacente.

La pérdida del mundo

En este orden de cosas, la complejidad de la realidad aquí anteriormente expuesta resultaría de la conjunción de los diversos e innumerables extremos opuestos posibles, que a un mismo tiempo son igualmente válidos y ciertos. Se trata de un indispensable pensamiento paradójico que, como lo explica Erich Fromm, aun cuando resulta ajeno a nuestra conciencia occidental, resulta indispensable tener en cuenta si realmente queremos acceder a una forma de conocimiento acorde con la naturaleza del mundo tal y como se nos presenta:

Es la experiencia verdadera de dos hechos contradictorios, dos afirmaciones contradictorias, y la capacidad de vivir, o el estar dispuestos a vivir, en estas contradicciones y a no pensar que, dado que son contradicciones, no pueden ser verdaderas o no pueden ser reales (Fromm, 1992: 111).

Esta clase de forma dialéctica de aprehensión de la realidad, de experimentar la existencia efectuando una fusión de las diversas dicotomías que en principio podemos abstraer de tal o cual fenómeno, conlleva la posibilidad de abarcar los diferentes aspectos de los cuales se componen. En el caso del objeto de interés aquí abordado, de ninguna manera se comprende la cotidianidad constituida de forma homogénea, sino por el contrario, conformada en el individuo y lo social tanto de un carácter trascendental como de la más completa inconsecuencia y volatilidad, tanto de entrega a la reiteración como del afán por superarla, en suma resultaría aquella tanto la cristalización de una reproducción inducida y ceñida a un orden social dado, como el lugar y momento en donde las personas traspasan y evaden los límites habituales de su existencia dentro de tal sistema.

Del sentido dual de lo cotidiano, fluctuante o simultáneamente ubicado entre la repetición inconsciente y el sortear el automatismo a que inducen incansablemente los mecanismos y dispositivos del sistema establecido, devienen entonces el tiempo y el espacio donde el ser humano concreto materializa su existencia y en donde realmente habita.

Situados en este autor, retomamos ahora la definición de enajenación que formula, como exposición inicial de la significación de esta pérdida de capacidades cognitivas directas y esta especie de tergiversación ontológica:

El mecanismo de la enajenación puede definirse psicológicamente así: yo proyecto una experiencia, que potencialmente está dentro de mí, en un objeto exterior. Es decir, yo me enajeno de mi experiencia y la proyecto en alguien o algo exterior. Entonces, trato de entrar en relación con mi humanidad estando en relación con el objeto en el cual la he proyectado (Ibíd: 112).

El funcionamiento de este fenómeno explica la vida urbana como la apreciamos en nuestros días, plena de anonimidad y amnesia patológica donde tan frecuentemente se ignora lo más esencial, lo más propio, y se circunscribe la vida a un flujo indiferenciado de tiempo y sucesos sin mayor relevancia o notoriedad que el olvido inmediato. Es la libertad ofrecida al buen ciudadano promedio, evidentemente y por entero alejada de un verdadero despliegue y cabida del ser humano en la plenitud de sus capacidades y potencialidades, reducida a la elección entre el consumo de diferentes mercancías y marcas comerciales y al beneficio ilusorio que aportan, un estado de gracia tan fantástico como anhelado más allá de toda problemática mundana posible. Es aquí justamente cuando el deseo dirigido, inoculado de forma exponencial por los medios masivos adquiere sus capacidades de persuasión en el individuo cuasi universales según sus propias aspiraciones y la publicidad sublima el consumo al nivel de paradigma existencial.

Se completa así el ciclo ininterrumpido de producción y consumo constantes (e idealmente crecientes), que señala la teoría marxista como fuentes primordiales de alienación en el seno de las sociedades capitalistas.

El mismo Fromm remite a los *Manuscritos: Economía y Filosofía* para recuperar la definición que Marx sintetiza del concepto de enajenación:

El objeto que el trabajo produce, su producto, se enfrenta a él como un ser extraño, como un poder independiente del productor (citado en Ibíd: 113).

Y de *La ideología alemana* extrae así mismo una definición con la que redondea Marx su precisión esclarecedora al respecto del mismo concepto, es

Esta consolidación de nuestros propios productos en un poder material erigido sobre nosotros, sustraído a nuestro control (Ibíd).

Marx distingue además la alienación religiosa —delegación de las virtudes humanas positivas (bondad, amor, fraternidad, etc.) en una entidad suprema con la cual debe comulgar para completarse—, la alienación política —proyección del poder humano en una abstracción que se materializa como autoridad superior al hombre, el Estado, al cual el individuo ha de supeditarse— y alienación económica, a la cual por supuesto coloca como preeminente en la sociedad presente y determinante de las otras formas de alienación⁴. La imposición de tales necesidades sociales como servidumbres, como condiciones esenciales o elementos de sí mismo a los cuales el ser humano ha de buscar acceder para reencontrarse y realizarse, lo condena a un estado de suspensión

⁴ Se ha revisado esta clasificación en Israel (1977), *Teoría de la alienación*.

generalizado y perpetuo de su desarrollo vital pleno y armónico, y a su desvinculación del entorno social y biológico total.

Y respecto a la solución vislumbrada por Marx a este fenómeno, y puesto que de acuerdo con él, tal es un producto de las condiciones históricamente determinadas, en particular, de la propiedad privada de los medios de producción y de la división del trabajo, la supresión de tales circunstancias devendría en la desaparición de la alienación imperante en la sociedad actual, dado que se identifica la alienación económica como preponderante y decisiva en el contexto sociohistórico presente. No obstante, ante la magnitud de la dificultad de anular a gran escala (como indispensablemente se requiere en las tesis de Marx, a las que volveremos más adelante) las condiciones actuales de producción vigentes, cabría oponer otras tentativas o recursos de superación a dicha cuestión.

De tal manera, tenemos el núcleo del fenómeno que comprende el interés de esta investigación, a saber, las formas que los individuos practican para eludir la aridez y vaciedad que conllevan las rutinas y roles —circunscritos a la producción y consumo— a que se condena al individuo cotidianamente en el seno de la sociedad actual. La superación de los límites en que se circunscribe la vida total de las personas en las ciudades, donde la concentración de información y mensajes de cualquier índole conducen al individuo a omitir o reducir el ejercicio de partes esenciales de su ser, incluyendo la comunicación con el otro, al menos en formas y términos directos y abiertos.

Y a propósito de la alienación política que se ha categorizado, comprendida en el mismo sentido como la liquidación en la conciencia del individuo de toda capacidad de la voluntad propia ante el medio social y los poderes instituidos, así advertidos como omnipotentes, el consiguiente sentimiento de impotencia e insignificancia que provoca tal condición en los sujetos frente al sistema total establecido se comprobó en reiteradas ocasiones en las entrevistas consignadas en el tercer capítulo.

Por otra parte, coincidentemente con la relación que establece Fromm en su citada obra, entre el concepto de alienación y el de idolatría, Michel Foucault describe la evolución de aquel remontándolo a la figura de posesión de acuerdo al imaginario cristiano, transitando desde la idea del poseído según Santo Tomás, en donde la libertad y el alma anteceden al cuerpo que se corrompe, y su inversión tras el Renacimiento en donde es ahora el cuerpo el que permanece incólume ante la pérdida de la libertad del alma, la posesión del espíritu; hasta arribar al siglo XVIII en donde la locura no sería ya una infestación demoniaca *sino solo la desaparición de las facultades más altas del hombre*: la pérdida del juicio, la desposesión del individuo de la razón. Sin embargo, señala el autor, la

caracterización de la locura desde el interés clínico conlleva una determinación arbitraria que vela un fenómeno sociohistórico más amplio:

De esta concepción humanista surgirá una práctica que excluye al enfermo de la sociedad de los hombres. Se ha abandonado la concepción demoníaca de la posesión, pero para llegar a una práctica inhumana de la alienación (Foucault, 1984: 91).

Posteriormente, perfila la distinción entre la alienación mental y la alienación histórica, al definir la enfermedad como un desfase entre las contradicciones del medio y la respuesta que el sujeto es capaz de oponer desde sí, es decir

Cuando la dialéctica psicológica del individuo no puede encontrarse en la dialéctica de sus condiciones de existencia (Ibíd: 114).

Y a diferencia de la noción decimonónica, cuando se entendía el extrañamiento de la persona en función de la *naturaleza humana*, refiere ahora el distanciamiento efectuado entre la conciencia de la persona y su lugar y momento concretos, fenómeno particular propio de un contexto específico:

El enfermo ya no puede reconocerse en tanto que hombre en las condiciones de existencia que el mismo hombre ha instituido. (...) La alienación ya no es una aberración psicológica sino que se define por un momento histórico: solo en él se ha hecho posible (Ibíd).

Así, Foucault señala la verdadera naturaleza del extravío ontológico arquetípico del hombre en la sociedad actual, la constricción del ser humano bajo las condiciones intransigentes que su medio —urbano— le impone. La promesa de satisfacción simulada substituye la verdadera necesidad de proveerse de las condiciones óptimas —materiales e intangibles— que aseguren su subsistencia y desarrollo; el sujeto se extravía en cambio en su creciente exigencia por asimilarse en una imagen de sí ajena a él mismo.

Las condiciones enajenantes del medio social, construido y legitimado en cuanto normalidad admitida, son disimuladas bajo la categorización de alienación mental que la explica como trastorno clínico, y no como resultado del sometimiento del ser humano bajo formas de vida que lo absorben y aíslan de sí mismo.

La revolución burguesa ha definido la humanidad del hombre por una libertad teórica y una igualdad abstracta (...). Si se ha hecho de la alienación psicológica la consecuencia última de la enfermedad, es para no ver la enfermedad en lo que

realmente es: la consecuencia de las contradicciones sociales en las que el hombre está históricamente alienado (Ibíd: 116).

Conviene ahora suscribir la distinción general marxista entre los diferentes tipos de alienación para completar un poco más el panorama conceptual que se asienta aquí, en aras de comprender y explicar (de modo no absoluto ni mucho menos definitivo, por supuesto) el universo social actual abordado.

Por un lado la alienación objetiva, producto de la separación del individuo de lo realizado por su trabajo (que se cristaliza también en las formas del Estado y la burocracia), se suma a la alienación subjetiva o alienación de sí mismo, entendida en principio como la disociación entre las expectativas del propio sujeto en torno a un modelo ideal de sí mismo, al que orienta sus aspiraciones de acuerdo a un discurso e imaginario inducidos, y la propia realidad concreta del sujeto⁵.

Por cierto esta divergencia tendría una tentativa “resolución” negativa, en forma expandida, en las redes sociales digitales, actualmente sujetas a un crecimiento vertiginoso: en la posibilidad de construir una imagen de sí mismo, modulada continuamente a juicio de cada persona, decidiendo deliberadamente qué y cómo mostrar y qué no. La simulación de una personalidad y una correspondiente vida personal creadas a modo ofrece la oportunidad de satisfacer, al menos de un modo ilusorio, los anhelos y exigencias propagados mediática y masivamente e interiorizadas por los individuos.

En la actualidad, los flujos intensivos de capitales transforman y definen el medio urbano con drástica e inusitada velocidad y profundidad. En la plétora de la hipercomunicación tecnológica, el cálculo del impacto mediático instaaura su imperio y la intrascendencia se instaaura como norma; como estrategia preferente la fórmula de la simpleza más burda y la manipulación emocional saturan el *mainstream*. La declarada importancia y consideración del ciudadano corriente, tan pregonada como simulacro permanente en los medios masivos, es desmentida rutinariamente por la realidad establecida e institucionalizada, en cuanto éstos imponen las prioridades y objetivos a los individuos acorde a los intereses de grupos de poder por entero ajenos y singularmente opuestos a las auténticas necesidades y deseos de las personas:

La alienación se presenta primero como alienación de la sociedad a sus instituciones, como autonomización de las instituciones con respecto a la sociedad (Castoriadis, 2013: 147)

⁵ Se ha consultado esta relación en Schaff, Adam (1979), *La alienación como fenómeno social*.

Por consiguiente, la alienación como fenómeno social, como *heteronomía instituida*, en palabras de este autor, se materializa como proceso objetivo, como determinante del masivo hombre común. Los estrechos límites que la sociedad presente confiere al ser humano cualquiera, como consumidor y productor frenético e incansable, incluso en el más extremo aplastamiento del espíritu y la voluntad consciente se tornan si no invisibles, cuando menos aceptables y hasta deseables, toda vez que se identifica en esta dinámica a la explotación con un loable esfuerzo personal, y a la adquisición de bienes y servicios, aun de manera ínfima o limitada, con la felicidad:

La alienación encuentra sus condiciones, más allá del inconsciente individual y de la relación intersubjetiva que se juega en él, en el mundo social. Hay, más allá del «discurso del otro», lo que carga a éste con un peso indesplazable, que limita y hace casi "vana toda autonomía individual". Es lo que se manifiesta como masa de condiciones. Es privación y opresión, como estructura solidificada global, material e institucional, de economía, de poder y de ideología, como inducción, mistificación, manipulación (Ibíd: 138).

Entendido así el origen social de la alienación —como se le concibe actualmente—, interesa ahora determinar el papel que juega este fenómeno en el espacio urbano. Dicha relación comprende la constitución del entorno habitual del ciudadano como un medio que en las más de las ocasiones limita ostensiblemente —cuando no frustra— todo esfuerzo de adaptación desplegado por el individuo, tornándose además dicha disfuncionalidad crónica como aparentemente normal, si no invisible.

Y si Marx señalaba (desde sus escritos tempranos) la dinámica del sistema económico en el complejo producción—consumo, y se enfocaba en su obra en la primera fase del proceso a partir de la enajenación del trabajo, el desarrollo posterior que habría de seguir el consumo hasta el siglo XX lo encontramos en forma por demás aguda analizado en *La sociedad del espectáculo*.

Este texto detalla el arribo al estadio de la llamada sociedad opulenta, y advierte en realidad entraña una insólita pobreza planificada: escasez además de económica, de tiempo y espacio, de conocimiento e imaginación, de acción y percepción, etcétera; a partir de la consolidación de la *supervivencia ampliada*: la superación en la historia de la humanidad de las condiciones mínimas que garantizan la sobrevivencia de la especie, en cuanto al orden material y estructural se refiere, y su transmutación a una sociedad regida por el consumo ininterrumpido como paradigma (análogo a la acumulación *infinita* que significa la primacía de la imagen). Se describe la orientación y desarrollo de la sociedad

contemporánea en dónde el espectáculo se sublima como la última mercancía, expandida al punto de ocupar todo el espectro de la vida humana, suplantándola:

El espectáculo es el momento en el cual la mercancía alcanza la *ocupación total* de la vida social. No es únicamente que se haga patente la relación con la mercancía, sino que ya no hay otra cosa más que esa relación: el mundo visible es su mundo. (...) El consumo alienado se convierte en un deber para las masas, un deber añadido al de la producción alienada (Debord, 2003: 55).

Tal papel protagónico y decisivo de la mercancía en el presente, lugar que antes era ocupado por el dinero, constituye ahora (de acuerdo con el autor) el poder dominante no solo de la economía sino de toda la sociedad. Y en su forma actual se resuelve como factor determinante del movimiento de distanciamiento de los hombres entre sí, y de separación respecto a su misma producción (bienes, instituciones, conocimientos, etcétera).

Y referente a las implicaciones de la economía global —en el perfil que ha adquirido actualmente— en la transformación del espacio, apunta en el capítulo dedicado a tratar “La ordenación del territorio”:

La producción capitalista ha unificado el espacio (...). Esta unificación es un proceso a la vez extensivo e intensivo de *banalización*. La acumulación de mercancías producidas en serie para el espacio abstracto del mercado no solo tuvo que vencer todas las barreras legales y regionales, (...) sino que también tuvo que disolver las cualidades y autonomía de los lugares (Ibíd: 143).

Este reordenamiento en las ciudades cobra la forma de una tipificación homogenizante que asemeja entre sí los diferentes tipos de usos del suelo en el espacio urbano: mientras las zonas de comercio, transporte y trabajo son construidas de acuerdo a un esquema uniformizante, las zonas habitacionales suelen carecer de elementos distintivos que faciliten la identificación particular de un punto en el conjunto y su diferenciación con respecto a cualquier otro; y hacia afuera, las ciudades progresivamente se asemejan entre sí a partir de su idéntica invasión masiva del mismo mercado de consumo. Y en cuanto al ámbito material de la ciudad, este proceso determina la transfiguración y especialización inédita de la arquitectura destinada a alojar a escala macro los componentes básicos del modelo de economía vigente:

La arquitectura, que en todas las épocas anteriores estuvo reservada para la satisfacción de las clases dominantes, está por primera vez destinada directamente

a los pobres. La miseria formal, así como la gigantesca extensión de esta nueva experiencia del hábitat, proceden ambas de su carácter *masivo*, implícito tanto en su destino como en las condiciones modernas de construcción (Ibíd: 146).

Se refuerza así de manera gradual el estado de aislamiento y contemplación pasiva en el sujeto propia de la sociedad actual inmovilizada por el espectáculo. Conlleva ello la generalización de un ambiente —físico y social— propicio para tal extravío del ser humano en la simulación y lo aparente, en total menoscabo de un uso consciente de las amplias capacidades del aparato productivo en su desarrollo actual. Se privilegia en cambio la reiteración del consumo como gesto, tan obsesivo como estéril en un intento constante por aparentar y parecer, ante la imposibilidad de ser aquello que el orden social espectacular solo puede ofrecer como ilusión.

En medio de esta epifanía, la fascinación de la moda y el consumo ininterrumpido ofrecen los vehículos perfectos para la evasión colectiva y personal del propio entorno particular, la apremiante identificación del ser con un arquetipo mediático de ciudadano, que otorgue una creíble simulación de éxito y satisfacción, o de una mínima resolución de expectativas y cuestionamientos de todo orden dentro de este contexto. La adherencia a tal o cual discurso o imaginario encubre las verdaderas condiciones y formas de vida imperantes en favor de una apariencia mucho más confortable.

En la actualidad la explotación *tersa*, no por ello menos inhumana, resulta casi invisible cuando puede disponerse de algún producto simbólico que actúa como sucedáneo compensatorio de las carencias y miserias de un trabajo monótono y embrutecedor, y de un empleo del tiempo restante, llamado libre, en actividades igualmente vacuas y alienantes. Sea la postración (por mencionar algunos ejemplos de éstas últimas) ante un aparato televisivo durante horas cada día, frente a contenidos insustanciales y muy rara vez enriquecedores o trascendentes en algún sentido positivo, sino más bien plagados de visiones estereotipadas y distorsionadas que mantienen en un estrecho margen el discurso y el pensamiento introyectados; o sea tal vez, la proyección *virtual* practicada por los sujetos para construir de forma ininterrumpida y ostensiblemente sesgada la imagen —*personal*— de sí mismo, que habrá de exhibirse, ostentarse en el uso de las redes sociales como espectáculo colectivo.

La ciudad absorta

Definiendo ahora a la ciudad como una manifestación humana indisociable del particular sistema económico que tiene lugar en determinado momento histórico, destaca la constancia de ciertas pautas repetidas de acuerdo a este elemento, cuantitativo, pero que determina también las cualidades mismas de las actividades humanas diversas agrupadas en la ciudad, resultando así preeminente en la caracterización de la naturaleza concreta de dicho tipo de espacio. En términos de Fernard Braudel...

No hay ciudad sin división obligada del trabajo y no hay división del trabajo un poco elaborada sin la intervención de una ciudad. No hay ciudad sin mercado y no hay mercados regionales o nacionales sin ciudades. (...) La ciudad en suma, generaliza el mercado. (...) Tampoco hay ciudades sin poder a la vez protector y coercitivo (Braudel, 1984: 420).

Tal identificación de la ciudad con la expansión y consolidación del mercado —productivo y de consumo— y de un determinado conjunto de mecanismos de control, resulta crucial en el análisis que aquí se persigue, por tanto son estos dos factores componentes correspondientes y complementarios en el modelo de sociedad global vigente y de ciudad contemporánea. En palabras de Massimo Cacciari...

Este proceso (...) tiene su origen en la afirmación del papel central de la unión de lugar de producción y de mercado. Cada sentido de la relación humana se reduce a la producción, el intercambio y el mercado. Es aquí donde se concentra toda relación; entonces todo lugar de la ciudad es visto, proyectado, re proyectado y transformado en función de estas variables fijas, de su Valor (Cacciari, 2009: 31).

Caracterizando entonces lo urbano como concentración de fuerzas de coerción y dominación del individuo y de la sociedad, en los patrones de la producción y el consumo alienantes, revisaremos ahora cómo la imposición del espacio se aúna y complementa con la ordenación del tiempo por medio del control del cuerpo, su movimiento y desplazamiento en la ciudad.

Es Foucault en *Vigilar y castigar*, quien expone cómo la regulación de las actividades en la ciudad deriva de la regulación del tiempo y del espacio en los ámbitos tanto públicos como privados. En cuanto al espacio se refiere, la aplicación del principio del panóptico —vigilancia continua, iluminación profusa, incomunicación entre los sujetos— proveniente de los modelos carcelarios y hospitalarios del siglo XVIII (Foucault, 2008: 199), se aplica no

solo en los centros de trabajo —en su versión moderna por medio de circuitos cerrados de video, con el análogo anonimato de los centinelas tras la torre de observación y del monitor—, sino también (en una implementación invertida del funcionamiento de su visibilidad unidireccional avasallante), en los espacios por excelencia destinados al consumo en la ciudad, las plazas comerciales: el individuo se halla ahora en el centro de la exposición simultánea de un universo de ofertas de productos y servicios (mercancías) inagotables, al alcance “de todos” en un solo lugar.

A la par, la progresiva subdivisión del tiempo y el adoctrinamiento del cuerpo en principio desarrollados dentro de la disciplina militar y perfeccionados durante la misma época, fueron trasladados después al ámbito laboral y pedagógico, al trabajo y a la escuela, controlando la circulación, los movimientos y posturas, los ritmos (velocidad y frecuencias), detalla Foucault. Y señala el carácter innovador de las técnicas de conformación del cuerpo disciplinado (*cognoscible* y *utilizable*) de la época, entre otras particularidades

(...) el objeto de control: no los elementos, o ya no los elementos significantes de la conducta o el lenguaje del cuerpo, sino la economía, la eficacia de los movimientos, su organización interna; la coacción sobre las fuerzas más que sobre los signos (Ibíd: 140).

En el ámbito de la producción, tales estrategias hallan su realización y apogeo contemporáneo en el trabajo de oficina, ante una computadora personal, en donde el cuerpo ha de ser habituado a una férrea inmovilidad prolongada durante horas, cada día.

Pero ya Foucault indicaba en principio la significación de estos mecanismos de vigilancia, configurados como un componente indisoluble de la economía, y a través suyo de la sociedad, considerando como se ha revisado aquí la preponderancia de aquella en la constitución de ésta:

La vigilancia pasa a ser un operador económico decisivo, en la medida en que es a la vez una pieza interna en el aparato de producción y un engranaje especificado del poder disciplinario (Ibíd: 180).

El autocontrol en los individuos al considerarse permanentemente vigilados (y obligados a trabajar, sea por la aprensión de la necesidad, la incitación del deseo del consumo o por el culto profesado al trabajo) y la homogenización en sus conductas, ambos efectos resultantes de la aplicación sistematizada de dichas estrategias, configuran un modelo de

sociedad en donde las coerciones y los determinismos ejercidos en los sujetos en un sistema autoritario resultan velados a la conciencia ordinaria, y los mecanismos de explotación y control legitimados y asumidos de forma personal y voluntarista por los mismos ciudadanos.

Por otro lado, en la esfera de lo público o compartido la apariencia de normalidad observada en el espacio entraña múltiples problemáticas y tensiones no resueltas. En la calle privan usualmente la incomunicación, el desconocimiento e indiferencia hacia el entorno y los otros, el deterioro de las condiciones físicas y de interacción o convivencia entre las personas, entre otras circunstancias críticas y no obstante habituales. Categorizamos en principio las actividades humanas efectuadas en el ámbito urbano en trabajo, ocio y transporte. De manera general y esquemática y a riesgo de simplificar excesivamente para efectos de este análisis valga tal clasificación. Decimos entonces que el trabajo, tanto como el no trabajo, el ocio, determinan la totalidad del conjunto en cuanto es aquel frecuentemente el principal o virtualmente único motivo de desplazamiento en el espacio, arrojando el tiempo residual que las personas pueden dedicar al esparcimiento. Tiempo empleado, como he señalado, en ocupaciones alienantes en tanto aíslan a los sujetos del ejercicio real de sus verdaderas capacidades, necesidades y deseos.

El ritmo impuesto por las rutinas de trabajo, en la diaria sobrevivencia de millones de personas atrapadas en la repetición maquinal de hábitos determina en gran medida el tipo de sucedáneos a los que se aboca a consumir el individuo en sus tiempos disponibles: efímeros, inmediatos, vertiginosos, idóneamente ocupados por el espectáculo. Se conforma así una suerte de normalidad en la cual la repetición uniformiza y homogeniza la experiencia del tiempo y del espacio, homologando de un día a otro y de un individuo a otro las vivencias e interpretaciones construidas, empatando los imaginarios y concepciones individuales con las colectivas. Es decir, se objetiva en términos sociales la realidad percibida a nivel personal a partir de su correspondencia y pertenencia a un sistema económico, de producción y consumo, que determina los valores y las actividades concretas en las que se insertan y circunscriben las existencias particulares, personales.

Este carácter irreflexivo del hombre en la cotidianidad, este disociarse de cada individuo en su hacer y en la familiaridad de este, al margen de todo sentido trascendente para sí en el mundo, genera en yuxtaposición una cotidianidad colectiva igualmente absorta en la manipulación, en la actividad como parte de un todo que no se observa, del que no se es consciente, sencillamente se interioriza de manera generalizada y automática, es decir, maquinal. Es así que la superposición de individualidades enajenadas, de sujetos ajenos a su entorno daría lugar a una muchedumbre anónima, ignorante recíprocamente de las

personas que la conforman y de la realidad y desprovistos de todo lazo o vinculación emocional con sus semejantes.

Considerando la sobreposición masiva de múltiples disfuncionalidades en el espacio público, es decir la ciudad, nos enfocaremos en las sucedidas en los lugares destinados al traslado diario de personas en su incesante rutina laboral. En estos sitios de paso los trayectos ocurren con una invariabilidad conveniente a la explotación intensiva en los centros de trabajo, la habitual reducción en el transporte público a la mínima relación interpersonal no resulta extraña ante la merma energética que inevitablemente suponen tanto el esfuerzo prolongado y el consiguiente agotamiento físico y mental de las personas, como la vaciedad objetiva del discurso compulsivamente mercantilista que impulsa semejante ritmo, a la vez que legitima y mantiene en alto grado de estabilidad condiciones profundamente desequilibradas.

La sola acumulación excesiva que diluye toda escala humana en lo masivo, genera el vértigo donde todo gesto y enunciación parecen perderse en la inmensidad de la ciudad, y provoca en sí misma un extravío de cada uno en los demás y no pocas veces en el absurdo:

Somos tantos que el pensamiento más excéntrico es compartido por millones.
Somos tantos que a quién le importa si otros piensan igual o distinto. (...) Los prejuicios pasan a ser comentarios privados y la demografía toma el lugar de las tradiciones (Monsiváis, 1996: 112).

Y a propósito del *Metro* y la sobresaturación diaria de miles de usuarios que todos los días emplean este sistema de transporte masivo, el mismo cronista citado afirma que *aquí* (ahí) *entrar o salir da lo mismo*, dando cuenta del extravío tanto espacial como temporal a que arroja al individuo.

La experiencia suscitada en dichos espacios es progresivamente más indiferenciada y difusa, de forma masiva se produce un embotamiento perceptivo y cognitivo en los ocupantes habituales de tales entornos. Las personas en dichos lugares y momentos se muestran decididamente reacias a asociarse o relacionarse de cualquier manera con quienes comparten un tiempo y espacio concretos. Bajo la retórica productivista elevada a paradigma moral, las personas consagradas día a día a su ejecución continua, paradójicamente admiten al mismo tiempo la escasez como condición de existencia inmutable e ineludible. Se carece de servicios y medios materiales suficientes y adecuados para satisfacer las necesidades alimenticias, educativas, culturales, de vivienda, salud, asociación, convivencia, recreación. Se carece de tiempo, de maneras de vivirlo y emplearlo constructiva y significativamente. Proliferan sitios donde de manera ostensible

privan la incomunicación, la indiferencia, la intransigencia o pobreza de criterio, la ausencia de voluntad autónoma, esto es, libre y razonada. La reducción al mínimo indispensable del contacto con el otro, es denotada gestualmente en discretos detalles, en la resistencia a hablar y a mirar a los demás pasajeros, a aquellos a quienes acompañan coloquialmente en una proximidad intensa la cotidianidad de cada uno, ese medio consistente en los otros en que se desenvuelve cada persona.

Es esta la constitución de los espacios caracterizados como *no lugares* en la ciudad, tales sitios pobres en relaciones e intercambio social se reducen sustantivamente a una función sólo de tránsito, en donde no se está sino de paso:

Un mundo así prometido a la individualidad solitaria, a lo provisional y a lo efímero, al pasaje (Augé, 1992: 84).

Los no lugares, espacios en alto grado estandarizados (en cuanto al aspecto formal) y homogenizados (en los comportamientos y conductas que albergan), se distinguen por albergar una gran concentración de desplazamientos pendulares en la ciudad en los que sistemáticamente las personas ignoran a quienes les rodean. Extraído el entorno inmediato y sus demás ocupantes de los temas de interés habituales para cada sujeto, resulta entonces insignificante (o asignificante) la presencia de los demás percibidos indistintamente como extraños.

Se torna quizá así más consistente y atractiva la proyección y contemplación de sí mismo como espectáculo narcisista, como sucedáneo arquetípico a la soledad moderna (como la nombra Augé), como compensación a la pérdida del espacio inmediato. La constatación más evidente se halla tal vez en el uso extensivo e indiscriminado de dispositivos móviles con conexión a la red global de comunicación, cuya utilización se destina predominantemente al acceso a las redes sociales: 85% de los usuarios de internet⁶. Esta proyección mediatizada de una imagen de sí mismo construida a voluntad, representa un comportamiento endémico que configura a su vez parte del panorama cotidiano en los espacios caracterizados como públicos en la ciudad.

De esta manera, finalmente, se comprende la configuración de la denominada cotidianidad alienada. Esto es, la prevalencia de un orden social perdurable en el cual el individuo, desprovisto de conciencia y decisión sobre el hecho, reproduce de manera mecánica (irreflexiva) y voluntariamente, condiciones de existencia que le son profundamente adversas y nocivas para sí.

⁶ www.cnnexpansion.com/tecnologia/2015/05/18/radiografia-sobre-el-uso-del-internet-en-mexico

A la par, persiste la dimensión irreductible de la cotidianidad como el espacio-tiempo en donde se despliegan de múltiples formas innumerables subjetividades e intersubjetividades. Es la cotidianidad la que aloja la auténtica e íntima vida de las personas y de la sociedad misma, la existencia de las personas concretas. Aquí-ahora se manifiestan, se practican y expresan, la naturaleza humana y la personalidad particular de cada cual al margen de los determinismos y coerciones (no absolutos) del medio, superando (relativamente) la repetición en cuanto aflora la diferencia y lo imprevisible.

Hablaríamos así, de una cotidianidad dialéctica, conformada por aspectos opuestos y complementarios de una simultaneidad dinámica. El universo inabarcable de fenómenos diversos y contradictorios pleno a un tiempo de automatismo avasallante y desviación inevitable. Sin embargo, a pesar de lo extensible que resulta una visión de esta índole, es indispensable precisar que si bien el extrañamiento no es nunca absoluto, la vida cotidiana como la conocemos en las ciudades entraña sin duda predominantemente una naturaleza que desarticula y aísla a las personas de sí mismas y de los demás. Este orden social deshumanizante conforma no obstante un sistema estable, perdurable pese a las múltiples y profundas contradicciones que conlleva en su esencia. Más aún, permite y en no pocas ocasiones y circunstancias favorece el acoplamiento de diferentes formas de alienación, configurando en lo colectivo una condición no homogénea sino en todo momento múltiple y cambiante.

En este contexto, la manifestación creativa y libre de la subjetividad y lo esencialmente personal en la cotidianidad podría conformar así una suerte de escape a la presión objetiva inmanente a que se halla sometido el individuo en la sociedad actual en su conjunto. Sosteniendo en alto grado de certeza la continuidad del modelo establecido, el ejercicio de la interioridad e individualidad manifestadas por lo común en intersticios, reductos, de manera siempre marginal y efímera, devendría contradictoriamente un factor de mantenimiento y perpetuación de aquel, significando no la liberación sino precisamente la supresión del individuo en el engranaje del sistema total.

La manera probablemente más eficaz de superar tal paradoja, afrontando —en una correspondencia de fuerzas en principio por completo desequilibrada— la preeminencia del discurso hegemónico, es la coordinación múltiple de ciertos actos y movimientos en forma rizomática, a manera de reticulación en red (como se detallará más adelante en el capítulo cuatro): acciones propiamente artísticas en vertientes en lo particular dirigidas a impactar en la vida cotidiana (para modificarla), manifestaciones cuyos elementos definitorios además de algunos casos ilustrativos se revisan a continuación.

Capítulo dos

La irrupción desde las prácticas artísticas

*Cuando existe democracia, o cuando ella está en crisis,
los ciudadanos interrogan al teatro.*

Eduardo Rouner

La subversión del orden, de lo cotidiano en tanto alienado, la transgresión y superación de las normatividades sociales que constriñen e intentan restringir la realidad humana hacia ideales justamente inasequibles, de productividad ilimitadamente creciente en términos materiales y económicos —además privados—, y en pleno menoscabo de las más elementales necesidades de los ciudadanos, se realiza no solo de manera aislada, espontánea e inadvertidamente por las personas en el transcurso de su día a día. Ni tampoco es ni mucho menos quizá la forma más evidente o contundente de trascender el estado de cosas establecido, en los términos hasta aquí descritos.

Desde el campo del arte y por definición del término, la utilización de los medios artísticos (lenguajes, discursos, técnicas, obras, etc.) en el espacio público, encuentra su plena pertinencia y vigencia actualmente, y si bien no siempre y en todos los contextos los casos abundan, no faltan tampoco en mayor o menor frecuencia o profusión las prácticas específicamente dirigidas a vulnerar e irrumpir en la cotidianidad urbana para transformar la realidad social, aun cuando su falta de registro, en muchas ocasiones debido a su misma naturaleza efímera e informal, dificulta sobremanera un seguimiento o reconocimiento de las mismas.

Aparentemente, tanto en los momentos de mayor crisis como en las épocas de estabilidad y desarrollo acelerado, en las sociedades el arte se torna por consecuencia y necesidad agudo, notable, y sobre todo y en no pocas ocasiones crítico, —un arte extremo o pleno— como su entorno. Las prácticas y experiencias artísticas resultantes, orientadas a suspender y sustituir—aun fugazmente— el consenso —explícito o no— político y social determinante de la vida colectiva en las grandes ciudades, constituyen un idóneo y vasto campo en la consecución de semejante fin.

Como antecedente arquetípico, las vanguardias artísticas del siglo XX se proponían concretamente la oposición al orden cultural, político, económico y social dominante:

Los pioneros de la vanguardia postularon una estética revolucionaria bajo el signo de la ruptura y la emancipación, ligada al mismo tiempo a los más elevados valores sociales utópicos y a la esperanza (Subirats, 2002: 33)

Éstas no obstante fueron cooptadas y resignificadas en función de *las formas de poder que otrora atacaban*, siendo integradas al discurso consumista y espectacular de la forma de organización imperante. Dicha absorción operada se explica en parte, según Eduardo Subirats, a partir de la identificación y coincidencia de tales movimientos artísticos con los crecientes procesos de racionalización que el progreso técnico impone en la sociedad. Y correlativamente, a la concepción y práctica del arte como producción autónoma de sí mismo, de los valores de su plástica, en su escisión de la realidad, de la sociedad misma y de la naturaleza sensible.

Si por racionalización entendemos el proceso de institucionalización de las vanguardias por principio evidentemente disidentes, podemos comprender que su integración y refuncionalización en sentido opuesto, en virtud del orden hegemónico establecido, no resulta como consecuencia de sus propios postulados de liberación y creación totales, llevados al extremo y a último término (como Subirats señala), pues se comprende que había primero que agotar tal vez el ensanchamiento de sus límites, los del arte en general, para desbordarse entonces como su inevitable superación en la vida mundana, *real*, de la cotidianidad.

El tránsito de la búsqueda de la realización de sí mismo, en sí mismo, a buscar concretarse en su cruce con la vida cotidiana sobrevendría más tarde (una vez más) de manera programática, metódica, con los situacionistas, empeñados (desde finales de los años cincuenta, del siglo pasado), en desaparecer la distinción entre autores y público, entre arte y política. En sus *situaciones* construidas, ambientes intervenidos por medio de lenguajes artísticos diversos aplicados en el espacio público de la ciudad, lo que acontece es la acción del ciudadano promedio, dislocado de su rol e identidad determinados, para devenir en su constitución (temporal) como sujetos creativos, emancipados en y durante el espacio y tiempo colectivos.

Es esto, nada menos que la destrucción y realización del arte a un tiempo, como actividad especializada, dividida de lo cotidiano, que apuntalaron respectivamente los dadaístas y surrealistas, pero excluyendo fatalmente a la otra parte necesaria:

El dadaísmo y el surrealismo están a la vez ligados y en oposición. En esta oposición que constituye también para cada uno de ellos la parte más consecuente y radical de su aportación aparece la insuficiencia interna de su crítica, desarrollada tanto por el uno como por el otro de un modo unilateral. El dadaísmo ha querido

suprimir el arte sin realizarlo; y el surrealismo ha querido realizar el arte sin suprimirlo (Debord, 2003: 62).

El punto de partida para arribar a semejante paradigma, que comprende el arte como medio de transformación y emancipación social desde su estructuración y más allá de su autonomía, como lo señala Jacques Ranciere, es el siglo XVIII, cuando las específicas condiciones materiales surgidas entonces (respecto a la producción, distribución y consumo de las obras) determinan nuevos *modos de percepción y regímenes de emoción*, así como *esquemas de pensamiento* que permiten interpretarlas y clasificarlas de otra manera. Configurándose así, como puntualiza en su análisis, los componentes necesarios de lo que denomina el “régimen estético del arte”: modos de *percepción*, flujos *emotivos* y esquemas de *interpretación* (Ranciere, 2013: 12).

Más aún, subraya que en el estatuto actual del arte, accesible (al menos en principio) a cualquier persona, lo que cabría llamarse una suerte de arte generalizado, tal como lo conocemos ahora, si bien no de manera realmente universal por supuesto pero sí extendido a lo largo de un aparato de oferta y consumo masivo, en este orden el arte no cesa de confundirse con lo externo a él: *sus razones se mezclan sin cesar con las de las otras esferas de la experiencia humana* (Ibíd: 11).

Y en la singularidad de la actividad artística, en su función como síntesis y recreación de la realidad social, el autor indica (entre otros) el funcionamiento del montaje dialéctico como elemento de conformación de lo común a partir de lo heterogéneo. La yuxtaposición de elementos incompatibles devela realidades concretas ocultas tras el aparente caos; mensajes de naufrago en botellas en medio de la ciudad, por ejemplo, o citas de pensadores filosóficos y políticos inmersos en un entorno urbano corporativo (como se verá más adelante en los experimentos realizados).

Se trata de hacer aparecer un mundo detrás de otro (...), se trata de organizar un choque, de poner en escena una extrañeza de lo familiar, para hacer aparecer otro orden de medida que solo se descubre mediante la violencia de un conflicto (Ranciere, 2011: 72).

Por su parte, y de manera particular, en la generalidad de las diversas disciplinas artísticas, el teatro, en sus diferentes mutaciones y variantes, ha desempeñado un papel destacado si no preponderante en el cruce explícito o enfático entre arte y política, o dicho de otro modo, en la utilización política del arte desde su creación y planteamiento originario. Desde el apogeo de los happenings y el performance, la utilización del cuerpo y sus

posibilidades plásticas y estéticas en el asalto a la cotidianidad pública y su incidencia en la reformulación de ésta como experiencia significativa a un tiempo individual y compartida, ha constituido una forma privilegiada de semejante propósito sociopolítico declarado, en principio tal vez gracias y a causa de la dada inmediatez y pregnancia del cuerpo humano en el espacio. Antes que la materialidad de cualquier obra está la propia, la corporalidad tanto del actor o *performer* como la del espectador o público, y todas las resultantes de la interacción entre ambas.

La teatralidad en la sociedad

Para comprender la amplitud y profundidad potencialmente universal de este fenómeno como condición humana, se considera en primer término la noción de *teatralidad* formulada por Josette Feral, de quien se puede desprender la concepción de tal fenómeno como un elemento constitutivo y medular del comportamiento social gestado y reproducido de manera intrínseca al devenir de la convivencia humana. Feral comienza preguntándose si...

¿Es la *teatralidad* una propiedad exclusiva del teatro o puede paralelamente incorporar lo cotidiano? (Feral, 2003:90).

Y aduce que antes de ser la cualidad de un objeto o sujeto, o de una simulación, ilusión o ficción, puesto que se le observa también en situaciones cotidianas se trata de un proceso inherente a la interacción social, en la cual la presentación de cada uno ante los demás, así como la mirada y el carácter inevitablemente interpretativo de este acto, otorgan sentido y significación a dichos sucesos. Un proceso dual que en términos distintos a los empleados por esta autora no es otro que el de la comunicación, en donde a partir de la enunciación de un mensaje por un lado, y de la mirada como interpretación creativa por la otra, acontece el intercambio y así, lo social, vertido éste en lo cotidiano.

La *teatralidad* aparece entonces en su punto de partida como una operación cognitiva, (...) Ella es un acto performativo del que mira o del que hace. Crea un espacio virtual del otro (Ibíd: 96).

Esto es, sea porque quien ejecuta alguna acción imprime —menos o más consiente e inconscientemente en cada caso— una intención concreta a sus gestos y actos, o sea porque quien observa otorga un sentido cualquiera a lo que ve independientemente de los verdaderos propósitos —o su carencia—de quien es observado, en todo caso, surge de esta forma la condición de la alteridad. Así Feral, retomando a Evreinov (*Le Theatre por soi*, 1922), señala que en tales términos *el margen es mínimo entre el teatro y lo cotidiano*,

en cuanto resulta un acto instintivo el afán de *proyectar simulacros de sí mismos y de lo real hacia el otro* en la vida del día a día.

De tal manera, no parece entonces extraño que el uso del cuerpo en el espacio público haya sido y sea un medio idóneo empleado en la conformación de prácticas y discursos artísticos particularmente enfocados —de forma temática y conceptual— en la dimensión sociopolítica en que se circunscriben. Estas prácticas y experiencias estarían abrevando de cualidades básicas de la forma en cómo se estructura y funciona la convivencia humana como esencia de la socialidad, justamente para incidir en la vida colectiva más allá de los alcances habituales de una de las funciones tradicionales del arte —que no la única— como recreación y reproducción sociocultural.

Puesto que aquí, en el extremo contrario, encontramos la utilización de esta característica originaria de lo humano y de su naturaleza en el sostenimiento y prolongación de un dado orden social, en la definición que efectúa Juan J. Villegas al respecto de las teatralidades sociales legitimadas y no legitimadas. Subrayando otra dimensión dual del fenómeno indica que:

La teatralidad social es tanto una práctica, como una construcción cultural. (...) Como construcción cultural constituye un sistema de códigos de sectores sociales que codifican su modo de percepción del mundo y su modo de auto-representarse en el escenario social (Villegas, 2002:7).

En cuanto al primer aspecto, como práctica social establece que se trata de la tendencia de las personas a comportarse en la sociedad —esto es virtualmente siempre— como si se encontrasen en el teatro, se comprende aquí tanto en el rol de espectador como de actor alternativa y simultáneamente; sería tal la condición de mirar a los otros y a su vez ser mirado. Constituye finalmente esto una formulación análoga al modelo básico de comunicación tradicional (como apuntábamos) entre emisor y perceptor, proceso anclado en la teatralidad —siguiendo al autor—, entendida como la preeminencia de lo visual y las imágenes en la comunicación y la cultura.

Pero es el sistema de códigos estructurado a nivel social, que se corresponde con un determinado sistema cultural, continúa Villegas, y que a su vez gesta sus propias y particulares teatralidades —y en el que éstas se manifiestan—, en donde reside el condicionamiento colectivo perfeccionado como sistema ideológico; conformado, cabe añadir, a partir sobre todo de afinidades emocionales o pulsiones emotivas logradas a través de estímulos propagados por diversos medios de difusión masiva de información, de manera predilecta ahora, aquellos que mayor efectividad poseen en cuanto a omnipresencia y velocidad se refiere. Se comprende así un modelo de comunicación

social, instituida e inadvertida, no consciente, conformada a partir de la diseminación de lógicas y códigos específicos pertenecientes en principio a determinados conjuntos de actores sociales, minoritarios en cuanto a número, permeados después a los sectores restantes:

Dentro de un sistema cultural hay teatralidades sociales legitimadas y no legitimadas, es decir, aceptables o no aceptables para los sustentadores del poder social o cultural. El entrenamiento social, además, contribuye a determinar el uso de los signos de la teatralidad legitimada dentro del contexto del uso de esos signos (Ibíd).

Evidentemente, este sistema así descrito como un todo, resulta diametralmente opuesto al más básico sentido democrático en cualquier sociedad y a su concreción en la naturaleza de lo público, asentado a su vez como atributo indispensable de lo urbano en el presente. Se configura de esta manera una totalidad intelectual monolítica que en un correspondiente monólogo, reproduce solo determinados imaginarios autorizados y entronizados como únicas formas convenientes o viables de organización social. Resulta cuando menos difícil concebir cualquier forma de libertad objetiva en el seno de una sociedad, cuando existe un modelo de pensamiento como propósito establecido a partir de la búsqueda de la continuidad de las posiciones de poder económico y político instauradas.

En la concentración y aceleración de recursos y medios que supone la ciudad, las repercusiones del flujo intensificado de mensajes homologados devienen exponenciales y avasallantes, al menos en principio, moldeando tanto intelectual como afectivamente al individuo así aislado, idénticamente a los demás, y sin notarlo siquiera, igualmente perplejo. A nivel sociedad y a escala cuasi global (al menos pretendidamente), nos hallamos, expresado en otros términos, ante la interiorización de los valores burgueses por todo el espectro de las demás clases sociales.

Esta apropiación de los valores propiamente burgueses, por las clases no burguesas, lo explica Barthes (2006) a partir de un proceso de *exnominación* de la ideología de la burguesía, y de su resultante anonimato como clase en la conciencia del resto de la sociedad actual, es decir, de la sociedad aburguesada –claro solo en el plano ideológico–. Se opera así, veladamente, un proceso de transfiguración de lo histórico en una pseudonaturalidad, se transmuta un orden social particular en el “orden original” de las cosas permitiendo así su continuidad. Para el conjunto de la sociedad, se torna entonces insoslayable y deseable el sistema imperante no obstante la catástrofe social, ecológica, económica, política, y de cualquier orden, que significa.

En este contexto, cabe preguntarse ¿cómo es que se suscitan y multiplican las disidencias necesarias, inevitables, al seno de una sociedad finalmente diversa y compleja, como lo son las actuales? Parecería por un momento omnipotente el modelo de control y reproducción social anteriormente descrito, y no obstante, múltiples fracturas y desviaciones de todo orden afloran a un tiempo de manera imprevisible e ineludible.

La disrupción de lo común

Antonio Negri y Michael Hardt aportan una valiosa descripción de este contrapunto, a la vez que esgrimen su potenciación y explotación como posibilidad de gestación y detonación de cambios profundos, a mayor escala en el entorno global, trascendentes de las limitaciones hasta ahora mantenidas en las diversas experiencias y movimientos sociales precedentes y existentes a lo largo y ancho del planeta. Por un lado, apuntalan la idea de que la colectividad surge a partir de la resistencia conjunta a un poder opresor común. La colectividad y su afirmación como grupo cohesionado y armónico son posibles gracias al desarrollo de la acción compartida que se opone ante la común agresión:

La raza surge a través de la resistencia colectiva a la opresión racial. De manera similar, la clase económica se forma a través de los actos de resistencia colectivos. Por consiguiente, la indagación sobre la clase económica, al igual que una indagación sobre la raza, en vez de empezar por un mero catálogo de diferencias empíricas, debe fijarse en las líneas de la resistencia colectiva al poder (Hardt y Negri, 2004: 132).

A partir de semejante esquema puede explicarse el inadvertido actuar coordinado, coherente, de una muchedumbre supuestamente *masificada*, en apariencia y de ordinario atomizada en individuos convenientemente desligados de los demás y de su entorno. La dialéctica social conformada, oscilante entre la alienación y su ruptura, resulta clarificada a la luz de esta ambivalencia, en apariencia paradójica, conciliando tendencias y tensiones contradictorias presentes en las sociedades actuales.

De tal forma, el concepto de multitud —como perspectiva— que perfilan los citados autores, consiste en la confluencia y alianza armónica y fértil realizada entre sujetos diversos:

La multitud es una multiplicidad irreductible; las diferencias sociales singulares que constituyen la multitud han de hallar siempre su expresión, y nunca nivelarse en la uniformidad, la unidad, la identidad o la indiferencia (Ibíd: 133).

En esta articulación de la diferencia, estaríamos ante lo común como principio de ruptura de la inercia social imperante, de la atrofia afectiva y de la pasividad intelectual concomitantes al estado de alienación característico del mundo actual. La multitud surge aquí como ente colectivo (a diferencia de la noción de masa inarticulada, y de pueblo unitario), capaz de actuar en conjunto en su profusa pluralidad sin menoscabo de organicidad y congruencia.

El precepto de conformación de la colectividad a partir del sostenimiento de una lucha común, y no al revés, sitúa en condiciones de posibilidad la organización de toda índole de fuerzas de contrapeso y resistencia a un orden social económico opresivo, como efectivamente se ha observado en los últimos años en la emergencia y desarrollo de distintos focos de oposición a los modelos y dogmas económicos, políticos y culturales hegemónicos en distintas latitudes del mundo.

En el presente contexto, los mismos autores señalan —retomando a Bajtín—una cuestión por demás significativa y que para efectos de la reflexión aquí planteada resulta especialmente clarificadora, en cuanto puede fungir como caso paradigmático de los fenómenos antisistémicos o antinormativos arriba descritos, producto de la conjunción de singularidades que en un primer esbozo podrían parecer irreconciliables, o cuando menos dispares, y recuperadas en una manifestación propiamente artística. Se trata de lo carnavalesco como principio *antidogmático*, vertido en lo literario (a propósito de Dostoievski), en cuanto permite y explora en un texto la manifestación y desarrollo de una pluralidad de voces a contrapelo de una disertación monolítica, unívoca:

La prosa carnavalesca es la que rechaza el monólogo y, por consiguiente, la pretensión de una verdad acabada, ofreciendo en su lugar el contraste y el conflicto en la forma del propio movimiento narrativo. De este modo, lo carnavalesco pone en movimiento una capacidad de innovación enorme, una innovación que es capaz de transformar la realidad misma (Ibíd: 247).

Como eventualmente podrían categorizarse el tipo de experiencias aquí abordadas, lo carnavalesco —como literatura o ritual popular—, como reformulación de la teatralidad inmanente al ser humano, conforma una polifonía (en términos de *Multitud*) abierta que en sí convoca la posibilidad de cambio en la realidad social, que por momentos pareciera inmutable.

Entre tanto, como lo señala Jorge Dubatti, así como el teatro se apropia de la teatralidad para darle un uso específico (artístico), otras artes pueden igualmente abreviar y transmutarse a partir de encuentros con las diversas formas de teatralidad extrateatral, o ajenas al teatro tradicional (dramático).

Estos encuentros, en los que a partir de una yuxtaposición fructífera de acontecimientos de diversa índole, teatral-cotidiano (en el aspecto que aquí interesa resaltar), suscitan y soportan diversos intercambios. Este fenómeno de cruce y génesis de *universos* distintos a través de la transposición, de la zona fronteriza entre dos ámbitos, dos dimensiones esencialmente diferentes, se denomina liminalidad, suceso que Dubatti caracteriza como inherente al teatro:

Llamamos liminalidad a la tensión de campos ontológicos diversos en el acontecimiento teatral: arte/vida, ficción/no ficción, (...) teatro/otras artes, teatralidad social/teatralidad poética (...) (Dubatti, 2016: 16).

Es entonces el carnaval, lo carnavalesco (a que habíamos arribado), una práctica de dimensión liminal por antonomasia, esto es, el cruce o confrontación fecunda que resulta en combinaciones insospechadas, en este caso entre vida cotidiana y ficción teatral.

Y es finalmente el mismo investigador quien apunta una definición de teatralidad de carácter tan abarcador como específico, sustantivo a la humanidad:

La teatralidad (organizar la mirada del otro, dejarse organizar la mirada por la acción del otro, establecer un diálogo en ese juego de miradas) está presente en la esfera completa de las prácticas humanas en sociedad (Ibíd: 9).

Se denota así aún más el sentido de teatralidad social entendido como proceso comunicativo, sustrato básico de lo social. La *organización de la mirada del otro*, el imprimir un sentido, una intencionalidad significativa, el acto enunciativo; y *dejarse organizar la mirada por la acción del otro*, el acto perceptivo y la subsecuente interpretación, son justamente las fases alternantes que conforman la comunicación humana como principio elemental de la condición y el funcionamiento del hombre. Se trata, señala el autor, de una noción de teatralidad antropológica.

Una de las múltiples formas de utilización de ésta, definida por Dubatti y que se retoma aquí al resultar decisiva, determinante en el contexto del mundo contemporáneo, es la transteatralidad, esto es:

La exacerbación y sofisticación del dominio de la teatralidad (...) a través del control y empleo de estrategias teatrales pero, en la mayoría de los casos, para que no se perciban como tales. (...) En el dominio de la política de la mirada se sostienen el poder, el mercado y la vida social desde los medios (Ibíd: 10).

Estas formas mediatizadas de condicionamiento ideológico a partir de una manipulación gestual y discursiva, conforman un componente básico de *La sociedad del espectáculo* de

Guy Debord. El estado de contemplación perenne y simulación sublimada surgido en el capitalismo presente, con el advenimiento de la imagen como apoteosis de la mercancía, pasa en nuestros días por su proliferación y omnipresencia a través de los medios tecnológicos. Nos encontramos aquí nuevamente con la operación de estrategias y discursos sistémicos que se avienen en cualidades intrínsecas a lo humano, al modo como la publicidad se apropia y tergiversa deseos instintivos para desarrollar necesidades específicas, condicionadas, más no nuevas o naturales.

Pero es sobre todo la antítesis de este esquema, es decir, la observación y descripción de los componentes y dinámicas opuestos a lo convencional normativo, la apreciación de los discursos y prácticas disidentes, lo que se propone el presente estudio. El interés central de éstas reside en su importancia como factor de cambio en un entorno social donde la inmovilidad y permanencia de condiciones estables —aun cuando críticas— pareciera ser la regla. De ahí la relevancia otorgada en esta investigación a la confrontación entre vida cotidiana y arte como génesis de la dimensión pública de la ciudad, es decir, de la esfera de inclusión y participación efectiva en la construcción-transformación del medio colectivo en sus condiciones y más amplia acepción. Proceso que encuentra su sitio idóneo (aun cuando no exclusivo) en el espacio público, por tanto es éste el lugar de confluencia habitual e inevitable entre ciudadanos de (potencialmente) cualquier contexto y circunstancia particular.

La desregulación de la calle

Una cualidad dual análoga a la inscrita en la teatralidad, como se ha señalado con anterioridad, pero situada ahora dentro del teatro propiamente dicho, como ha sido entendido habitualmente, o como ha sido tradicionalmente y desde sus orígenes, es la descrita por Siegfried Melchinger, indicando la naturaleza dialéctica de este género artístico en lo que podría denominarse la esfera política que alumbra y moviliza en el individuo y la colectividad. Se trata del doble movimiento posible y efectuado del sujeto hacia su incomunicación y separación respecto a los demás, o por el contrario, la tendencia o (en el mejor de los casos) fuga hacia el reconocimiento y la reflexión. En el primer orden, tal vez la vertiente más amplia históricamente hablando (y por motivos que podrían quizá suponerse como exógenos al teatro), se halla la fusión de las individualidades en una totalidad:

La aparición de la masa, que suele surgir en la escena de la historia del mundo como síntoma de nuestro siglo, es algo que el teatro conoce desde hace milenios, (...) el proceso de colectivización del hombre, que lo convierte en público, con

todas las tensiones inherentes y latentes en dicho proceso, es propio del teatro (Melchinger, 1958: 21).

Es el estado propio del individuo en la contemplación de la ficción, en la consiguiente fuga de la realidad que no obstante, y como contraparte, vuelve al sujeto finalmente hacia sí mismo y su propio entorno. Esto, en la incorporación del método socrático al teatro (algo que a decir del mismo autor, por supuesto Brecht explota, no inventa). En esta forma se abre en el teatro la perspectiva contraria al entorpecimiento cognitivo del individuo masificado:

Su efecto de extrañamiento (...) tiende a destruir la ilusión. Más todavía: elimina lo colectivo que se ha congregado en la penumbra de la sala de espectáculos, apela a la intuición intelectual del individuo, despierta su conciencia crítica (Ibíd: 22).

A partir de aquí se puede comprender tal vez mejor el hecho significativo, nada casual o arbitrario, de que ha sido (según mi juicio) precisamente el teatro tal vez el lenguaje artístico más eficaz y recurrente en la búsqueda, en múltiples formas, tiempos y medios, de efectuar una concientización crítica genuina y personal en los individuos, y de incidir a mayor escala en la sociedad en su conjunto, con la mayor economía a la vez de recursos.

Es de suponerse también que como complemento indispensable a esta cualidad crítica y –eventualmente– transformadora del teatro en la gente, puesto que ésta tiene efecto, no existe por consiguiente en el ciudadano común y corriente en realidad la aparente ausencia de profundidad afectiva o capacidad de empatía, como presuponía antes de esta investigación, en específico en cuanto a su respectivo medio o hábitat y a los otros se refiere. No hay en el fondo un embotamiento de la afectividad en el individuo sino solo su ocultamiento, su disimulo bajo un cariz de indiferencia perpetua, que sin embargo, es solo una ilusión.

El intercambio, la hibridación, adquieren entonces condiciones de posibilidad y tienen cabida. La propensión al aislamiento se relativiza ante la evidencia de las múltiples transacciones expresivas —y afectivas—, que mantienen los ciudadanos aun en el contexto más vacuo. A esta potencialidad aspiran convocar y movilizar diferentes prácticas artísticas que de acuerdo con Ileana Diéguez, se distancian de lo tradicional para acercarse a la vida cotidiana; en una concepción de liminalidad apoyada en Victor Turner (1969, *El proceso ritual*), quien (en el campo de la antropología) enfatiza la ambigüedad y apertura como las características primordiales que favorecen el acercamiento o la disolución de las jerarquías sociales. Pues a la par de que puede sustentarse así “una construcción de lo político en el arte más allá de lo temático” (Diéguez, 2007: 124), la cotidianidad y las categorías en que se rige sufren un desbordamiento también

potencialmente prolífico, acaecido en los sujetos en principio ajenos o indiferentes, quienes asumen entonces un involucramiento y una participación —usualmente—no discursiva, que toma forma no como discusión consciente, sino como relación emocional, una participación que...

Se produce en el ámbito de una liminalidad que potencia el encuentro no como acto de ideología, sino de los afectos y de los deseos, generando otras narrativas y mitologías que inciden en la transformación de los modos de vida (Ibíd: 193).

Por lo tanto, los espacios públicos constituyen un campo privilegiado para el asalto de la cotidianidad con miras a su transformación, desde la invasión de estos espacios sin las mediaciones propias del espectáculo y sus determinismos (actor, espectador, ficción, escenario, etc.). El caudal inmenso de posibilidades surgidas a partir de lo participativo fortuito, incluso involuntario—en el ciudadano—, implica probablemente la subversión y/o inversión, cuando menos, de las categorías sociales, latentes y explícitas en la calle. Implica el florecimiento de lo liminal vertido en espacios urbanos, algo próximo al carnaval permeado en las horas hábiles de la ciudad.

Este ámbito en sus vastas posibilidades, la ciudad, ha sido elegido como lugar de experimentación por incontables grupos e individuos que con diversas lecturas y tendencias —que dada la naturaleza específica del contexto, resultan usualmente enfoques y discursos que podrían calificarse como desregulatorios—, han explorado las posibilidades estéticas y políticas del espacio. Como lo señalan diversos autores aquí citados (entre ellos con especial énfasis Diéguez), estas experiencias por norma general preceden a la teoría. Las categorías de análisis y los constructos teóricos se desprenden del estudio de experiencias convergentes, diversas acciones y prácticas —que responden a un determinado contexto—efectuadas desde el arte y/o desde la militancia política popular. Nada más inmediato y poderoso que la cotidianidad determinada y reguladora en las personas, y nada más adecuado que su alteración como tentativa de solución para aquellos sujetos interesados en transformar lo social.

Así lo confirma el estudio de Malala González, quien, trazando un amplio panorama sobre el caso específico y el contexto de un grupo teatral surgido en la Argentina de los años ochenta, define *el espacio público como escenario de la actividad social y ciudadana*, y explica (que en tal momento):

se lo revalorizó y lo entendió como “cuna” de expresión democrática.

Reconfiguración semántica paralela a una reapropiación física por parte de la gente que permitiría pensarlo como espacio constituyente, a la vez que constituido (González, 2015: 106).

En tal forma los sujetos se asumen como creadores, como constructores del espacio y no solo como usuarios. La dimensión de ciudadanía reaparece como elemento consustancial de la democracia⁷. En tal dinámica, se torna paradigmático repensar la ciudad en sus espacios públicos como soporte y materia prima de prácticas artísticas que buscan develar la lógica interna de los mismos, ocultos en la normalidad “natural” de su cotidianidad. Se trata de acercamientos a los espacios públicos que buscan...

Nuevas maneras de ser percibidos, como escenarios espontáneos, transmitiendo con esa dislocación y disrupción espacial el motor o esencia de su accionar. El objetivo inicial de “ganarle a las vitrinas” tenía que ver con cambiar la mirada cotidiana acostumbrada sobre esos espacios, de pausarla por un instante, y de que a partir de su accionar, apareciera visible algo que antes, en el tiempo ordinario, no lo era (Ibíd: 234).

Se refiere ahora como muestra de las posibilidades liminales entre teatro *performático* y realidad, la intervención denominada “Relato situado”, realizada por la compañía *Funciones Patrióticas*⁸ en el barrio bonaerense de Almagro⁹. Este ejercicio, concebido y ejecutado desde una interdisciplina (cerámica, actuación, carteles, arte visual, música, etc.) origen de diversas intertextualidades, consistió en un recorrido en el que los participantes (o quienes tradicionalmente se habrían denominado como “el público”) realizan una cartografía de la memoria (individual en principio, posteriormente colectiva) que plasman sobre un mapa del barrio. Durante el trayecto se presencia (entre otras estrategias) la participación de distintas personas en puntos específicos de las que se desconoce su carácter como actores-personajes o vecinos, su cualidad ficcional o real resulta ambigua por lo que se toma rápidamente su disertación como testimonio ofrecido en primera persona: dichos parlamentos, narran autobiográficamente eventos

⁷ En el contexto de este caso en particular, se trata de una democracia recuperada tras la conclusión de la dictadura militar de 1976-1983, momento en el que sucede el advenimiento de una recuperación del espacio público por parte de la población (especialmente urbana) tras un largo periodo de enajenación explícita, de expropiación gubernamental drástica y particularmente opresiva. Dicha transición suscita la proliferación de no pocos colectivos artísticos abocados a explotar el espacio común recién retomado.

⁸ Conformada por Julieta Gibelli, Laura Lina, María Fernández Lorea, Felipe Rubio, Martín Seijo y Martín Urruty.

⁹ Intervención efectuada en el marco del 1er. Simposio sobre Teatro Contemporáneo, Política y Sociedad en América Latina, organizado del 6 al 18 de julio de 2016 en la ciudad de Buenos Aires por el Instituto de Investigaciones Gino Germani y la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA.



Realización de cartografías durante la intervención *Relato situado*. Compañía *Funciones Patrióticas*. Registro propio



Fotografías cotidianas de ciudadanos desaparecidos, mostradas durante la intervención *Relato situado*. Compañía *Funciones Patrióticas*. Registro propio



Aspecto durante la intervención *Relato situado*. Compañía *Funciones Patrióticas*. Registro propio



Interpretación musical performática durante la intervención *Relato situado*. Compañía *Funciones Patrióticas*. Registro propio



Martín Seijo (de pie) durante el desmontaje de la intervención *Relato situado*. Compañía *Funciones Patrióticas*. Registro propio

concernientes a cada una de las personas desaparecidas por la (última) dictadura militar argentina, cuya baldosa conmemora en la calle el sitio de su residencia o detención.

Durante el acontecimiento del performance en uno de estos sitios, se produjo un entrecruzamiento entre la dimensión de lo real y lo representado en el momento, cuando una vecina de edad madura participante hasta entonces solo como “espectadora”, interpela espontánea mente a un joven (de quien tenía conocimiento sobre sus familiares en la vida real) que contaba en un monólogo —documentalmente— pasajes y aspectos de “su” vida cotidiana antes de ser secuestrado, cuando aún su estatuto como personaje-actor resultaba confuso, como se apuntó durante el desmontaje realizado posterior al recorrido entre los ejecutantes, especialistas presentes y público en general.

La participación de la señora, de quien aún menos se comprendía en el momento si actuaba o hablaba desde el plano de lo real, confrontando la identidad del joven, entremezcla todavía más, para los participantes solo como público, las diferentes capas de realidad que la interpretación de cada espectador en el momento concibe. El efecto de este incidente inusitado, resultó inquietante cuando no perturbador, para quienes desconocían el papel de cada uno de los sujetos que intervenían. La cotidianidad del barrio así mismo resultó en cierto grado comprometida, alterada, cuando transeúntes, automovilistas, trabajadores, entre otros, observaban el desarrollo del recorrido reaccionando de diferentes maneras (interés, molestia, duda, etc.) a la presencia y acciones realizadas durante el evento en la calle.

Estas intervenciones se circunscriben en una tradición práctica y una teoría que remarcan el contexto y los intercambios entre la obra y su entorno como lo esencial del proceso artístico. En todo caso, no es casual en modo alguno que ante una represión social drástica y generalizada, sistemática e institucional como lo fue la dictadura cívico-militar en Argentina, el asalto a la cotidianidad en el espacio urbano se haya efectuado precisamente con el medio más rotundo y elemental de que disponía cada ciudadano: el propio cuerpo, en momentos en el que el más básico sentido de lo público era usurpado en la calle al regular y/o restringir violentamente su ocupación y utilización¹⁰. Es la intervención performática de la vida cotidiana a partir del cuerpo y no otro medio expresivo —con el consiguiente acto de territorialidad que implica—, como se llevaron a cabo la réplica y objeción últimas del sistema, la contravención del orden imperante. Sin otro soporte que la propia corporalidad y sin otro lenguaje que la imagen y los movimientos y palabras surgidos de aquellas.

A partir de dichos elementos es entonces como puede establecerse un flujo energético recíproco (comunicativo), en el tránsito de tensiones fluido e intenso que acontece —en un espacio y momento específicos— durante una intervención pública que irrumpe en el panorama regular y monótono de la reiteración inagotable en la ciudad.

En cuanto a nuestro entorno particular, desde finales de los años sesenta en la capital mexicana en particular, y en el contexto del movimiento estudiantil, surgen y se generalizan al interior de ciertos círculos diversas prácticas artísticas efectuadas en el común espacio urbano, florecientes al margen de los cauces institucionales y con un sentido político y estético con frecuencia transgresor, tal y como Alma Sánchez da cuenta de ello:

¹⁰ Un recuento básico de algunas de estas experiencias como prácticas artísticas en dicho período lo realiza la propia Ileana Diéguez (2007).

Una constante en las intervenciones artísticas de la ciudad de México ha sido la explotación de estrategias de vinculación y comunicación social con los públicos populares, en sus propios espacios de actividad cotidiana (Sánchez, 2003: 15).

El propósito de tales prácticas, más allá de la recurrencia a distintas disciplinas artísticas y a su combinación posible, ha sido, además de conformar la emergencia de reflexiones y discursos colectivos propios

Incidir en la percepción subjetiva y colectiva de los sujetos, ya sea exhibiendo los mecanismos ideológicos que la condicionan, o bien, sus múltiples significados y repercusiones sociales (Ibíd).

Recupero dos de las intervenciones llevadas a cabo en espacios públicos de la ciudad de México, realizadas mediante performance y consignadas en la citada obra. Primero, el *Picnic formal*, cuya acción, en palabras de su autor

Consiste en trasladar al espacio público la íntima ceremonia de degustar la alimentación cotidiana, con el propósito de inducir a la reflexión colectiva sobre las agudas disparidades sociales y económicas imperantes en México (Ibíd: 111).

Realizado por Pancho López en 1997 en diferentes sitios emblemáticos y concurridos de la ciudad (Chapultepec, el palacio legislativo, el Ángel de la Independencia, el aeropuerto internacional, entre otros), consistía en la acción de un único protagonista que comía profusamente diversos platillos ante una mesa, dispuesta en los lugares públicos con la totalidad de utensilios y elementos propios de una comida formal. El propósito específico giraba en torno a la recreación del arquetípico *personaje burgués*, que come en solitario sin importarle lo que acontece a su alrededor, refiriendo *el individualismo y el egoísmo* imperantes en nuestra sociedad y suscitando además entre los transeúntes ocasionales toda suerte de reacciones, tanto positivas como de rechazo o confusión, y sustancialmente negativas por parte de los cuerpos de seguridad oficiales y privados.

Otra acción (fácilmente calificable como situacionista) en el cruce entre performance y cotidianidad con un propósito evidentemente político, es la llamada *Clase de dibujo libre*, realizada por Ema Villanueva y Eduardo Flores el nueve de junio de 2002 en la Plaza de la Constitución (y repetido unas 30 veces en diferentes emplazamientos de la ciudad desde 2000) en apoyo a las demandas de la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE). En este acto, se invita a la gente, peatones fortuitos de todo orden, a participar de una sesión de dibujo de figura humana con un modelo en vivo, a semejanza de las impartidas tradicionalmente en las escuelas de arte, pero practicadas en un espacio público.

Tanto la modelo desnuda (Villanueva), que conversa directamente durante y al final de la sesión con los participantes, como el instructor (Flores), quien en el transcurso comenta abiertamente sobre distintos temas como la libertad de expresión, invitando al público a *reflexionar y formarse una opinión propia, por medio de un diálogo con preguntas y respuesta de ambos lados*, pretenden provocar, mediante el diálogo, la confrontación colectiva directa y un acercamiento y exploración críticos tanto al contexto existente como a los prejuicios y tabúes en torno al cuerpo y su desnudez, que se hallan fuertemente arraigados en el imaginario y la moral convencional de la sociedad mexicana.

Paralelamente a la intencionalidad social y política explícita de esta intervención (la lucha magisterial), tanto los *performers* como los alumnos-transeúntes refieren un común sentimiento de liberación al participar de las intervenciones, así como un invariable ambiente de respeto y descubrimiento que priva en la totalidad de los eventos y participantes.

Son en estos intercambios en todo caso, en estas relaciones que se establecen entre la acción y el medio, el espacio y el pleno momento —cotidiano e histórico—, como se configura el acontecimiento, la obra misma. No ya como objeto o suceso acabado sino como microuniverso fecundo, vivo.

Abriendo así nuestra representación de las obras a lo que ellas hacen y al conjunto de las condiciones que contribuyen a ello, nos desembarazamos de los presupuestos a los que Dewey se opuso invocando una concepción de la experiencia estética para la que las transacciones y los enriquecimientos que intervienen en la relación viviente con las obras de arte (...), son siempre más importantes que los efectos de su sublimación (Cometti, 2014: 38).

Aquellos presupuestos a los que se alude niega John Dewey (1930, *El arte como experiencia*), son los que otorgan al arte su estatuto de autonomía, de fenómeno ubicado más allá y desvinculado del resto de las ideas y acciones humanas; la antítesis del microcosmos tomado como un todo en la relación obra-entorno que aquí se intenta perfilar.

Por el contrario, Cometti asume este complejo de relaciones e intercambios y sentencia que *una obra está destinada a un encuentro, con todo lo que esto supone de aleatorio* (Ibíd: 47). Nos hallamos de nuevo frente al proceso de comunicación que supone toda práctica artística, con la señalada aleatoriedad que a su vez implican los actos de interpretación, codificación y decodificación, así como el ruido del que nunca está exenta toda forma de diálogo.

Esta disposición de encuentro, en oposición a una supuesta dimensión autónoma del arte, constituye una condición esencial de toda expresión artística, es decir, de toda enunciación plasmada en una obra. A decir de Nicolas Bourriaud:

El arte, porque está hecho de la misma materia que los intercambios sociales, ocupa un lugar particular en la producción colectiva. (...) Si está lograda, una obra de arte apunta siempre más allá de su simple presencia en el espacio; se abre al diálogo, a la discusión, a esa forma de negociación humana que Marcel Duchamp llamaba “el coeficiente del arte”, un proceso temporal que se desarrolla aquí y ahora (Bourriaud, 2013: 49).

Un factor que no reside entonces de forma inmanente en los objetos artísticos, sino que surge de la trama de relaciones semióticas y estéticas que se establece solo en la confrontación con el observador. De esta manera, por definición, todo arte es relacional. Y la identificación trazada del arte con lo social remite así, en nuestra época, especialmente con lo público, y denota a la vez su dimensión política.

Pues Bourriaud señala a la vez lo relacional como una particularidad histórica del arte de nuestro tiempo, producto de la ciudad moderna y su característico estrechamiento de las escalas en el espacio doméstico. Al compactarse las dimensiones del hogar típico en las grandes urbes—y del mobiliario correspondiente, incluyendo las obras de arte—y al acentuarse la concentración de éstas en los espacios públicos, se privilegia la cercanía y el encuentro. Se configura la estética relacional como producto del contexto actual de nuestras sociedades, en la propagación de lo urbano como modelo pretendidamente universal.

La ciudad permitió y generalizó la experiencia de la proximidad. (...) El régimen de encuentro intensivo, una vez transformado en regla absoluta de civilización, terminó por generar sus correspondientes prácticas artísticas: es decir, una forma de arte que parte de la intersubjetividad, y tiene por tema central el “estar junto”, el encuentro entre observador y cuadro, la elaboración colectiva del sentido (Ibíd: 14).

La acumulación y confluencia en los espacios públicos contemporáneos de millones de personas, podría quizá suponerse eventualmente poseería el mismo efecto, subrayaría una dinámica casi insalvable en las ciudades actuales, el choque o roce con innumerables otros, así como con objetos, imágenes y mensajes en exorbitante desproporción. En todo caso, la estética relacional no implica por supuesto un estilo o temática particular, sino que reivindica

La esfera de las relaciones humanas como lugar para la obra de arte, (...) lo intersubjetivo y lo interactivo (...) como punto de partida y como resultado, como los informantes principales de su actividad (Ibíd: 53).

Y a propósito de las referidas transacciones y del medio en que han de producirse, Sartre indica una singularidad actual de cierto elemento básico constituyente del teatro — extensible a todo fenómeno artístico—, sin el cual por supuesto tal no se concreta: el público. Sobre las determinaciones que impone, a partir de las características y condiciones que le han sido impuestas, o condicionadas, distingue entre una heterogeneidad en el público actual, contra una homogeneidad (en sí y con respecto a los autores) tradicional. Esta diferencia cualitativa, determina entonces la naturaleza de la interpretación-significación que ha de construir de la obra, como lo ha hecho siempre de acuerdo a su momento histórico:

(...) en los grandes momentos de la historia del teatro, había una homogeneidad real entre el autor y el público. Porque este vivía más o menos conscientemente las contradicciones que aquel ponía sobre la escena. (...) En nuestra época, los espectadores vienen de medios tan diversos y a veces tienen intereses tan opuestos, que es imposible prever las reacciones del público demasiado heterogéneo que ellos constituyen (Sartre, 1976: 94).

Sin embargo, si bien es cierto que actualmente las características de la sociedad en sus individuos se han complejizado y diversificado, pues su composición resulta de una profunda subdivisión y especialización sofisticada del trabajo, tal y como se persigue también en el consumo, las aparentes diferenciaciones devienen en homogeneidad y una correspondiente estandarización de las conductas y comportamientos en el seno de la ciudad contemporánea, plena de mediaciones tecnológicas. Y aun cuando la información y la formación de las personas puedan ser plurales, la inmensidad de referentes posibles se resuelve en la elección de pautas de pensamiento y acción en un espectro inmensamente limitado y coaccionado. Es aquí cuando la sobresaturación de información deviene ruido asignificante y la acumulación de individualidades semejantes masificación.

Habrà una vez más que acudir a un esquema opuesto, paralelo, para hallar un cauce de solución probable a tal orden de cosas.

Una referencia más de la susceptibilidad disruptiva de la alienación a través de la cotidianidad, puesto que en ésta se expresa, modificándola, lo constituye la conformación de la noción de lo cotidiano a partir de la vinculación emotiva que establece el individuo con su entorno habitual y quienes le rodean, en cuanto la percepción del mundo que realiza el sujeto se halla impregnada y se constituye de la conmoción estética, entendida

ésta, de acuerdo con Katya Mandoki (2006, *Prosaica*), como la sensibilización de todo cuanto nos rodea en la vida de todos los días. Toda experiencia sensorial es potencial y efectivamente vehículo y motivo del estímulo de emotividades de todo género, no solo de disfrute o goce —lo bello—; ni mucho menos se circunscribe este fenómeno constitutivo a un orden de realidad especializado—el arte—.

Por el contrario, en nuestro entorno cotidiano toda persona se encuentra en distintos momentos a merced de diversos estímulos que provocan reacciones emotivas, o no. Pues no se trata lo estético de una cualidad privativa de los objetos consagrados como *artísticos*, sino de un proceso en el cual ante cualquier cosa en el mundo físico e inmaterial que nos rodea, el de todos los días, se suscita una experiencia perceptiva y una consecuente conmoción emotiva. Es decir la *estesis* forma parte sustantiva de la cognición humana, y conforma cotidianamente nuestro mundo inmediato, común.

Es así que lo sensorial no resulta extraño para el ciudadano corriente, para el individuo promedio. Su alejamiento del arte en absoluto lo inmuniza contra la experiencia estética puesto que todos los días se realiza ésta en su existencia. Y si se asume que toda persona, todo ser humano percibe y siente, se conmociona ante su mundo ordinario, es decir interioriza elementos energéticos, cabe suponer por consecuencia todo individuo conlleva en sí no solo como posibilidad sino como necesidad la capacidad de expresar, exteriorizar de alguna manera el caudal de emociones, ideas, que se generan en él a partir de sus sentidos y su experiencia del mundo. En esta lógica más que una probabilidad se trata de una condición *sine qua non* en el ser humano; el arte en todos, socializado.

Todo ser humano es, *sustantivamente*, artista (...) cuando a las personas comunes se les ofrece la oportunidad de realizar un proceso estético del cual han sido apartadas, este proceso expande sus posibilidades expresivas atrofiadas, ahonda su percepción del mundo, dinamiza su deseo de transformarlo (Boal, 2016: 198).

Si existe ocasión, la capacidad expresiva largamente contenida en las personas se desborda con inusitada energía. *El derecho a la ciudad* y a la ciudadanía requiere necesariamente ejercer de forma objetiva la potencia creativa de cada persona de manera plena y libre. Sería ello la producción de la realidad como práctica social efectiva.

En una democracia ideal, tenemos que democratizar no solo la política, a través de la movilización popular, no solo la economía solidaria, no solo la información, la educación y la salud, sino también todas las artes, puesto que son parte esencial de cada individuo, de cada grupo social, de cada cultura y cada nación, y del desarrollo armónico del ser humano (Ibíd: 199).

De acuerdo con dichos términos, en toda sociedad pretendida como democrática tales derechos serían satisfechos indistintamente por toda la población, como práctica básica y universal. Noción por completo distante de la figura del artista imperante actualmente, como poseedor exclusivo de la capacidad de manipulación y creación estética.

En el mismo sentido, valga esta última acotación (por el momento) al respecto de las prácticas artísticas como objeto de estudio, concebidas actualmente de forma multidisciplinaria y especialmente enfática en su carácter social, pues si bien el arte por supuesto tiene su impulso motor en la subjetividad de cada persona, como se ha visto aquí, solo cobra forma a través de las condiciones particulares —históricas—que el medio impone a la experiencia y manifestación expresiva individuales:

No hay propiedades inalterables en los fenómenos simbólicos, ni facultades permanentes de una supuesta naturaleza humana, (...) el campo simbólico se forma en el sistema de relaciones de producción, distribución y consumo de cada sociedad. (...) Luego, lo estético debe buscarse, más que en las propiedades de ciertos objetos (las obras de arte) o en las actitudes de ciertos hombres (los artistas), en el estudio de las relaciones sociales entre los hombres y los objetos (Canclini, 2006: 138).

De forma paralela, el potencial de ruptura de la cotidianidad que se halla en la naturaleza misma del ser humano en cuanto sujeto social, ha de articularse y ponerse en acción para materializarse efectivamente y lo cotidiano emerja en su dimensión de encuentro, de sustentación de lo público, es decir, la superación de la anonimidad del espacio y de las personas, y la inanidad del tiempo normativizado. Este proceso idealmente gestado a través de un arte socializado no se refiere a un consumo intensivo de obras, sino por el contrario, lo que se propugna es el involucramiento y la participación activa de los ciudadanos como productores, como sujetos creativos protagonistas de enunciaciones y discursos artísticos en una práctica no especializada (ejecutada solo por “artistas”) ni escindida de la vida cotidiana en su dimensión social.

La detonación de una intensificación de las tensiones y conflictos latentes en el espacio público por medio de actos creativos sistemáticas y dirigidos —acciones artísticas—, servirá para visibilizar las contradicciones que las originan, a favor de un avance hacia su agudización y/o resolución a través de la toma de conciencia de la existencia de éstas, de sus causas y consecuencias, por parte de un número creciente de integrantes de un conjunto social (cualquiera que sea su género y escala) en cuyo seno actúa dicho proceso. En otros términos, se trata de reconocer efectivamente el papel del arte como factor de concreción y consolidación de la dimensión social de lo público, es decir, como elemento que precipita el encuentro e intercambio fructífero, de beneficio mutuo, a partir de la

inclusión indispensable de los otros en nuestro actuar, esto es, a través de la incorporación de la alteridad como referente fundacional de cada uno.

Se sitúan así a las prácticas artísticas como catalizadores, provocadores de transformaciones sociales, potencialmente al menos; a diferencia de las rupturas individuales, espontáneas y no articuladas, puesto que su emergencia permite al sujeto sobreponerse o limitar las agresiones y los condicionamientos que el medio le impone, pero permiten al mismo tiempo la estabilización, la continuidad y permanencia del modo de precarización social establecido. Desvaneciéndose con la misma celeridad con la que surgen, adquieren así una función conservadora o regresiva, aun cuando la acción tenga por principio una intención de efecto y significación opuesta, antinormativa.

En el siguiente capítulo, se exponen además del análisis de sitio efectuado en estudios de caso específicos en espacios públicos de la ciudad de México, la interrupción de la cotidianidad de los mismos desde la ejecución de intervenciones participativas (a partir de ciertos elementos artísticos), con la orientación y finalidad expresas de comprobar la potencialidad concreta de tales ejercicios en los cauces aquí perfilados.

Capítulo tres

Lo ciudad normativa y su ruptura

La cotidianidad se hace problemática y se manifiesta como tal, si es alterada.

Karel Kosík

Supresión y conformación de lo público

La dinámica urbana, determinante en el espacio público que alberga, además de constituir justamente esta dimensión de lo social condiciona la naturaleza y características particulares de cada caso, en cada sociedad. La homogenización de lo urbano globalizado se estructura a la par del ejercicio —precario pero permanente— de los gestos y enunciaciones propios, personales y culturales.

Partimos de la noción de espacio público según la perfila Jordi Borja, esto es, como lugar de confluencia e intercambio igualitario esencial en la constitución de toda sociedad moderna, es decir, democrática:

La ciudad es ante todo el espacio público, el espacio público es la ciudad. Es a la vez condición y expresión de la ciudadanía, de los derechos ciudadanos. (...) Sin espacio público potente, integrador socialmente, articulador física y simbólicamente, la ciudad se disuelve, la democracia se pervierte, el proceso histórico que hace avanzar las libertades individuales y colectivas se interrumpe o retrocede, la reducción de las desigualdades y la supremacía de la solidaridad y la tolerancia como valores ciudadanos se ven superados por la segregación y por la codicia, por el egoísmo y la exclusión. **(Esto es) la consideración histórico-cultural del espacio público como una dimensión fundamental de la democracia política y social.** El espacio público expresa la democracia en su dimensión territorial. Es el espacio de uso colectivo. Es el ámbito en el que los ciudadanos pueden (o debieran) sentirse como tales, libres e iguales (Borja, 2013: 101).

La identificación de lo público con la ciudad, y a su vez con la noción de democracia y en específico su materialización en el seno de la sociedad, otorga el contrapunto al contexto de cotidianidad alienada desarrollado en el primer capítulo.

La caracterización de los derechos ciudadanos que consigna el mismo autor, puntualiza el vínculo existente entre ciudad y democracia en las sociedades urbanas actualmente. En función de la particularidad de las sociedades presentes se torna necesario definir derechos y competencias específicas que otorguen a los individuos la posibilidad de condiciones de vida satisfactorias en un inédito entorno global hipermediatizado e híbrido:

En nuestras sociedades altamente urbanizadas hay una estrecha relación entre derecho a la ciudad y derechos ciudadanos. (...) La democracia no consiste únicamente en la existencia de instituciones representativas y libertades políticas y civiles. Ésta es la dimensión formal. La dimensión material es que las instituciones y las libertades se justifican y se ejercen con el fin de que las políticas públicas hagan reales los derechos teóricos considerados legítimos en cada momento histórico y las libertades sirven para reivindicarlos (Ibíd: 145).

No obstante, lejos del cumplimiento cabal o relativo de este panorama, nos encontramos inmersos en un ámbito urbano que contradictoriamente con su propia definición como concentración de recursos y fuerzas, condena al ciudadano promedio a una explotación exhaustiva simultánea a la precariedad y escasez acuciantes (no solo material, como se expuso en el primer capítulo, sino también de tiempo y de espacio), que permanentemente obstaculizan o frustran la satisfacción de las necesidades humanas y el desarrollo de las capacidades sociales en la ciudad, como producto de la acumulación de medios tecnológicos y económicos que en cambio, producen una limitación generalizada de los mínimos elementos de bienestar común.

Creo que ello se debe a que la vida cotidiana está organizada dentro de los límites de una pobreza escandalosa. Y, sobre todo, a que esta pobreza de la vida cotidiana no tiene nada de accidental: es una pobreza impuesta a cada instante por la fuerza y la violencia de una sociedad dividida en clases; una pobreza históricamente organizada de acuerdo con las necesidades de la historia de la explotación (Debord, 1961).

Nos hallamos aquí frente a la vaciedad a que condena el sistema económico imperante a la inmensa mayoría de los pobladores a nivel mundial hoy en día. El extrañamiento del ser humano contemporáneo de sí mismo, de sus semejantes y de su entorno comienza en primer lugar con el advenimiento de la imposición del trabajo y de la producción sin fin a que se somete como exigencia a cada ciudadano. Y sus repercusiones las explican concisamente Friedrich Engels y Karl Marx:

¿En qué consiste la alienación del trabajo? En primer lugar (...), en que el trabajo se mantiene *externo* al obrero, es decir, que no pertenece a su *ser*, y el obrero, por tanto, no se afirma en su trabajo, sino que se niega, no se siente satisfecho, sino desgraciado, no desarrolla ninguna libre actividad física y espiritual, sino que mortifica su cuerpo y arruina su espíritu (Engels y Marx, 1976: 165).

Y abordan posteriormente el mecanismo mediante el cual el consumo y el derroche configuran una suerte de fin primordial a la existencia alienada. La irracionalidad del sistema se hace patente en la primacía de las condiciones impuestas por el capitalismo presente:

(...) La expansión de los productos y de las necesidades se hace esclava *ingeniosa* y siempre *calculadora* de apetitos deshumanos, refinados, innaturales e *imaginarios*; la propiedad privada no sabe hacer de la tosca necesidad una necesidad *humana*; su *idealismo* es *presunción, arbitrariedad, capricho* (Ibíd: 169).

Ante ello, se esgrime la interrupción de la cotidianidad como modo de incitar a la activación de las universales capacidades creativas inherentes a todo ser humano, presumiblemente susceptibles de estimularse y articularse inadvertidamente, una vez traspuestas las pautas de reiteración habitual así como la inercia de las conductas mecanicistas rutinarias dominantes en los espacios urbanos colectivos.

Los situacionistas consideran la actividad cultural, desde el punto de vista de la totalidad, como un método de construcción experimental de la vida cotidiana que puede desarrollarse permanentemente con la ampliación del ocio y la desaparición de la división del trabajo [empezando por la del trabajo artístico] (Debord, 1958).

Esto es, la instrumentación de distintas disciplinas y medios artísticos como método de injerencia y ruptura en la cotidianidad, diseminando indiscriminadamente en los individuos —como productores— el arte, socializándolo. Y así éste, a la vez que se comprende como ajeno a toda especialización, se emplaza como paradigma futuro y al mismo tiempo como medio, como vía para llegar a dicho horizonte.

Casos

Se efectuó el análisis de dos diferentes espacios que guardan diversas semejanzas en sus características específicas, recopilando datos a partir de observaciones directas, análisis de discursos y prospecciones de los principales actores en la utilización y transformación del espacio. Además, partiendo de la intención de no presuponer e imponer una

interpretación del espacio público y de las dinámicas suscitadas en éste, se indagó mediante entrevistas a profundidad, a manera de sondeo, cuál es la percepción que tiene la propia gente que lo transita, ocupa y observa cotidianamente, en casos específicos. Se hizo este ejercicio para definir las particularidades de los sitios y momentos en que se efectuaron los eventos de observación, las experimentaciones, buscando determinar el tipo de relaciones suscitadas en un tiempo y lugar determinados. Se trata de observar las representaciones y prácticas ejercidas en y a partir del espacio, los imaginarios que surgen de y determinan la cotidianidad concreta acontecida en una micro muestra de la ciudad.

Dichos sitios son los sistemas de transporte público *Metro* y *Metrobús*, y un puente peatonal situado sobre el Anillo Periférico, ambos de la ciudad de México. El primero es caracterizado como un espacio indiferenciado de tránsito, en donde pasillos, andenes y vagones conforman ambientes definibles como anónimos y vacuos, reducidos a su dimensión transitoria, de flujo ininterrumpido. En cuanto al segundo sitio se expondrá el estudio efectuado *in situ*, a partir de observaciones presenciales, y finalmente la relación de las entrevistas referidas y las intervenciones llevadas a cabo en ambos casos como aproximación al fenómeno delimitado. A saber, este es, la contracción o embotamiento de las capacidades perceptivas y expresivas, por lo común presentes en las personas inmersas dentro de la normalidad urbana, no impide se ejercite inadvertidamente una receptividad profusa e intensa y un comportamiento distinto al presentado de manera habitual, cuando las circunstancias lo permiten y motivan. En todo caso, la realidad de la ciudad es percibida a través de un sinnúmero de subjetividades que en conjunto funcionan con la implicación de ciertos elementos que los tornan coincidentes y reconocibles entre sí, identificables.

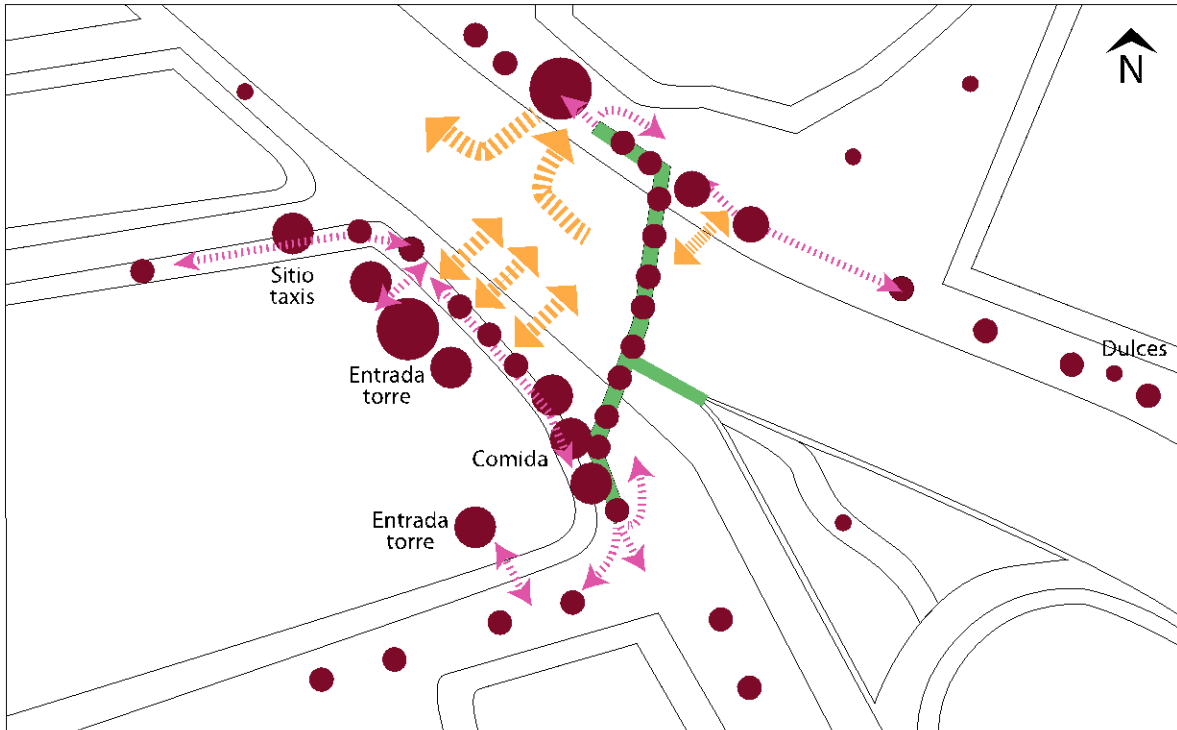
Se escogieron justo los espacios urbanos más alienantes para evitar el registro y la apreciación de actividades perfectamente estipuladas o predefinidas, socialmente normadas y legitimadas, por ejemplo practicar un ocio delimitado y en ese sentido rutinario, en el caso de las plazas y jardines, especialmente construidas para albergar el paseo y el reposo distractor y conciliador del ciudadano con la dinámica cotidiana. Se consideran espacios públicos puesto que además de ser percibidos como tales por los propios usuarios, ambos son de libre acceso (aun cuando en el caso del Metrobús existan reglamentaciones en cuanto a horarios y actividades) y su mantenimiento y operación depende de la administración gubernamental directa o descentralizada o a partir de concesiones.





Descripción morfológica

En el caso del puente peatonal elegido, situado en el noroeste de la demarcación política de la ciudad de México y cerca del centro histórico y más aún del centro geográfico de la ZMCM, confluyen numerosos factores que inciden sobre el transeúnte en el espacio. Se hallan entre las características más significativas del sitio, la alta densidad de concentración de la infraestructura urbana y el elevado nivel socioeconómico de las áreas habitacionales circundantes, así como su carácter de paso: es un lugar de profuso tránsito peatonal y (especialmente) vehicular (ver plano 1), tratándose de un puente que salva una de las vialidades primarias más grandes de la ciudad. El ruido de los automóviles y el smog emitido por los mismos acumulados en gran cantidad son otras de las características más relevantes a las que se halla expuesto quien transita por el lugar (además de algo de basura), dado que el puente peatonal en cuestión se encuentra bajo el llamado segundo piso del Anillo Periférico, lo que al mismo tiempo ofrece sin embargo un resguardo contra el sol intenso y la lluvia. Entre los principales actores presentes en el espacio se encuentran diversas empresas (en oficinas, locales y anuncios comerciales, ver plano 2), oficinistas, empleados diversos, comerciantes ambulantes, guardias privados, taxistas, gobierno delegacional (áreas verdes e infraestructura) así como algunos policías ocasionalmente.

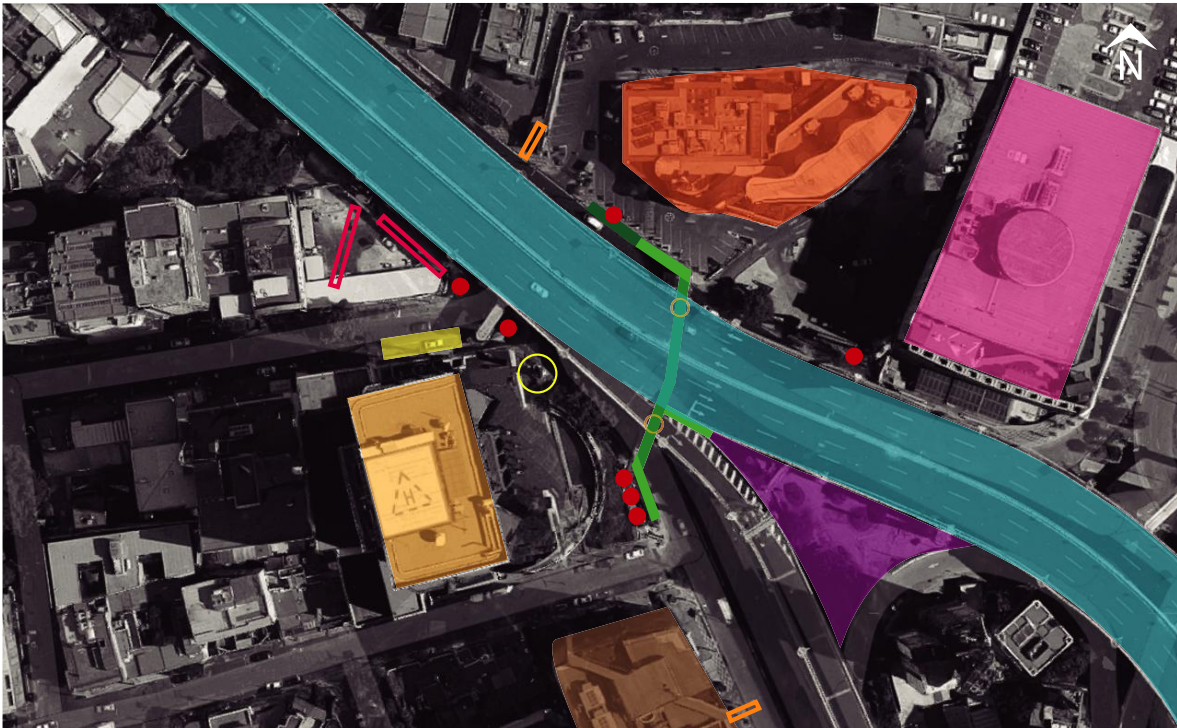
Este espacio constituido a partir de la movilidad como fin primordial, ofrece en principio escasas o casi nulas posibilidades de convivencia. Cuestión aparte es el cúmulo de actividades surgidas a partir de la irrupción del comercio ambulante, que por otra parte es en cuanto a su presencia marcadamente transitorio o temporal, supeditada a los ritmos de afluencia y ocupación laboral, así como a las reglamentaciones y a los cambios —más o menos laxos— en su aplicación. El tejido de relaciones e interacciones regulares —de reconocimiento y familiaridad— surgido en el cotidiano trato entre quienes prestan un servicio (alimentación) y quienes lo consumen (y en general entre quienes ocupan el espacio, con sus respectivas excepciones), se halla condicionado por la naturaleza improvisada de la adaptación, más allá de la infraestructura, de los hábitos y comportamientos; un uso que resuelve no obstante una necesidad en ninguna forma prevista o anticipada en la planeación y construcción del espacio.

Plano 1. Densidades y flujos



-  Puente peatonal
-  Sitios de concentración y tránsito peatonal
-  Flujos principales en aceras
-  Incorporación al flujo vehicular vía transporte público

Plano 2. Principales elementos de interpelación



- | | |
|---|--|
|  Anillo periférico |  Torre Altiva (Canon, Comex, Pioneer) |
|  Puente peatonal |  MacDonald's |
|  Escultura corporativa |  Edificio oficinas (Zurich Seguros) |
|  Puestos ambulantes |  Corporativo (Bridgestone) |
|  Sitio de taxis |  Áreas verdes |
|  Anuncios espectaculares |  Parada transporte público |
|  Pantallas LED |  Filtraciones de agua |

Al mismo tiempo, el sólo acto de estar presente en un espacio público y la mera utilización del mobiliario e infraestructura urbanas, sea sentarse en una banca o subir y atravesar un puente peatonal, no implica necesariamente su apropiación, pues su estancia y uso pueden ser mecanizados y triviales, permaneciendo el sujeto en un estado de embotamiento continuo de los sentidos y la conciencia, o por el contrario, resultar su tiempo fructífero y constructivo, es decir, ser significativo y creativo, fértil; pero en todo caso no está exenta (sino relativamente) su presencia y utilización del lugar de las limitaciones y determinismos explícitos o subyacentes en la normalidad social. Se define entonces al suceso —y sus probables cauces—, en este caso no para incorporar en la proyección de una intervención arquitectónica (o perdurable siquiera) las prácticas y representaciones tejidas en el espacio, sino justamente para interrumpirlas o alterarlas, a partir de la irrupción de un acontecimiento que eventualmente incentive el surgimiento, aun temporal, de interacciones diversas a las ya establecidas.

Se trata de indagar las verdaderas necesidades —en cuanto propias— de las personas, buscando evitar efectuar una imposición más, que se sume a las dinámicas externas —de mercado— presentes en el espacio. En las observaciones efectuadas en el sitio se constató reiteradamente la existencia de una hipersegregación social permanente en el espacio circundante al puente, que opera de manera aparentemente insalvable entre todos los integrantes de las diversos estratos sociales, una suerte de autoexclusión clasista efectuada por cada individuo, seleccionando con quién puede relacionarse y quién no puede hacerlo con ellos, aun cuando compartan la utilización de un mismo espacio y tiempo cotidianamente. En realidad la interacción (casi) invariablemente se supedita al nivel socioeconómico, y en menor medida a las características raciales de cada persona, por lo regular determinados a primera vista en los primeros momentos en que alguien se cruza con un desconocido en la calle. Dichos códigos de conducta y de relacionarse en el espacio con los co-ocupantes del mismo, se corroboró también al solicitar referencias e indicaciones de orientación para recorrer el territorio durante el transcurso de las mismas observaciones.

Entrevistas a usuarios

Para comprobar el diagnóstico o lectura del espacio hasta aquí vertida, se realizó una indagación con diversos usuarios habituales del lugar elegido (25 y 27 de agosto de 2015). Se buscó averiguar cuáles son algunas concepciones que desde sus particulares experiencias resultan de su contacto con el entorno y determinan su comportamiento en este, constituyendo a la vez parte sustancial del mismo, de la trama de relaciones sociales

Figura 1. Registro propio. 12/08/15

	Factores (físicos) de alienación en el espacio construido	Dinámicas alienadas (comportamientos que inciden en la conformación del ambiente)
	Contaminación (basura, smog, ruido)	Encierro, exposición (a ser visto)
	Saturación vehicular (los autos abarcan todo el panorama visible)	Vehículo particular (como necesidad adquirida, de manera generalizada)
	Anonimidad (espacio indiferenciado). Puente peatonal y vehicular prefabricados, autos producidos en serie	
	Altas densidades de flujos y acumulación vehicular. Estructuras visibles dominantes (puente vehicular y peatonal)	



Factores (físicos) de alienación en el espacio construido

Arquitectura homologada, corporativa. Elementos indiferenciados (cualquier lugar de la ciudad, cualquier ciudad)



Las condiciones totales son más precarias y conflictivas como consecuencia de la superposición de actividades



Dinámicas alienadas (comportamientos que inciden en la conformación del ambiente)

Adaptación del espacio (funciones distintas a las planeadas por el constructor del espacio)

Vestimentas estandarizadas (trajes de oficina, indumentaria de moda). Ritmo vertiginoso: flujo peatonal ininterrumpido



A pesar de los conflictos, algunas personas perciben el lugar de forma positiva (connotaciones de estatus socio-económico, modernización, ambiente corporativo)

que en el espacio se establecen, más allá de su propia y particular conciencia, así como de su voluntad y capacidad de modificación.

Particularmente, se trataron de reconocer algunas muestras y expresiones indicativas de la fragmentación o dispersión social que se presume aquí, impera en los sujetos. Se buscó explorar en el grado de desvinculación o distanciamiento que guardan con su medio y con los demás, y así mismo, se intentaron también rastrear elementos de reconocimiento y prácticas o ejercicios de desalienación, que las personas ejerzan como reducto ante las condiciones explícitamente nocivas que enfrentan en su cotidianidad.

Las preguntas se dirigieron a averiguar no el grado de conocimiento que sobre su realidad posee la persona entrevistada, sino sobre todo que tan interesado se encuentra en ella, que tan consciente está el individuo de sí mismo, de las otras personas y del medio, y qué tipo de vinculación afectiva guarda con éstos. Cuál es su percepción del espacio y si ésta coincide con el "diagnóstico" previo aquí delineado.

Una difusa aprensión generalizada y la percepción resignada de un supuesto carácter inevitable en la perdurabilidad de las condiciones críticas en la ciudad y en sus actividades a desempeñar regularmente, fueron de las mayores constantes reveladas. Las tácticas esgrimidas ante tales situaciones repetidamente consistían en la reducción parcial, o en la total eliminación de otras determinadas actividades, para lograr realizar las cotidianas tareas que implican el trasladarse en su dinámica diaria (laboral) por la ciudad y cumplir con los horarios establecidos.

La deficiente administración pública del país —*falta de capacidad, de organización*— seguida de problemáticas culturales, fueron las causas más comunes percibidas como origen de las dificultades que día a día enfrentan las personas abordadas. Así mismo resalta en varias de ellas la percepción de inseguridad que experimentan en la vía pública. Una de éstas, un farmacéutico de 74 años, declara le gustaría vivir en Estados Unidos para contar con mayor seguridad, poniendo además en relieve su preocupación al no tener policías a la vista en todo momento. Mientras que otra persona, un contador público de 32 años de edad, manifiesta su deseo de ver policías *por lo menos en cada cuadra*, aun cuando también declara que Polanco le resulta *indiferente*. Señala igualmente que para evitar los embotellamientos cotidianos altera su jornada: *llego a mi trabajo 50 minutos antes por lo mismo del tráfico*.

Por su parte una mujer, administradora de tienda (45 años), refiere que ante el riesgo de sufrir un asalto opta por vestir y arreglarse sin portar objetos de valor, a la vista y en

general, *ni sacar mucho dinero, pues ya: que no nos cueste tanto* (un posible robo). A pesar de haber padecido varios asaltos en la vía y el transporte público, aduce como causa a tal problemática la falta de empleos antes que la mala voluntad de las personas que cometen tales actos, es decir, lleva a cabo ciertas estrategias de mitigación de las posibles pérdidas materiales y distingue un fenómeno macroscópico de su expresión particular y específica, que le afecta a nivel personal. La misma persona se muestra sensible ante quienes comparten el espacio urbano pero no se hayan insertos en la dinámica social sino a través de condiciones de marginalidad; ante la pregunta sobre los sentimientos y pensamientos que regularmente la abordan en el transporte público señala una actitud impresionable —tal vez común pero no visible fácilmente—, aunque en apariencia sea de distanciamiento e indiferencia ante la situación crítica en que se hallan muchas personas en la ciudad:

Es muy deprimente mucha veces ver la situación de la gente que se sube a pedir ayuda, la gente que canta, que vende dulces, la que se ve en la calle... mejor, o te duermes... o sea, incluso se drogan, muchos jovencitos se drogan, entonces pues, prefiere uno mejor abstraerse y encerrarse en su círculo, para no ver situaciones.

Todo lo cual si bien denota una desvinculación defensiva practicada ante fenómenos que a nivel individual las personas no pueden modificar —la pobreza estructural—, remarca además y previamente un reconocimiento e identificación de la problemática, a la par de una acusada sensibilidad hacia los desconocidos con quienes cotidianamente se comparten el espacio y tiempo en la ciudad, más que un extrañamiento o evasión en estricto sentido, como a primera vista se podría interpretar. Por último, contrastando su propio barrio (Pueblo de San Juan de Aragón), señala su apego y estimación por las tradiciones e integración interfamiliar que se mantienen con alguna vigorosidad, refiere, por oposición a Polanco, donde, concluye sentenciando: *aquí, es muy elitista la gente*.

Caso similar es la percepción expresada por una joven y madre trabajadora (mesera) de 21 años, que refiere una limitación de los horarios en los que se puede transitar o permanecer relativamente *confiada* en la calle, en la colonia donde reside, debido a la inseguridad imperante: *sí, hay demasiada delincuencia, es salir a ciertas horas porque nos arriesgamos mucho*. Aun cuando inmediatamente antes ha afirmado le gusta la colonia donde vive: *pues he vivido ahí toda mi vida*. El mismo caso ocurre con otro contador entrevistado (30 años), quien dice evitar llegar demasiado tarde a casa por temor a un asalto, *no salir muy noche*. A la vez que refiere el ruido en la calle donde vive como el principal problema en el lugar (colonia) donde vive:

Pues más que nada es el ruido, es el ruido que hacen los que habitamos ahí, el ruido de la noche, en el día, los fines de semana... yo no vivo tanto en una avenida, no pasan muchos carros, pero sí hay mucho ruido por parte de la gente, por decirlo así... con música, exactamente. Y al mismo tiempo: donde vivo sí me gusta, porque es tranquilo, porque no hay tanto... cómo te diré, no hay tantas cosas que provoquen, que alteren por ejemplo el orden.

Es decir, reconoce perfectamente las graves condiciones que imperan en el espacio inmediato a su hogar, puesto que las padece, pero a la vez recurre a proveerse mentalmente de un lugar de asiento, propio, con el que se identifica, sea su colonia o barrio. A la par, señala también que en sus desplazamientos siente *pues, en el transcurso, a veces tristeza por tanto niño que ves pidiendo dinero o así, cuando ellos debían estar jugando, o deberían estar estudiando.*

Por otra parte, este primer profesionista entrevistado señala también la triplicación (de 35 minutos a hora y media) del tiempo de traslado en automóvil particular, dependiendo de la densidad del tránsito, comparando los días entre semana con los sábados que también labora. Y por supuesto, consecuentemente —y aunado esto a la gran extensión de sus jornadas de trabajo—, acusa una gran falta de tiempo en su vida personal, a nivel social y familiar. Se constató en varios casos cómo a la sustracción del espacio en la ciudad operada en la cotidianidad de sus habitantes a partir de la inseguridad y la sensación de incertidumbre normalizada, producto tanto de la existencia real de aquella como de su extensión exponencial en el imaginario colectivo, se suma la sustracción del tiempo dedicado a actividades diversas al trabajo y al traslado derivado de éste.

Otro de los sujetos cuestionados, una cosmetóloga y madre de familia de 35 años, afirma que no le gustaría vivir en otro país, y explica: *me encanta mi México, me encantan las costumbres, mi gente*, a la vez que detecta como primer problema en la ciudad el clasismo. En efecto, en sus declaraciones se muestra ser claramente consciente de problemas sociales, culturales, económicos y políticos (*administrativos*) que afectan al conjunto de la ciudad, sin por ello implicar un desafecto hacia la misma, que plenamente identifica como su medio. Al mismo tiempo que refleja este vínculo refiere la confrontación cotidiana a una infraestructura vial permanentemente desbordada y colapsada:

Si lo veo positivamente me gusta, porque la verdad me encanta la ciudad, pero es demasiado tiempo, ya sea en coche, ya sea en transporte (público), ahorita por ejemplo no traigo coche, y es una grosería el tiempo que hacemos, sinceramente. Porque son cuatro horas, de verdad eh, o sea de donde yo vengo, Satélite, bueno un poquito más adelante

para acá (Polanco), me he llegado a hacer... porque sí, yo se que están poniendo puentes, que están queriéndolo poner muy bonito... pero hasta cuatro horas de camino nos podemos hacer. De Mundo E para acá una vez me tocó cuatro horas, ya tranquilo, tres horas, seguras, en las mañanas. Y de regreso igual, ya obviamente si le buscamos que en el carril central, hablando de transporte (público) pues sí te haces dos horas, pero hablamos de dos horas de ida y dos horas de vuelta, hablamos de cuatro horas perdidas de mi vida, y de las demás personas pues. Es demasiado el tiempo que pierde uno.

Señala igualmente, de manera relevante y a pesar de lo anterior: Polanco realmente me agrada, sabemos que tiene lugares para comer y ricos, también en cuanto a compra, bueno, a lo mejor son muy caros pero te deleitas la pupila, (...) me encanta la zona, es muy agradable, para caminar muy tranquilo.

La experiencia referida denota también una heterogeneidad entre cierta identificación emocional con las personas nombradas como desprotegidas, y la aceptación de condiciones adversas y nocivas ante la propia necesidad de trabajar y trasladarse con tal propósito. En todo caso, el ritmo y las condiciones de desplazamiento y de trabajo son asfixiantes, y ante ello, las personas implementan diversas estrategias para solventar en mejores términos, relativamente, sus actividades habituales. La naturaleza atemporal del espacio, donde sólo fluyen incesantemente, con prisa y desatención, trabajadores agobiados por rutinas más o menos demandantes pero en todo caso agresivas, se corresponde con su carácter alienante, su cualidad despersonalizada y homologada, deshumanizada. Todo ello yuxtapuesto a una oferta de consumo presente en el espacio, si bien frecuentemente inaccesible, en muchos casos no por ello menos seductora en sus atributos publicitarios.

Y en general, en la ciudad el tiempo de trabajo es prioritario, constituye la actividad fundamental en la que se ocupan el grueso de los individuos la mayor parte del tiempo, mientras que el tiempo destinado al resto de actividades que ejecutan cotidianamente es residual. Resulta así en la sociedad contemporánea cuando menos igualmente determinante y decisiva la producción, como se había supuesto la coerción del consumo, en el conjunto de condicionamientos sistemáticos que actúan en el ciudadano.

De cualquier modo, las concepciones establecidas por las personas (constatado en varias de ellas) no resultan inconexas o incompatibles con la realidad, distinguen las situaciones injustas que les afectan no únicamente a ellos sino también a los demás, usualmente pertenecientes a diversos entornos y condiciones sociales, pero perciben tales situaciones como inevitables o en último caso, fuera del alcance de su acción. Nos hallamos aquí ante

una forma específica de alienación: la sustracción en el individuo de las capacidades de transformación de su medio.

El sujeto advierte la condición nociva e indeseable de ciertas circunstancias presentes en su entorno pero se concibe a sí mismo como incapaz de cambiarlas (al considerar solo su acción aislada e individual), derivando así en la impotencia efectiva de millones de seres atrapados en el mismo sistema. El poder de creación y transformación de su propio medio ha sido extraído en el ciudadano reduciéndolo a la posibilidad, también dudosa, de adaptarse a un sistema fundamentalmente disfuncional e irracional.

Intervenciones

A modo de observaciones experimentales, como parte de la metodología de esta investigación, se llevaron a cabo diversos ejercicios de alteración inducida de la cotidianidad en lo que consideramos como los lugares más inapropiados para albergar prácticas de reconocimiento y enunciación, los lugares de tránsito. En el caso tanto del transporte colectivo (Metro y Metrobús) como del puente peatonal, se efectuaron experimentos de interrupción de la vida cotidiana en espacios públicos desde los planteamientos teóricos y prácticos de los situacionistas, a saber, la manipulación del tiempo-espacio público en un micro segmento de la ciudad por medio de elementos artísticos (y/o de cualquier índole) con el objeto expreso de suscitar de manera espontánea pensamientos, emociones y comportamientos distintos a los guardados cotidianamente por los ciudadanos comunes en su espacio habitual. Se trata de instrumentar

Un uso unitario de todos los medios de agitación de la vida cotidiana, (...) construir nuevos ambientes que sean a la vez el producto y el instrumento de nuevos comportamientos. (...) Emplear empíricamente, al principio, los actos cotidianos y las formas culturales que existen en la actualidad (Debord, 1957)

La alteración de las condiciones del medio urbano, eventualmente, provocaría en los ciudadanos un correlativo cambio en su percepción y consecuentemente en su actuar, sobreviniendo así —en el tiempo y espacio propios de la cotidianidad— la construcción de acciones y sentidos colectivos divergentes a los ordinarios.

En ambos espacios intervenidos la injerencia en la normalidad cotidiana se realizó por medio de la modalidad escénica denominada como teatro invisible, esto es, una representación dramática semiestructurada que se ejecuta en un espacio público sin

hacer explícito el hecho de tratarse de una ficción, así que los espectadores fortuitos toman parte y reaccionan ante tal como ante una situación real.

Es ésta una de las múltiples construcciones experimentales desarrollada metódicamente por Augusto Boal, como búsqueda de la transformación de las condiciones de vida de los seres humanos en determinado sitio a través del teatro. Esencialmente a partir de acciones escénicas en donde por definición, de acuerdo con este creador

La emoción “en sí”, desordenada y caótica, no vale nada. Lo importante en la emoción es su significado. No podemos hablar de emoción sin razón, o, al revés, de razón sin emoción. Una es caos y la otra pura matemática (Boal, 1982: 67).

Entendida así, dentro del teatro en general y en particular en éstas construcciones situacionales, como cabría categorizarlas, *la emoción debía ser prioritaria, debía determinar libremente la forma final* (Ibíd: 59), constituyéndose además el sentido de manera colectiva y abierta. Integrándose de tal manera la experiencia estética, la percepción y conmoción inherentes, y el proceso de concientización, de comprensión intelectual de la realidad.

Caso 1. Transporte público

Por medio de la simulación de una discusión entre dos supuestos desconocidos, se formuló una controversia sobre un tópico de interés general en la que los pasajeros que lo presenciaron intervinieron en distintas formas y sentidos (22 de marzo de 2016). Los diálogos iniciales son los siguientes:

Personaje 1 (Mujer).

Personaje 2 (Hombre).

Pasajero D.

Diversos sujetos, pasajeros fortuitos (A, B, C...).

Mujer: —Si, bueno... ¡hola amiga! Sí ¿cómo estás?... Ay ¿en serio?... ¿otra vez hay marcha? Ay no, que horror amiga... sí... ¡pinche gente! Que se vaya a manifestar a su casa... sí... ni modo. Bueno, te veo ahí... ¡Bye!

(Pausa)

Hombre: —Así que según tú, la gente tiene que aguantar cualquier cosa ¿no? y trabajar y quedarse callada.

Mujer: (asombrada) —¿Perdón? Si te refieres a mi conversación telefónica...porque no dije eso, yo me quejo porque me afecta cuando hay marcha ¿a ti no? A todos, porque no podemos pasar, y la verdad es sumamente estresante andar en el tránsito.

Hombre: —Sí, yo estoy de acuerdo con eso, pero en realidad...

Mujer: —Yo tengo muchas amigas y amigos que también...

A partir de este punto se hacen patentes diversas muestras de desacuerdo o coincidencia con alguna de las posturas encontradas por parte de ciertos pasajeros, manifestadas con repetidos asentimientos o negaciones de cabeza y reforzadas por diversos gestos faciales y corporales (pasajeros A y C). Así mismo personas que viajaban acompañadas comienzan a comentar entre sí la situación. Posteriormente, al retirarse en diferentes momentos del lugar para descender del transporte y encontrarse en este trance momentáneamente próximos a alguno de los personajes con cuyos planteamientos comulgaban, se dirigieron de forma verbal exclusivamente a este, en cada caso, para expresar coincidencia con su postura: —*Estoy de acuerdo contigo*, o condenar en una complicidad tácita (sin argumentación) la posición de los otros: —*Han de ser perredistas* (sujetos A y B, respectivamente).

El diálogo continúa aproximadamente en los mismos términos, ambos personajes reiterando y ampliando sus respectivos puntos de vista hasta el momento en el que interviene un pasajero para argumentar a favor del hombre.

Mujer: —Sus derechos terminan donde empiezan los míos.

Hombre: —Sí, pero los derechos de esas personas y los tuyos son exactamente los mismos, por si no lo sabes.

Mujer: —Pero yo, para hacer valer mis derechos no molesto a los demás.

Fotogramas



Inicio de escenificación y establecimiento del diálogo



Discusión entre personajes e irrupción del pasajero D

Espacio análogo



Diseño utilitario del entorno, estandarizado, visibilidad de actores preponderante



Diálogo de extremo a extremo (usuarios en medio, cautivos en sus asientos).
Encierro, gran proximidad

Hombre: —O sea, que siempre se trata de ti. De que a ti no te moleste nada. Seguramente (con ironía) tú eres una privilegiada. Pues qué afortunada eres que no te afecta nada de lo que sucede.

Mujer: —No, sí hay cosas que me molestan que hace el gobierno, pero no por eso voy a hacer un embotellamiento. Y no solo estoy pensando en mí, como ellos, mi amiga está atrapada en el tránsito... ¿Ves? (refiriéndose a una pasajera que ha estado comentando el tema con su acompañante y asiente apoyando las palabras de la mujer) o sea neta, no soy la única, a ellos también les molesta.

Pasajero D: —De hecho, ellos piensan en varios, no nada más en ellos. Estas personas no son egoístas.

Hombre: —Exactamente, están pensando en más personas que tan solo en ellas mismas. Yo estoy completamente de acuerdo contigo. Muchas gracias.

Pasajero D: —Así es. Ésas personas no ven solo por ellos, todo lo contrario.

Mujer: —Bueno, pero ellos haciendo eso, no dejan que nadie pase ¿no?

Pasajero D: —Es que el gobierno no nos deja otra más que juntarte con los demás, o te reprime, o lo otro: o viene la policía y te desaparece. Tienes que buscar aliarte con los otros porque si no ¿qué vas a hacer?... te acaban.

Interpretación

Más allá de la mera constatación de la polarización o de la pluralidad de posturas y lecturas efectuadas, relativas en este caso a fenómenos y problemáticas esencialmente urbanas que permean en el particular contexto social, lo relevante en el experimento reside en el trastocamiento de la normalidad establecida y mantenida cotidianamente, visible en la participación activa de los pasajeros que transitan de la percepción individual a una serie de enunciaciones públicas.

La ruptura del aislamiento coloquial a que se abandonan rutinariamente los individuos en el espacio denominado como público, representa la primera consecuencia significativa derivada de la acción emprendida por los actores. Aproximadamente la mitad de los pasajeros que se hallaban presentes reaccionaron en alguna forma y mostraron su postura abiertamente. Sea tomando la palabra para dialogar a varias voces, colectivamente, sea dirigiéndose exclusivamente a alguna de las partes representadas por los actores, o ya mediante expresiones no verbales.

En este punto, el hecho de que dos personas se dirigieran de manera exclusiva hacia alguno de los personajes, esto es, no participando en la discusión general sino estableciendo un diálogo cerrado con una de las partes, denota de manera fehaciente la existencia de una postura definida, menos o más razonada, que probablemente no se presenta para intervenir en el diálogo abierto por la intención de no confrontar directamente a alguna persona, controversia que pueda eventualmente devenir en el surgimiento de una discusión ríspida antes que retribuyente.

Aunque deteniéndonos en cada caso, por un lado la primer expresión explícita de coincidencia referida (*Estoy de acuerdo contigo*) es sintética y clara, reservándose las razones pero otorgando cabida suficiente a la presunción de que existan. Mientras que por otra parte, la descalificación (*Han de ser perredistas*) proferida por otro pasajero, en otro momento, introduce un elemento extraño a la situación, cuyo propósito se reduce a ironizar o ridiculizar al otro por medio de una especulación estigmatizante y descontextualizada. En este caso, pareciera ser la discreción mostrada más que una cortesía, una forma de tomar partido sin participar del diálogo aportando argumentos, puesto que así se requería en la discusión por cuanto desde un principio éstos se expusieron.

Y de manera general, en ámbitos cotidianos resulta poco frecuente que las personas sostengan discusiones en que se debatan puntos de vista encontrados, por el contrario, la manifestación circunstancial de posturas coincidentes es más acostumbrada incluso entre extraños reunidos en los espacios públicos; el expresar una posición que de antemano se sabe compartida por supuesto excluye la posibilidad de controvertir alguna susceptibilidad o creencia sensible en el otro.

Por otra parte, la acción de quien intervino decisivamente, el pasajero D, no fue realizada con ánimo discordante, sino por el contrario, enfatizando los puntos coincidentes no de ambos discursos confrontados, sino de la realidad —cotidiana— compartida entre todos los presentes. Resulta relevante también el hecho de que este interlocutor emergente interviniera en cuanto se ofreció la primera ocasión, por cierto mínima, de abrirse la discusión de los dos participantes iniciales, a otros de entre quienes en ese momento la presenciaban. Y justo también en el momento en el que el debate pareciera amenazar inclinarse en favor de la mujer, dada su táctica de tratar de generar la impresión de que se manifestaba una “postura mayoritaria” entre los pasajeros y por extensión, de acuerdo con su discurso, en la sociedad.

Lo anterior por supuesto también permite suponer la intervención fortuita y espontánea del pasajero en cuestión como producto no de una determinación impulsiva e inadvertida, sino resultado de la preexistencia de una concepción del caso, del entorno sociopolítico, de manera previa definida y sustentada, además de suficientemente razonada, que se comparte desde lo individual y se proyecta y corresponde en un espectro más amplio, esto es, social. La acción de los actores no crea entonces en este caso, en el sujeto, algún elemento de reflexión inusitado sino únicamente permite y facilita la expresión de una conciencia ya formada y en todo caso formulada de manera creativa para incidir en el diálogo de acuerdo a una intención particular. Retoma elementos de las partes antagónicas para contribuir a la discusión en un sentido y en términos muy precisos y a la

vez incluyentes. Esto requiere que más allá de la repetición de frases o lugares comunes el individuo en cuestión, al igual que cada uno de los actores participantes, juegue de forma argumental, retóricamente, para comunicarse y convencer en términos racionales y emotivos a los demás involucrados en la situación.

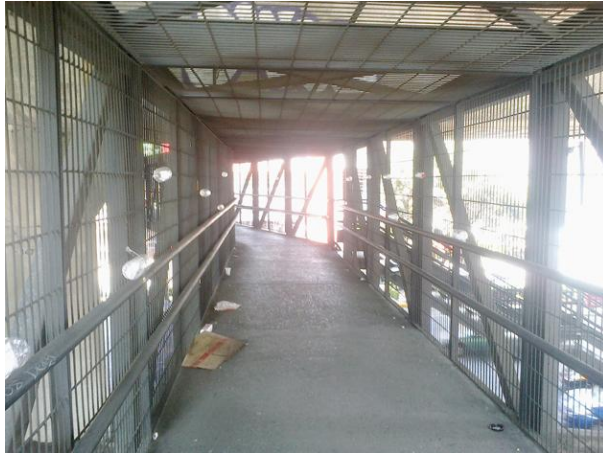
Caso 2. Puente peatonal

En este espacio se realizó una dislocación de la normalidad cotidiana —en el orden espacial y temporal en principio y conductual posteriormente—, por medio de la combinación de una instalación y de la participación de dos actrices (12 de septiembre de 2016). Se colocaron al interior en un sector de los costados y la cubierta del puente previamente analizado en este capítulo, 21 botellas de PET con diversas citas de autores y personajes históricos universalmente reconocidos, al modo de los mensajes en botellas cerradas arrojadas al mar por los náufragos en la esperanza de indicar su ubicación y ser rescatados, según la famosa imagen anecdótica y literaria recogida en innumerables narraciones populares. Las temáticas de estos textos breves, todos diferentes, giran en torno a lecturas críticas del orden sociopolítico y económico vigente, la libertad como aspiración humana clásica así como sus múltiples distorsiones y negaciones.

En términos generales, resultó sumamente relevante la presencia de dichos dispositivos, observable en la atención prestada por buena parte de los transeúntes ocasionales que circulaban por el lugar. Algunos se detenían por lapsos de tiempo variable pero en todo caso considerables, especialmente tomando en cuenta los horarios y ritmos apresurados a los que se hallan sujetos, de manera tentativa, la totalidad de los trabajadores, independientemente de la clase de actividad específica o tipo de trabajo al que se hallen dedicados. Una vez detenida la marcha, ocurría en la mayoría de los casos que la persona en cuestión se dirigiese a una segunda o tercer botella. El tiempo otorgado a observar y comentar —en el caso de hallarse acompañados— fue variable, así como la atención aparente dedicada a los mensajes. No obstante, el interés prestado al leer los textos, posterior a la curiosidad inicial que incitó en cada caso el acercarse a alguna de las botellas, resultó evidente en la mayoría de los sujetos observados. En contadas excepciones la lectura del mensaje no generó un momento de pausa inmediatamente posterior.

A propósito de los dispositivos electrónicos de conexión móviles, referidos previamente como condicionantes y obstaculizaciones en la percepción del entorno cotidiano, cabe destacar el caso de un transeúnte, joven oficinista a juzgar por la vestimenta, cuyo trayecto entre las botellas del puente transcurrió sin que apartase la vista un momento de

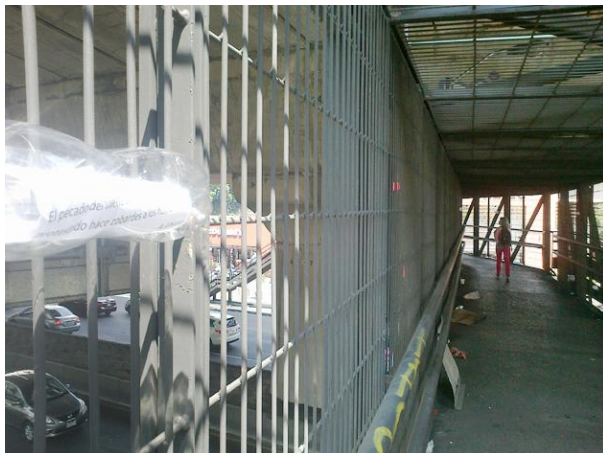
Escenas



Un aspecto general del espacio intervenido (instalación)



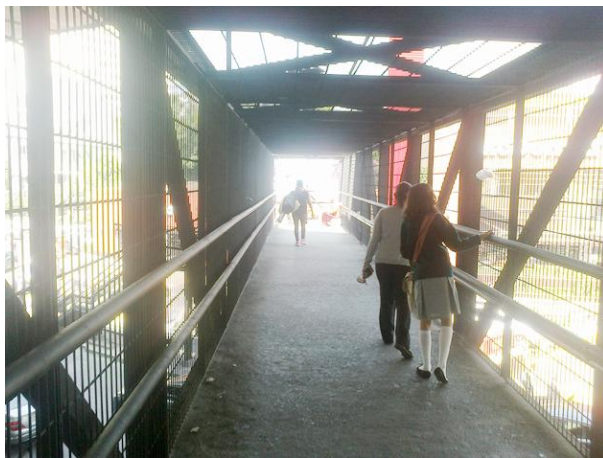
Tipografía con visibilidad apropiada. Pregunta de textos y contenedores



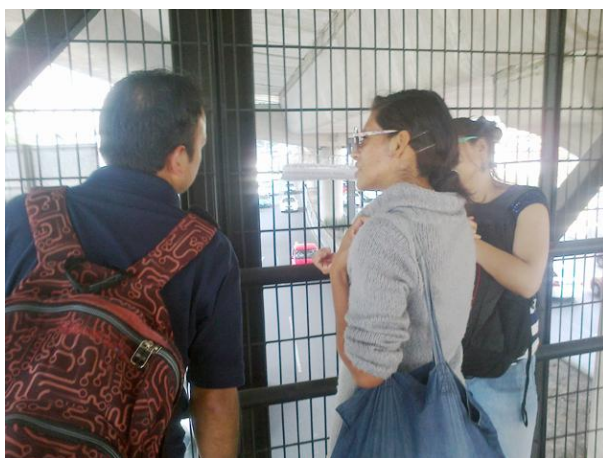
Detalle de uno de los mensajes en botellas



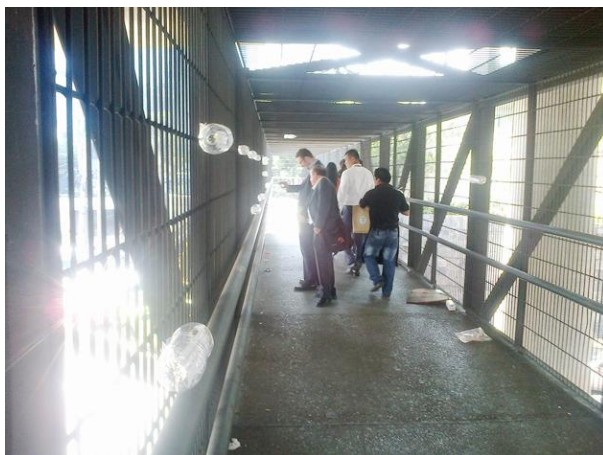
Actrices (A y B) y conversaciones con transeúntes *in situ*. Diálogos suscitados en el espacio sin alterar sus funciones habituales



Los usuarios por lo general se mostraban atraídos por la instalación, independientemente de su ocupación, edad, nivel socioeconómico, o cualquier otra condición distinguible a primera vista



Controversia simulada entre las actrices e intercambio de opiniones con usuario del espacio



Transformación del espacio y usuarios. Elementos visuales relevantes (llamativos): objetos familiares (botellas de plástico) en condiciones inusuales



Las conversaciones se desarrollaron por completo separadas de los otros usuarios no interpelados. Lo cual reafirma que la autoría de la instalación permanece oculta, anónima para los transeúntes

la pantalla de su teléfono, por lo que en ningún momento se percató de la existencia de la instalación, además de que los audífonos impidieron toda comunicación con él.

Pues es aquí cuando intervienen las dos actrices caracterizadas como “transeúntes asombradas”, que leen los mensajes y se dirigen a las demás personas abordándolas ya sea entre ambas o por separado, con diversas preguntas o pretextos que van desde fingir una controversia entre ellas respecto a la interpretación de un texto, o la simulación de una chica sola que no alcanza a leer las letras para que la persona inquirida acceda a hacerlo en voz alta (recurso sugerido por la situación real de una señora que se esforzaba

en leer un mensaje y al ser abordada refirió su situación). Una vez logrado tal propósito, las actrices se enfocaban en indagar la opinión de las personas al respecto del texto, tratando de sondear la coincidencia del sentido otorgado a éste con las posturas personales del interlocutor, así como la forma y el grado de vinculación del tema con el contexto propio concebido por cada ciudadano.

El objetivo fue generar un intercambio espontáneo, un micro debate en el mejor de los casos, sostenido en un espacio anónimo, de tránsito, por completos desconocidos que coinciden de manera fortuita en un momento indiferenciado de la cotidianidad más rutinaria, en múltiples sentidos simultáneamente condicionada.

Estas personas, que de manera ocasional participaron en dicho diálogo (conscientemente perseguido por nuestra parte), no manifestaron preocupación alguna por establecer una relación entre las actrices y la colocación de los mensajes. Es decir, asumieron la condición de las dos mujeres que los interpelaban como idéntica a la suya, peatones circunstanciales que circulaban por el lugar y detenían su marcha momentáneamente, antes que como actrices que representaban un papel predefinido en medio de un ambiente creado ex profeso.

A propósito de una de las citas empleadas (perteneciente a Abraham Lincoln: *El pecado del silencio cuando deberían haber protestado hace cobardes a los hombres*), una señora refirió ciertas experiencias personales y de sus compañeros en el lugar en el que laboran, donde los jefes la acusaban de ser déspota por protestar, cuando lo que ella hacía solo era defender sus derechos, en sus propias palabras. Acusaba entonces en su experiencia, en su lugar de trabajo, una gran dificultad para defenderse —aun siendo lo justo—, por la frecuente confrontación que realiza *la gente preparada que está en los puestos altos*, dirigida a socavar la autoestima de los subalternos, razón por la cual muchas veces éstos, concluye, *terminan agachando la cabeza*¹¹.

Otros ejemplos de algunos de los textos incluidos son: *El primer deber de un hombre es pensar por sí mismo*, frase de José Martí; *No se puede ser no violento de verdad, y permanecer pasivo ante las injusticias sociales*, cita de Mahatma Gandhi; y, *Comienza a*

¹¹ Salvando las proporciones, un símil de este mecanismo de contención colectiva llevada a escala global, en el plano de la guerra contemporánea, es el concepto de “dominación de pleno espectro”, que de acuerdo a Michael Hardt y Antonio Negri, los estrategas militares estadounidenses plantean como complemento a la supremacía bélica avasallante, un modelo

que combine el poderío militar con el control social, económico, político, psicológico e ideológico (Hardt y Negri, 2004: 78).

manifestarse la madurez, cuando sentimos que nuestra preocupación es mayor por los demás que por nosotros mismos, de Albert Einstein.

Interpretación

En términos generales, las personas abordadas mostraron una abierta disposición a entablar una conversación y desarrollar una reflexión conjunta, aun cuando por principio no todas las personas leían a conciencia los textos, y por lo regular les hacían falta palabras para expresarse. Ante ello, recurrían frecuentemente a la repetición de frases hechas, lugares comunes que en gran medida resultan indicativos de sus visiones del mundo: *la familia es lo más importante, el ser humano es violento por naturaleza, hay algo más grande que nosotros*, entre otras. En todo caso no obstante, las personas se mostraban dispuestas a escuchar el punto de vista del otro, y a reflexionar a partir de éste, es decir, a dialogar.

En particular, fue notoria también en las personas no dedicadas a labores de oficina (condición distinguible en las vestimentas), una mayor facilidad para entablar una conversación, presumiblemente debido a disponer de más tiempo, o simplemente por poseer mayor apertura al contacto directo con el otro.

A manera de conclusión en cuanto a esta intervención, puede afirmarse se constató la accesibilidad y plena disposición de las personas, presupuesta en un principio, a rebasar el estado de anonimato e indiferenciación normalizada en un espacio de tránsito masivo, por naturaleza alienante, y a relacionarse en términos igualitarios con los demás, con los otros que ocupan el espacio común. Además, observamos que las reflexiones individuales aparentemente cobran fuerza y claridad al extenderse a la colectividad, y comprobamos que efectivamente la ruptura de la rutina cotidiana implica el surgimiento de algo nuevo, sea un cúmulo de sentimientos, una idea (o solo el germen de ella), o simplemente una percepción y una reacción decididamente distintas a la repetición vacua, al comportamiento inducido, guardado ordinariamente en los espacios percibidos como públicos.

De esta manera asistimos a la emergencia del acontecimiento (*situacional*), en ambos casos inducidos en principio pero de manera subsecuente desarrollados libre y espontáneamente, de forma colectiva, y orientados a gestar un espacio-momento compartido, de intercambio horizontal y significativo entre ciudadanos desconocidos entre sí, en medio de la dinámica enajenante del entorno urbano de flujos hiperdensificado.

Capítulo cuatro

De la alienación múltiple a las fisuras en red

La mera idea de una cultura compartida por todos, producida de modo que se adapte a todos, y elaborada a medida de todos, es un contrasentido monstruoso. La cultura de masas es la anticultura.

Umberto Eco

Presento ahora las interpretaciones generales y particulares, derivadas tanto de los análisis de sitio y experimentaciones realizados, como de la argumentación teórica desarrollada en este trabajo; pretendiendo por supuesto no un acercamiento al agotamiento de las temáticas, sino apenas una indicación (más) de la factibilidad y pertinencia de encuadres teóricos que incluyan la operación práctica de la noción de cotidianidad como espacio de manifestación y experimentación de la realidad social, además de la aspiración subyacente de transformación o incidencia significativa en ésta como objetivo final.

En la consecución de la indagación desarrollada y de acuerdo a las propias premisas de las concepciones incluidas, puede señalarse en primer lugar que a la conjunción e intensificación de factores alienantes en la ciudad, se afirman en oposición dialéctica las prácticas artísticas disruptivas como ejecución y transgresión de sí mismas en su confrontación-fusión con la vida cotidiana. Superada entonces la noción de arte como esfera particular de la actividad humana, autosuficiente y aislada del resto de la realidad social, puede a la vez verificarse la falsedad de la continuidad indefinida de lo cotidiano como su reproducción inane en los cauces definidos por el sistema cultural, económico y político.

En esta experiencia particular, la implementación de ejercicios de alteración de la normalidad urbana, se corroboraron tanto planteamientos teóricos explícitamente tendientes a la disgregación (temporal) de dicho orden cotidiano, los postulados y métodos situacionistas, como las orientaciones interpretativas y vivenciales divergentes en las personas sujetas a un rol determinado dentro del mecanismo productivo-consumista en el cual se hallan como individuos y sociedad inmersos.

Retomando ahora alguno de los cuestionamientos planteados al inicio de esta exposición que hasta el momento no han sido respondidos, pueden señalarse como agentes de

alienación a las propias personas que la soportan, los individuos alienados que reproducen tal estado de suspensión (desvinculación del espacio y tiempo) y aislamiento (con respecto a los demás) del individuo, con especial agudeza por supuesto en el entorno urbano, como producto de la actuación simultánea de múltiples factores de alienación:

Espacio. Hacinamiento, segregación, oposición constructor/usuarios.

Trabajo. Sobreexplotación invisible.

Consumo. Condición espectacular.

Respecto al primer elemento, la señalada oposición objetiva en la ciudad entre los parámetros seguidos en el proceso de construcción del espacio —máxima ganancia económica—, por cuanto el objetivo subyacente es alojar el aparato económico y sus componentes a gran escala, y las necesidades de los usuarios, en los términos descritos por Lefebvre retomados en la introducción del presente trabajo, conduce a la producción urbana —masiva— de circunstancias existenciales —cotidianas— intrínsecamente enajenadas.

Los ciudadanos se hallan permanentemente enfrentados y obligados a adaptarse a un ambiente inhumano, un espacio crítico normalizado en un tiempo sin término (ni comienzo) en sus propias representaciones, sea por percibir las condiciones imperantes como inamovibles, incluso cuando las reconozcan como enteramente indeseables, o sea porque ni siquiera conciben la posibilidad de que tales sean perniciosas. En las observaciones realizadas en campo —entrevistas e intervenciones— se pudieron observar expresiones, en actitudes y discursos, empáticas o acordes a estas formas de concepción del medio social, así como la antítesis de ellas.

Este enfoque digamos antisistémico se articula en el momento y visibiliza de forma preferente a lo largo de las observaciones realizadas debido a la naturaleza del propio planteamiento detonante de la *situaciones* y los diálogos, explícito en los textos escritos de las botellas y en los argumentos esgrimidos por el personaje promanifestaciones públicas, e implícito en la orientación de las preguntas hechas a transeúntes sobre las concepciones que guardan sobre sus propias condiciones de vida.

Por lo demás, posturas de semejante orientación, disidente o discordante al aparato ideológico total de la sociedad actual, tienen por consiguiente escasas oportunidades de expresarse abiertamente y por el contrario, todo juicio coincidente y que valide el discurso general se confirma a sí mismo y encuentra cabida y resonancia manifiestas y seguras.

En conjunto, sería ésta hipotéticamente una especie de *resistencia* ideológica actuante al interior de la sociedad, término empleado en ecología para caracterizar en un ecosistema

la capacidad de absorción de perturbaciones surgidas en el medio de manera que se mantenga el equilibrio sin alterar la estructura de la comunidad en su adaptación a las condiciones cambiantes. Dicha capacidad se halla en relación proporcional a la biodiversidad del propio sistema, en este caso y continuando con el símil, la pluralidad y heterogeneidad de las sociedades actuales devendrían en una garantía de la inocuidad de todo asalto a la normalidad como verdad instituida socialmente, aislada dicha discordancia y ahogada en la inmensidad no solo del aparato *massmediático* actual sino de la misma diversidad acentuada en las millonarias poblaciones urbanas contemporáneas.

Esta aplicación terminológica y la imagen que implica como interpretación de dicho fenómeno social, se apoyan en la lectura que efectúa Lucien Goldmann de los conjuntos humanos y las formas de comunicación que sostienen como interacción selectiva, en donde las distintas informaciones que reciben son aceptadas, filtradas y distorsionadas o rechazadas de acuerdo al esquema de la ideología ya apropiada y forjada previamente por el grupo en cuestión.

Se explica así el porqué en la vida cotidiana, en nuestro contexto social —y en una apreciación particular— los individuos parecen literalmente no escuchar cualquier opinión o punto de vista que difiera de los propios, cuando una persona integrante o ajena a un determinado grupo lo enuncia en presencia de éste, haciendo por completo caso omiso que se traduce en silencio o recurriendo frecuentemente a una expresión “conciliadora” que minimiza la diferencia o en todo caso la importancia de ésta, al grado de anular cualquier discusión tenida entonces por indeseable y de mal gusto o cuando menos innecesaria. La utilidad de un diálogo abierto queda relegada así a la comodidad de una confirmación constante de los juicios ya compartidos al interior de un determinado conjunto social.

Es en este hermetismo colectivo —conservador y cerrado— que se resuelve en una forma enajenada (en nuestra interpretación) la universal y necesaria tendencia al equilibrio (que el mismo autor señala) existente en el sujeto y en toda sociedad. Equilibrio temporal, en cuanto los elementos son procesos, sistemas en constante cambio, movimiento que conforma una mutua determinación individuo-espacio colectivo:

Todo hecho humano, individual o social, se presenta como esfuerzo *global* de adaptación de un sujeto a un mundo ambiente, es decir, como proceso orientado hacia un estado de equilibrio que es provisional en la medida en que será modificado por la transformación del mundo ambiente debida a la vez a la acción del sujeto en el interior de ese estado de equilibrio y a la extensión de la esfera de esa acción (Goldmann, 1992: 16).

Esta visión dinámica de la sociedad, como entidad circunscrita a una trayectoria motriz quizá concebible como espiral, se contrapone por supuesto a las pretensiones totalizadoras que refieren una supuesta culminación de la historia en la actualidad en una suerte fantástica de pensamiento único¹².

A propósito de esta ficción y de la sobreexplotación invisible actuante en la sociedad de nuestros días y acusada al inicio del presente capítulo como forma típica de alienación ejercida en el trabajo, podría revelarse como una idónea ejemplificación de ello la figura del oficinista que no se considera a sí mismo trabajador explotado o pobre por el hecho de vestir pulcramente o poseer sofisticados *gadgets* tecnológicos de última generación, a pesar de las condiciones efectivamente deplorables en que laboran en la abrumadora mayoría de los casos, en lo tocante tanto a ingresos económicos percibidos como a horarios y actividades rutinarias exhaustivas.

Por lo demás, cuando se registra un incremento sustancial en las condiciones de vida de ciertos segmentos poblacionales (de cualquier extensión), tanto los recursos económicos mayores como el tiempo de ocio (liberado del trabajo), se dedican a actividades igualmente alienantes, evidentemente por producirse tal incremento de posibilidades siempre dentro de los márgenes ideológicos del aparato total actuante en el medio.

Este aparato, totalizante por definición (como producto de una racionalización extrema o llevada a sus últimas consecuencias), conforma un esquema de pensamiento social que define la conciencia del individuo tanto en su dimensión cuantitativa como en su naturaleza, determinando un estrechamiento o expansión así como su mayor o menor profundidad o superficialidad a partir de la sensibilización o el embotamiento sensorial.

La distribución de lo perceptible revela quién puede disfrutar de una parte de aquello que es común a la comunidad a partir de su quehacer y del tiempo y el lugar en el que se lleva a cabo dicha actividad. Así, tener determinada ocupación define la capacidad o incapacidad de hacerse cargo de lo que es común, dotado de un lenguaje común. Hay, por ende, una "estética" en el núcleo de la política (Ranciere, 1999: 2).

Otra forma de expresar esto es afirmar que aquello que hacemos define finalmente lo que somos, el tiempo que somos y que dedicamos a determinada actividad conlleva el modo como percibimos (la percepción del mundo humano como experiencia compartida esencial en la naturaleza de cada sujeto) y comprendemos la realidad, sustancialmente la cotidianidad como materia prima de nuestras existencias individuales. Y de origen, el

¹² Ver: "Pensamiento único y nuevos amos del mundo" en Chomsky, Noam y Ramonet, Ignacio (2002), *Cómo nos venden la moto. Información, poder y concentración de medios*. España: Icaria.

condicionamiento social al individuo parte del hecho de que la inmensa mayoría de los seres que integran las millonarias poblaciones del mundo, no decide libremente su ocupación en términos concretos, y con ella, el resto de las condiciones en las que se ha de desarrollar su existencia.

Finalmente, tal panorama de formas de organización y estructuración de la sociedad que representan coerciones y opresiones extremas —y normalizadas— para el individuo, conforman la violencia intrínseca que define el orden social actual en su reproducción cotidiana y atómica en los individuos; la violencia que la realidad social ejerce sobre el sujeto (como se explicó en el capítulo uno, a partir de Emma León) y que se manifiesta en lo cotidiano, incluso permaneciendo ajena a la conciencia de los propios sujetos que la padecen. Se determina así la constitución de la alienación—por acumulación y concentración— como norma de lo urbano.

En tales circunstancias, la posibilidad de desmontaje de dicho orden residiría en los mismos agentes que lo sostienen, las personas comunes y corrientes, los ciudadanos que efectivamente reproducen la mecánica social basada por necesidad en el individuo y su participación continua. Y es éste precisamente el punto de partida de la factibilidad de cambio.

Así como el capital depende constantemente de la productividad del trabajo y, por lo tanto, aunque sea su antagonista debe asegurar su salud y su supervivencia, así también la soberanía imperial precisa del consentimiento y la productividad social de los gobernados (Hardt y Negri, 2004: 380).

La soberanía imperial a que refieren tales autores, en su forma actual y sin precedentes poseedora de un inédito biopoder (la capacidad para producir relaciones sociales en la totalidad de su complejidad y en ese sentido formas de vida), al igual que cualquier otro tipo de soberanía, requiere indispensablemente de la aceptación activa de todos los actores incluidos en esta relación. La dinámica de dominación por supuesto desaparece al substraer la correspondiente subordinación de las personas.

Por ello se apunta en las intervenciones aquí realizadas al involucramiento de los sujetos en experiencias participativas, antes que en despliegues o enunciaciones pedagógicas que lo aborden desde un discurso propio (y ajeno a él), exigiéndole en todo caso una actitud contemplativa y por ende esencialmente pasiva. De esta manera, se materializa en micro escala la confirmación de los supuestos teóricos apuntalados, a la vez que se fragmenta el estado de aislamiento imperante en lo cotidiano activando las tendencias opuestas —las subjetividades no condicionadas— en los individuos, evitando de esta manera la

instrumentación tendenciosa de los ciudadanos en un discurso impositivo más, análogo a la reproductividad ordinaria y legitimada en los cauces ya preestablecidos socialmente.

Como lo explican los dos teóricos que ahora volvimos a referir, esta transformación eventualmente puede desplegarse a partir de los hábitos como generadores de lo común, entendidos como fundamento potencial para la innovación por cuanto éstos son siempre sociales y no individuales. Ello implica la estructuración de un vasto campo de actuación para la inventiva colectiva: puesto que lo social se recrea continuamente, la capacidad de acción de los individuos —organizados de manera consciente— se expande a partir de la viabilidad de redirigirlos.

Los hábitos no son obstáculos para la creación. Por el contrario, proporcionan la base común para que pueda darse la creación. Los hábitos forman una naturaleza que es producida y productiva al mismo tiempo, creada y creativa: una ontología de la práctica social en común (Ibíd: 234).

Acto seguido (en *Multitud*), se plantea el tránsito del hábito (entendido como aplicación práctica de lo común) a la noción de *performance*, como posible forma de radicalización del alcance de dicha potencialidad de transformación social. Transición operada en diversas teorías y movimientos sociales, y en un primer ejemplo de ello, describen el paso efectuado desde la postura del feminismo tradicional, que enfatiza el cuerpo como objeto de represión y a la vez de su liberación, a la figura *queer* que preconiza en cambio la performatividad del sujeto, como transgresión de toda identidad o conducta prescritas socialmente, no solo la distinción de sexo y género sino de cualquier otra índole (clase, raza, familia, cultura, edad, etcétera).

Lo anterior se aplicó en esta investigación al aprovechar la frecuente disposición que las personas guardan (como se había indicado aquí anteriormente) para hablar de manera espontánea con quienes les rodean en la calle —como forma probable para aligerar y solventar la monotonía de la rutina diaria—, a pesar de las escasas posibilidades que el medio social y físico ofrecen para ello, es decir se aprovechó como punto de partida la ocurrencia de un hábito ya constatado como existente en la vida cotidiana de los ciudadanos. De ahí, inicialmente se plantearon temáticas de interés o competencia general, así como las condiciones propicias —durante el transcurso de las *situaciones*— para expresarlas. Y posteriormente se permitió que éstas se desarrollaran de la forma más autónoma posible, permitiendo el despliegue *performático* de las individualidades momentáneamente confluyentes e interactuantes en forma directa y horizontal (recíproca en tanto todos eran desconocidos para el resto), y en términos inusitados, si se comparan

las situaciones creadas con la normalidad que habría continuado indistintamente sin la ocurrencia de éstas. Esta condición liminal establecida entre la cotidianidad pública y la acción concertada por los ejecutores de la intervención (los *performers*), deviene finalmente en el desenvolvimiento de una intersubjetividad explícita, precaria y efímera aún pero aglutinante de las capacidades estéticas (perceptivas y expresivas) inherentes a todo ser humano, como en su momento se había recogido aquí.

Lo urbano como democracia y lo urbano como alienación

A partir de la concepción de la ciudad actual como espacio social específico producto de un sistema económico particular en su desarrollo histórico, se contempla a su vez el papel que desempeña aquella como condicionante de la sociedad que alberga, en la determinación de las formas de vida y el modo que adoptan las relaciones que en conjunto la integran. La identificación de la ciudad con lo público y la caracterización de ésta dimensión social como una forma y expresión sustancial de la democracia (tal como se recupera en el capítulo dos con el texto de Borja), se oponen a lo urbano como factor de alienación, comprendido en tales términos como concentración de producción y consumo alienados.

Como forma de tensionar estas dos interpretaciones, entendidas como extremos distantes que a un tiempo concurren simultáneamente, se efectuaron las intervenciones en los espacios públicos en un ánimo de confrontar entre sí, dialógicamente, ambas nociones traducidas como pulsiones o tendencias subyacentes a los comportamientos e imaginarios de los propios ciudadanos.

Si bien en una de las modalidades de experimentación se desarrolló una *situación* que requería la manifestación expresa de las posturas personales de quienes se hallaban presentes (cualquiera que fuera su sentido), mientras que en la otra la expresión de un juicio individualista o productivista (a diferencia de una conciencia comunitaria o crítica) se reducía a formas implícitas, en ambos casos lo relevante de los acontecimientos generados comienza en la concreción de la oposición entre la dinámica urbana de intercambio y la lógica de distanciamiento entre los ciudadanos.

Es decir, en última instancia se leyeron dichas contradicciones no primordialmente a través de los discursos (adoptados y) enarbolados por los participantes de cada una de las intervenciones, ni de sus gestos o actitudes, sino de la factibilidad y materialización —con determinadas características— de un acontecimiento específicamente planeado como

emergencia de diálogo espontáneo y abierto frente al flujo indiferenciado de una continuidad inexpressiva y anónima. Esto es, la distinción entre el fluir de un tiempo estandarizado y reiterativo, y la ocurrencia de un *suceso* significativo que convoca y vincula subjetividades diversas, en forma de debate público en un caso, y como conjunto de conversaciones cerradas y francas, en el otro.

En este tenor, conviene precisar que la visión de cotidianidad alienada como se ha desarrollado aquí, se aleja del concepto durkheimiano de anomia por cuanto éste plantea los conflictos y contradicciones sociales inherentes a la realidad contemporánea, como el resultado acumulado de un desfase en los intereses del individuo con respecto a la sociedad. Y como cauce de solución a semejante estado disfuncional postula nada menos que la conciliación de esta disyuntiva a través de la disciplina, en todo caso *a priori* autojustificada como positiva al margen de las acciones a que obligue al hombre. En una perspectiva sociológica organicista, la perturbación del funcionamiento que implica la condición anómica se explica en última instancia por la carencia de normas morales en el individuo.

Por el contrario, se advierte aquí que lejos de encontrarnos ante la ausencia o el debilitamiento de reglas en el seno de la sociedad, ésta se rige por una normatividad ética férrea y absolutista, cuando menos pretendidamente, caracterizada por el condicionamiento rígido de lo social en el aislamiento y negación de todo deslizamiento en el individuo, de cualquier índole, respecto de lo que *la mayoría* aprueba como loable y aceptado. Además, como hemos visto en el primer capítulo, la integración disciplinaria de la sociedad en nuestros días tiene como objetivo y razón de ser la mera optimización de la vida individual y colectiva en su acepción economicista. El problema por tanto no estriba en la relación sujeto-sociedad, sino en el hecho de que las normas sociales (éticas, jurídicas, culturales) son dictadas no en función del bienestar general (a nivel sociedad), sino en función de los intereses de un grupo.

Y estos objetivos particulares son adoptados y naturalizados indistintamente por el resto del conjunto social, un proceso que, como lo describe Marcuse (Fromm, Horowitz, Marcuse, *et al*, 1968: 57), consiste en la integración de las clases trabajadoras al sistema al que anteriormente se oponían, a través de lo que cabe calificar como un proceso de despolitización a partir del incremento de su participación en el consumo, al margen de la significación real de dicho aumento en términos económicos y no ilusorios. Se concreta entonces la inducción y apropiación de los valores propios de una clase social por todas las demás, permeando y atravesando así a toda la sociedad.

La experiencia fundamental del sujeto inmerso en este proceso la describe por su parte Fromm, como la conciencia de una cosificación de sí mismo:

una cosa que tiene que manipular y consumir otras cosas, (...) gran parte de lo que siente no es en realidad un sentimiento sino un "pensamiento acerca de un sentimiento" (Ibíd: 13).

Es decir, no solo la percepción de lo común sino el universo total de la propia intimidad del individuo —en su dimensión humana— es objeto de una distorsión reduccionista, a partir del deslizamiento o falseamiento de la conciencia y de la propia emotividad y los afectos alojados o proyectados como reales a partir de una imagen. Dichos fenómenos constitutivos representan factores sintomáticos —en lo colectivo e individual— de las sociedades industrializadas y su correspondiente arquetipo de ciudadano, de acuerdo a estos dos autores, y en buena medida de las pertenecientes a naciones de economías periféricas (como es el caso de México), añadimos aquí.

En nuestros días esta ideología —como integración y homogenización totalizantes— cobra forma y se particulariza para su expansión y diseminación global en la apología del consumo característica de la sociedad *hedonista*, como la designa Daniel Bell, calificando además la confortable explicación que ofrecen los términos macluhanianos (el medio es el mensaje, la aldea global, los *mass media* como extensiones del ser humano, y su categorización de los medios en fríos y calientes) como el *sueño de un agente de publicidad* que provee una justificación triunfalista a modo para este fenómeno de propagación ideológica soterrada.

Una época de *marketing*, definida por el hecho de que el conocimiento se codifica en mensajes organizados como fórmulas, lemas y distinciones binarias. Al captar el código una persona se siente cómoda en la comprensión del mundo complejo que le rodea. (...) Todas estas distinciones no están destinadas a ser usadas analíticamente o sometidas a prueba por algún medio empírico; son letanías para aliviar las angustias de una persona y reforzar su sensación de bienestar dentro de los nuevos modos de comunicación (Bell, 1977: 79).

En contraparte, completando el cuadro del contexto actual desde las perspectivas con que aquí se aborda y más allá de la mera definición ideal de lo urbano como espacio y dimensión de la democracia, podemos concebir a la ciudad como la concentración y potenciación de diversas posibilidades de ruptura y su eventual concreción colectiva y perdurable, a través de la conjunción de subjetividades interconectadas, en red, como táctica apuntalada ante la asimetría de las relaciones poder-individuos (*Multitud*). Conjuntándose de esta manera una pluralidad de entidades múltiples actuando organizadamente, por contraste tanto a la pluralidad meramente discursiva y plena de opresiones correspondiente al orden socioeconómico instaurado, como a las propuestas y

organizaciones antisistémicas tradicionales, traspasadas por contradicciones y paradojas sempiternas.

Frente a ello, la construcción de *situaciones* con un propósito político disruptivo y liberador, significa la aplicación práctica del arte y del diseño en la transformación de la realidad y no solo en su réplica o *decoración*, del mismo modo en como los estudios teóricos pueden no limitarse a la simple explicación de aquella. En particular, esta modalidad de instrumentalización desespecializada de formas artísticas, a través además de la implementación de un proceso de diseño, conlleva evidente y necesariamente la aplicación y desarrollo de una metodología específica. Si la función del diseño es incidir en el entorno, su aplicación pragmática en la transformación de la cotidianidad requeriría de una organización programática, sistemática. En esta experiencia en particular se adoptó como base el Modelo General del Proceso de Diseño desarrollado en la UAM Azcapotzalco (caso, problema, hipótesis, desarrollo y aplicación), orientado su seguimiento a la obtención de los efectos específicos deseados en las intervenciones experimentales: acción participativa espontánea y expresiva realizada por los participantes inadvertidos, pasajeros y transeúntes (en cada caso) presentes de forma aleatoria.

Y si bien los alcances de intervenciones de este tipo resultan limitados y parecen por ende cuando menos insuficientes para intentar determinar si es posible generar en el sujeto, a partir de experiencias de esta naturaleza, un proceso de modificación de conductas verificable y perdurable aun mínima y modestamente, resulta de vital importancia tratar de determinar (como se ha planteado de antemano en este trabajo) de qué manera podría superarse la ambivalencia típica del individuo, respecto a los polos posibles entre comportamientos alienados y disruptivos, resuelta por lo general en continuidad y reproducción del orden establecido.

Tentativamente, resulta posible provocar la emergencia (todavía precaria) de dimensiones —espacios y tiempos— de libertad y autonomía (ciertamente aún relativos) del sujeto, y de manera más ambiciosa de grupos (no precisamente amplios quizá) de la sociedad en formas si no factuales sí cuando menos tendenciales por medio del involucramiento estético (sensible, emocional) de los individuos desde sus capacidades creativas y lúdicas innatas, sumado al desarrollo de un empoderamiento consciente, de orientación crítica, llevado a cabo desde su involucramiento progresivo en proyectos y ensayos de construcción cooperativa de relaciones horizontales y, en el mejor de los casos, perdurables y no efímeras.

De esta manera podría gestarse un proceso creciente de percepción y observación — reflexiva—, en el que progresivamente emergería un juicio propio en el sujeto, colectiva e

individualmente. O más aún, se esclarecería y consolidaría, encontrando cabida —por lo regular nada frecuente— a su expresión, el ya existente en el ciudadano común y corriente, como se ha referido aquí en diversas ocasiones. Dicho criterio, desarrollado a partir de la experiencia sensible y la conciencia personal de cada participante, en relación activa con la de los otros, como productor de toda suerte de experimentaciones situacionales, dista cualitativamente de las formas tradicionales de participación y manifestación política más bien correspondientes a contextos y momentos históricos esencialmente distintos a los actuales, en particular las formas colectivas típicas de acción y expresión política autónomas: las marchas y mítines. Rituales por completo integrados y normalizados como parte de la cotidianidad urbana, que por tanto y como consecuencia a ello adolecen de una inanidad análoga a las formas de participación oficiales: el voto como ejercicio de decisión ciudadana correspondiente a un sistema pretendidamente democrático y representativo en realidad inexistente.

Entre tanto, en lo tocante a las intervenciones realizadas en esta investigación, se constató el desempeño del papel adjudicado a los hábitos como elementos base para la ocurrencia de factores o sucesos de innovación, si entendemos por esto último las situaciones conformadas colectivamente, los diálogos sostenidos como encuentros vivenciales fecundos (al menos en la interpretación ulterior aquí llevada a cabo). Y de forma correspondiente, dicha participación de las personas en las intervenciones se efectuó a partir de las tendencias observadas como ya existentes en la cotidianidad: la habitual y acusada tendencia a entablar conversaciones ocasionales y fortuitas con indistintamente cualquier desconocido en la calle que se muestre a su vez dispuesto a tal.

Y con el propósito expreso de subrayar la especificidad no lineal —determinista— de experimentos de esta naturaleza, evidenciando por el contrario el carácter abierto de su concatenación disruptiva, se refiere ahora la condición rizomática como fundamento intrínseco al funcionamiento de la lógica situacionista, como formas colectivas de expresión y diálogo expansivo:

La *máquina abstracta* que efectúa la conexión de una lengua con contenidos semánticos y programáticos de los enunciados, con agenciamientos colectivos de enunciación, con toda una micropolítica del campo social. Un rizoma no cesaría de conectar eslabones semióticos, organizaciones de poder, circunstancias relacionadas con las artes, las ciencias, las luchas sociales (Deleuze y Guattari, 1997: 18).

Se aprecian en este trance ciertos aspectos básicos que se cumplen en la dinámica perfilada como sustento conductual —eventualmente— de un cúmulo de *situaciones*, ejecutadas a partir de la especificidad propia de la *multitud*, como orden reticular o

configuración en forma de red: la intercambiabilidad de los individuos, definidos por un estado y un momento determinado, así como la no centralidad de semejantes sistemas y formas de organización, que no requieren (como especifican los autores) de una instancia central para coordinarse (Ibíd: 48) y reproducirse. Se trata de una multiplicidad carente de sujeto particular conformada por el contrario solo de *determinaciones*, en donde la comunicación se realiza entre puntos cualesquiera y las intensidades que atraviesan el espectro y lo constituyen conllevan soluciones únicamente de continuidad y no de término: las mesetas que conforman un rizoma (Ibíd: 50). Significa también la distinción entre un sistema estructurado, integrado por relaciones *biunívocas* y unidades, y el sistema en forma de red, en transformación constante producto de las direcciones cambiantes que comprende como elementos constituyentes.

Semejantes dispositivos de confluencias, productores de sentidos diversos en un orden colectivo, deben actuar no obstante en un entorno profundamente adverso al desenvolvimiento autónomo de tendencias o tentativas —vivenciales y enunciativas— disímiles al discurso e inercia social imperantes en un espacio controlado, urbano por excelencia, gestado y gestionado a modo para su reproducción.

En esta orientación, concierne la categorización que erige Anthony Giddens de la época actual como una radicalización de la modernidad (2004: 57), comprendida aquí como la agudización del proceso de racionalización creciente, que no obstante deviene contradictoriamente en arbitrariedad irracional y extensiva. En suma, y más allá de la conjunción modernidad-postmodernidad o de su disolución en nuestro contexto particular, se comprende el tiempo presente como la crisis (para no presuponer un dudoso agotamiento) de los postulados (que aquí nos atañen, entre otros claro está) tradicionales del orden sociopolítico vigente. Se trata de los referentes a las nociones de lo público, de ciudadanía y democracia.

Este específico macroambiente se añade al fenómeno de receptividad condicionada de la información, de acuerdo a su afinidad o diferencia respecto a los esquemas de pensamiento ya existentes en el sujeto o grupo social, que advertía Lucien Goldmann. Dicha mecánica reguladora tiene su expresión en el resultante conservadurismo característico de la sociedad de nuestros días, función generalmente traducida a la reiteración de determinados axiomas y gestos más bien vacuos y homogenizantes que conforman, justo por repetición y acumulación, una suerte de anulación —masificante— de las singularidades, una...

Igualdad moderna, basada en el conformismo inherente a la sociedad y únicamente posible porque la conducta ha reemplazado a la acción como la principal forma de relación humana (Arendt, 1958: 52).

Bajo este entendido se operó entonces en las experimentaciones aquí realizadas la búsqueda (y concreción) de la ruptura de la conducta en favor de la acción. Identificando cada uno de estas nociones con respectivos estados de alienación y desalienación. La conducta por un lado como actividad reducida a la repetición, y por otro, la acción como actividad por contraste transformadora de (y en) lo social.

De acuerdo con la autora, la acción es *prerrogativa exclusiva* del ser humano, y más aún, es lo único que no puede realizarse sin la presencia de los otros (Ibíd: 37). Es decir, la acción constituye lo público, puesto que requiere ineludiblemente de la participación de los demás, así sea solo de forma pasiva o aparentemente inerte. Por tanto, la incomunicación e inacción propias de la alienación no solo anulan lo público, sino también, y por consecuencia, lo humano.

El intercambio como propósito y medio

En función de estas condiciones, se concibieron y desarrollaron las *situaciones* generadas como ejercicios de diálogo, a modo de una oposición del reverso del escenario de la ausencia del otro, efectiva o imaginaria, como se ha visto hasta aquí y como corresponde a la contemplación espectacular, pues es este *homo technologicus* actual rodeado de imágenes quien cree no necesitar de los otros, puesto que para constituirse justamente como ser humano, parece bastarse con el simulacro de diálogo que establece con tales *entidades*, en su atribución ontológica artificial.

Y en este proceso, se ha verificado la amplia flexibilidad anticipada en el ciudadano común para asumir diferentes comportamientos, en este caso divergentes y trascendentes a la vacuidad del rol ordinario asumido en la normalidad de su correspondencia a un mecanismo total de producción y consumo, al cual no obstante se supedita y pertenece. Es la adhesión y sometimiento a las coerciones intrínsecas al modelo economicista extendido a la vida cotidiana, en su modalidad o en sus aspectos normativos tácitos como reproducción condicionada del orden establecido.

Y así, en el tiempo-espacio de la cotidianidad contemporánea la alienación imperante en el espacio urbano tiende a disolver lo público. Y más todavía, de lo anterior se desprende que no puede existir espacio público en una sociedad inequitativa: si no existen realmente democracia ni libertades e igualdad concretas por tanto un espacio urbano pretendido en tales términos solo puede figurar como simulacro o en el mejor de los casos como tentativa.

Más allá de la percepción de los propios ciudadanos y al margen también de las agudas condiciones físicas que ordinariamente guardan, el espacio caracterizado como público en

las ciudades reviste una cualidad progresivamente degradada en los respectivos aspectos que la definen como tal. La comunicación e interacción sostenidas en términos igualitarios y significativos (no ya trascendentales) se ven mermadas ante los determinismos y condicionantes del medio en sus formas más alienantes y agresivas. La prisa, la desconfianza o indiferencia hacia el otro, la monotonía y los factores ambientales se suman en la conformación de espacios inhóspitos o poco propicios para la interacción humana en términos de intercambio fructífero y relevante, especialmente refiriéndose a los lugares de tránsito masivo en la ciudad. Lo común se relativiza ante la discrepancia o el aislamiento de las interacciones que cada sujeto establece en su entorno, con el espacio y con los demás.

Aun cuando por supuesto tal panorama en sus circunstancias incluso más extremas no reviste una condición absoluta ni definitiva, la ciudad como producción humana, a pesar de la actuación avasallante y pretendidamente totalitaria de las corporaciones privadas en concordancia con la burocracia más maniquea, como es nuestro caso, implica no obstante un espacio de confluencia a gran escala de subjetividades si bien no irreductibles, sí en cambio persistentes de modo inevitable toda vez que su origen y fundamento, la dimensión humana de cada individuo, no puede ser suprimida ni controlada de forma perpetua en su complejidad.

Ante los sofisticados instrumentos de control que el biopoder aglutina y moviliza de manera sincrónica hacia el sujeto, la multitud construye formas de cooperación y de comunicación, de acción orgánica a través del comportamiento en redes. Este tipo de antagonismo a las formas de poder dominantes actualmente, denominadas como imperiales y por esencia absolutistas, se fundamenta en la multiplicidad de subjetividades —colectivas— diversas, actuando en conjunto como totalidad que supera la noción de unidad o de primacía de una voluntad y una conciencia sobre todas las demás.

El concepto de soberanía domina la tradición de la filosofía política y sirve de fundamento a todo lo político precisamente porque requiere que solo uno sea quien gobierne y decida. Solo uno puede ser soberano, dice la tradición, y no hay práctica política sin soberanía (Hardt y Negri, 2004: 374).

La paradoja absoluta que significa la supremacía de lo soberano en el pensamiento y la práctica política occidental (entre otras), por cuanto es justamente la política el trato entre los seres humanos, no parece actuar en detrimento de tal legado como historia y como orientación actual del modelo sociopolítico imperante.

Además, estos esquemas por supuesto se trasladan a y se traslucen en las relaciones personales que son frecuentemente concebidas única y exclusivamente en términos de dominación y sometimiento, como lo sugiere una conversación presenciada en uno de los

lugares de observación y experimentación en esta investigación, el transporte público, referente en este caso a una eventual relación afectiva¹³. Se advierte así no únicamente la factibilidad, sino a la par la necesidad urgente de incidir en y a través de la propia carne de lo social, los seres humanos que a través de la cotidianidad colectiva integran la multitud, posible o fáctica, según sea la ocasión.

Cómo lograr semejante cometido claro no conlleva una respuesta o solución unitaria, y por supuesto la cuestión no puede tampoco ser desechada o ignorada por cualquier análisis que se proponga algo más consistente que reducirse a una descripción pormenorizada de cierto estado de cosas, como inventario desglosado de tal o cual fenómeno o problemática del orden que sea. El verdadero conocimiento de la realidad necesariamente conllevará la puesta en práctica orgánica de la conciencia en su articulación con el mundo y como su razón de ser.

Bajo tal entendido y al respecto de uno de los tópicos frecuentes en el área de conocimiento en que se inscribe la presente investigación, recurrimos (nuevamente) a las formulaciones de Augusto Boal, en este caso al precisar tres niveles de la percepción, acto cognitivo que actúa como mecanismo básico en la apropiación vital —como necesidad esencial— del ser humano de un espacio concreto. Es decir, como requerimiento existencial de su asentamiento y reconocimiento en un territorio: *para ocupar nuestros territorios necesitamos percibir el mundo en que vivimos* (Boal, 2016: 195). Dichos niveles son la *información*, la recepción de estímulos del entorno que realiza el sujeto a través de los sentidos del cuerpo; luego el *conocimiento y la toma de decisiones*, momento en el que el sujeto (ser humano o cualquier otro animal) reacciona a la situación en que se encuentra, a partir de los datos aunados a conocimientos que ya posee; y por último la *decisión ética o moral*, nivel exclusivo del ser humano, en donde valora conscientemente las alternativas de que dispone y la generación creativa de otras probables, optando por alguna de ellas de acuerdo a sus inminentes consecuencias.

Así, de acuerdo con el autor, el ser humano otorga *sentido y valor* a las cosas que hace. La estética como percepción cabal y humana del mundo conlleva irrevocablemente a la acción, y esta será esencialmente creativa, puesto que a través de su intelecto imaginará toda suerte de cosas (ideas, objetos, sucesos, etc.) y en suma, inventará lo que —aún— no existe. La estética así comprendida en el ser humano deviene entonces naturalmente en conocimiento y acción, en otros términos *praxis*, creación. Se opone así la estética del

¹³ La conversación entre dos pasajeros culminó cierta temática con la siguiente aseveración: —Yo la verdad sí estoy buscando una relación donde yo domine, porque imagínate: ¡ser dominado y aceptarlo! Está mal...

oprimido, como expansión de lo perceptible, en todas sus implicaciones éticas y por ende prácticas, y viceversa, al proceso de partición de lo sensible (como lo detalla Ranciere).

Por otra parte, si la decisión ética es una valoración subjetiva, como afirma Boal, entendemos aquí que dicho juicio debe coincidir con valores objetivos (si no absolutos, al menos potencialmente universales), como son la vida, la libertad, la coexistencia pacífica. En su relatividad no podrían ser arbitrarios sino de forma indispensable armónicos con el ecosistema tanto natural como humano.

Comprobada la susceptibilidad de activación efectiva de las capacidades de vinculación e integración de las personas en la vida cotidiana, se requeriría la práctica de este tipo de intervenciones experimentales, desencadenado el proceso en diversos espacios, bajo una lógica de comportamiento rizomático, es decir articulado en redes. Superando de este modo la oposición entre la singularidad y la pluralidad, entre la libertad individual opuesta a la colectividad; estableciéndose la búsqueda consciente de un sistema de relaciones armónicas en términos holísticos: sujeto-grupo social-sociedad-naturaleza. El concepto de multitud (derivado del estudio del comportamiento de diversos conjuntos y movimientos sociales actuales), aporta una forma de organización a partir de la capacidad de este tipo de sistemas de coordinación y movilización orgánica (tendiente al equilibrio) de un conjunto diverso, la llamada *inteligencia del enjambre*.

En medio de este trance, en la dinámica social que se registra día con día en la actualidad, con particular énfasis en los ámbitos urbanos, se constata con frecuencia la convivencia de lo (que cabe denominarse como) oficial —lo sistémico normativo—, y lo subjetivo —la desviación y lo particular—. En todo caso, lo que está en juego en el proceso de paulatina totalitarización de la alienación de la sociedad y su resistencia, es la libertad de pensamiento, y así la libertad humana en general, desde la percepción —colectiva— del mundo humano como experiencia compartida esencial en la naturaleza de cada sujeto, hasta su transformación en acción como actividad productora del entorno y de la existencia toda de la humanidad. Ordinariamente, de forma coloquial, dichas potencialidades se hallan frecuente y predominantemente embotadas en una seudosatisfacción que diversos fetiches ofrecen como compensación (situación espectacular).

Pues incluso cuando el sujeto se identifica con el simulacro de realidad que le envuelve, reconociéndose en tal existencia, dicha realidad no es humana. Es trivial e infructuosa en comparación a las verdaderas capacidades individuales y colectivas que el ser humano, como especie, posee. Es humana en cuanto a creada por el hombre pero profundamente inhumana en las condiciones de existencia en que mantiene a millones de personas, la gran mayoría de la población mundial en nuestros días.

La alienación de la cotidianidad deviene bajo esta lógica en una particular especie de esclavitud mental, por medio de la distribución de lo común operada desde la fragmentación de lo perceptible, del mundo mismo para cada sujeto y para cada sociedad. Y la ruptura de ese orden a partir de una configuración colectiva de tipo reticular, es decir formas de gestación y desarrollo biopolíticas, resultan incuestionables como recurrencia necesaria bajo las condiciones de vida que las grandes urbes actuales comportan. Si las tensiones y conflictos son constantes, permanentemente actúan sobre el conjunto social, su evasión —aún efímera— deviene una liberación necesaria, reparadora, en el ciudadano cotidianamente sujeto a persistentes y agudas condiciones de subsistencia.

Finalmente, entre los puntos de anclaje en la pretensión participativa de proyectos de esta índole, vinculación referida al colectivo involucramiento creativo de los ciudadanos, figuran, además de los ya señalados hábitos comunes recreados en la cotidianidad pública (como fermento básico de innovación), la teatralidad conformante de lo social y la universal vocación humana de exteriorizar lo percibido, así como de producir o reproducir su medio (a la par de responder a éste), y la *estesis mundana* ejercida a partir de la *prosaica* o estética vertida en lo cotidiano. La percepción, que conlleva en el ser humano la decisión ética y la acción creativa en el día a día, complementan el sustento práctico que explica, en último término, la factibilidad y viabilidad pragmática de tentativas a un tiempo disruptivas —del orden normalizado y repetitivo— y constituyentes —de la posibilidad manifiesta de lo otro como acontecimiento—.

Ante la dificultad de modificar a cierta escala mínima las condiciones económicas y sociopolíticas, de manera que un sistema divergente se sostenga en un medio globalizado, se apuesta entonces por la ruptura —fugaz, pero recomenzada siempre— de la normalidad sistémica como liberación inmediata de las fuerzas y capacidades inherentes al espíritu humano, alojado en toda persona al margen de las sujeciones y limitaciones que la instrumentalización del medio social economicista impone de manera generalizada y extensiva. Esto se puede también expresar en otras palabras, como el acto de optar por la transgresión de lo ordinario operada desde la teatralidad social desregulativa, en su confrontación a la transteatralidad como aparato mediático de orden espectacular.

Y respecto a la distinción entre las prácticas disruptivas espontáneas y las artísticas (programáticas), solo resta concluir, puesto que unas se sustentan en otras, más que privilegiar en el análisis la valoración de algunas minimizando a las otras, resulta deseable la irrupción y proliferación de ambas, articuladas y mutuamente fecundadas, o confundidas, si se prefiere. Por su parte, la potencialidad de intervenciones de lo cotidiano desde posturas y elementos artísticos en la disrupción y modificación del orden social, especialmente como disgregación o suspensión del vínculo alienación-cotidianidad

urbana, puede seguirse en diversos ejemplos que aporta Ileana Diéguez en su obra aquí ya referida.

En el caso de las intervenciones llevadas a cabo en esta investigación, más que la eficiencia de los recursos artísticos (actuación, literatura, instalación) empleados como medios de provocación de situaciones de intercambio y confrontación dialógica, se corroboró la emergencia espontánea e inmediata de tales estados como sucesos efímeros pero significativos en una interacción abierta, ejercida desde la confluencia directa de individualidades (en ese momento) exteriorizadas creativamente. Por lo demás, la metodología situacionista no pretende dirigir de modo restrictivo los acontecimientos derivados de la alteración de la cotidianidad, sino solo detonarlos inicialmente, para después intervenir lo menos posible dándoles libre cauce a su desarrollo. En lo tocante a las intervenciones aquí efectuadas, se trata así mismo de la articulación de subjetividades que se crean y modifican mutuamente, a partir de la interacción sostenida de manera fortuita, activada por la operación de un acto dirigido, limitado a motivar su surgimiento y ocasionalmente incidir en su evolución.

En términos generales, lo común y colectivo en los sujetos parte de su condición compartida de enfrentarse a la afectación de múltiples problemáticas cotidianamente en el espacio público, entre ellas la movilidad atrofiada, dificultada de manera rutinaria en la ciudad. Y de forma consecuente, la ruptura de la vida cotidiana como generación de colectividades concretas en el entorno urbano continúa, presumiblemente, a partir de la empatía surgida en los individuos en la visibilización simultánea de su común posición, como ciudadanos que padecen condiciones sociales por demás adversas (corrupción, hacinamiento, contaminación, explotación, alienación, etcétera).

Particularmente, la aportación de este trabajo al diseño reside en la confirmación práctica efectuada durante su desarrollo, de la factibilidad y pertinencia de la aplicación de los recursos propios de la disciplina, en la elaboración de mensajes específicos que actúen como herramientas en la construcción de ejercicios de observación experimental, desde el estudio de lo social.

Se gestó y apreció un proceso de ampliación de lo perceptible, operado en el momento, al vincularse los elementos representados (por los *performers* y textos impresos) y combinarse en los perceptores con los conocimientos de cada quién, actuando entonces ellos y cada uno en consecuencia, tomando partido activamente. Proceso ocurrido también en los actores, según ellos mismos relataron posteriormente: la retroalimentación (inmediata, en conjunto a la asimilación y reflexión ulterior, concluida a mediano plazo) resultó especialmente fértil y aleccionadora, tanto a nivel personal como profesional (artístico).

Por último, en la generalidad del balance total de esta investigación, se reconoce la persistencia de la simultaneidad y combinación en la sociedad de elementos reguladores y su ruptura. En todo momento, y aun inserto en un contexto y una dinámica cotidiana alienantes, la identificación —trascendente— entre sujetos, permanece latente y es susceptible de suscitarse en la práctica de forma intencional. En cualquier situación propicia, se despliega con una vigorosidad que si no surge de un ejercicio constante, sí posee en cambio un afán resuelto de satisfacer la necesidad de comunicarse —en un sentido amplio y profundo— con el otro; es decir, hay una búsqueda continua e intensa tanto individual como a nivel colectivo por trascender la fugacidad de la reiteración cotidiana en la normalidad de la ciudad. Intensidad que se traduce en un despliegue enfático de la energía expresiva de la subjetividad —irreductible— de cada ser humano, por enormes períodos largamente contenida.

Conclusiones

Respecto a los avances y resultados alcanzados en esta investigación, por una parte, se comprobó la operación de afinidades básicas entre las subjetividades individuales de los ciudadanos, en principio, supuestamente atomizados o aislados entre sí. Tendencias que se traducen en relaciones en la emergencia y sostenimiento de prácticas de intercambio y mutuo reconocimiento. Dicha articulación pudo suscitarse de manera intencional en el espacio público con relativa facilidad, y su fluidez se establece por lo demás con una acusada frecuencia y vitalidad de forma regular en la vida cotidiana. Lo cual implica también el surgimiento de lazos solidarios a partir de tales prácticas cotidianas al interior de grupos específicos, pero también indiscriminadamente realizados como gestos en la generalidad en la ciudad.

La mencionada facilidad para provocar situaciones específicas se refiere a la sencillez de los elementos detonantes utilizados en el caso de los experimentos desarrollados. Estos son, los parlamentos circunscritos a una cuestión cotidiana común y ordinaria en la discusión inicial de la intervención en el Metrobús (caso 1): una manifestación pública que obstruye el tránsito vehicular en la ciudad; y en el puente peatonal (caso 2), las botellas de plástico tan comunes en el paisaje urbano como basura arrojada en la calle, además de los mensajes breves contenidos en éstas que sintetizaban ideas y pensamientos de contenidos universales, con los que fácilmente las personas pueden identificarse vinculándolos consigo mismos.

Se comprobaron asimismo la factibilidad y utilidad de los planteamientos situacionistas aplicados en el actual contexto particular de la ciudad de México, así como la presunta plurivalencia de la cotidianidad argüida hipotéticamente al comienzo de esta investigación. A la par, se constató la naturaleza de la esfera pública configurada en el ámbito urbano como espacio dinámico y en constante producción y reproducción, potencial y concretamente, por los propios ciudadanos.

La irrupción de las prácticas artísticas en la cotidianidad significa, en las intervenciones realizadas y para aquellos usuarios que poseían ya una postura u orientación críticas, una ocasión de confirmar, reforzar y desarrollar su posición, al expresarla pública y creativamente, generando con ello la posibilidad de influir positivamente, en el mismo sentido, en los demás. Se creó un foro de reflexión y discusión de forma incidental, puesto que para quienes no se plantean la cuestión en particular —la organización de marchas callejeras— en el caso 1, y del constante cuestionamiento de la autoridad y de la existencia de libertad en el orden actual, en el caso 2, sino en términos más bien de

censura o de abierta oposición irreflexiva, para ellos se abren posibilidades de acceder a conocimientos y puntos de vista distintos a los dominantes y habituales, dada la supremacía del discurso mediático masivo. Mientras que argumentaciones que explícitamente lo contravienen en su hegemonía o principios solo se pueden hallar en círculos académicos, artísticos, científicos, periodísticos y políticos críticos, todo ellos esferas o ámbitos tradicionalmente reducidos.

Este foro repentino y fugaz de comunicación directa, horizontal, de debate crítico colectivo que disuelve momentáneamente la anonimidad del espacio, es la fractura de la alienación en el espacio público y el tiempo cotidiano. Ruptura temporal en el plano de lo colectivo, pero que en los individuos favorece la posibilidad de una reflexión ulterior, para en tal caso, confluir nuevamente con otras subjetividades y trascender, idealmente, en la incidencia consecuente de un actuar conjunto, organizado.

Así, la función del arte en el común espacio urbano alienado no consiste en el *embellecimiento* del ambiente, o en amenizar la cotidianidad en su reiteración monótona liberándola del tedio; sino en abrir, diversificar y profundizar los márgenes habituales en que se desenvuelve la percepción, el pensamiento y la conducta de las personas en la normalidad de los espacios caracterizados como públicos en la ciudad.

En lo tocante a posibles perspectivas abiertas y pendientes por desarrollar, entre las múltiples posibilidades que se pueden generar a partir de las experiencias y los preceptos aquí sostenidos, revisten especial interés, desde mi perspectiva, la realización de situaciones (intervenciones en espacios públicos) a mayor escala, en cuanto al número de personas involucradas de manera fortuita en un determinado momento en el espacio urbano, así como la producción de experimentaciones *situacionistas* desde colectivos integrados de forma indiferenciada por ciudadanos comunes, es decir, por las propias personas indistintamente de su ocupación y demás características particulares, sujetas a las mecanismos y condicionamientos propios del contexto definido como alienante —y alienado—, y distanciados del ámbito del arte, tanto del consumo o acceso como público espectador, como de todo proceso de producción.

Se presupone en cambio, idealmente, su participación se lleve a cabo no circunscrita de manera fortuita sino desde la organización y planteamiento de los mismos experimentos. En cuanto a posibles rutas de investigación, considero que en el análisis de la crisis del espacio público, la incidencia de la alienación en esta esfera permanece todavía en estado latente o cuando menos incipiente. Si bien factores como la degradación de esta esfera desde la actuación de los procesos de privatización y segregación en las ciudades contemporáneas, por mencionar algunos ejemplos, son ampliamente estudiados y comentados, la degradación de lo público en cambio a partir de la actuación de elementos

propios de la cotidianidad determinada como campo de alienación masiva, resulta aún escasamente explorada ante el avasallamiento de fenómenos más discutidos, como los mencionados previamente.

Así mismo, se hallan pendientes por explorar a profundidad la ruptura o disolución temporal de tales estados de extrañamiento y distanciamiento de los sujetos de su propia realidad, esto es, de su entorno, de los demás y de sí mismos, sea a partir de las propias iniciativas y dinámicas individuales y grupales gestadas de manera regular y coloquial en la cotidianidad de los propios ciudadanos, o sea desde la participación de tentativas y proyectos artísticos derivados en prácticas realizadas en y desde el espacio público. El diseño, por su parte, concebido y aplicado como herramienta de trabajo en el análisis y modificación del espacio social, conlleva múltiples y amplias posibilidades de exploración y operación en la realidad concreta, en este caso particularmente en la vida cotidiana como dimensión específica de la vida humana.

En la negociación necesaria entre los distintos sujetos (individuales y colectivos) que confluyen en el espacio urbano, superando tentativamente la imposición de dinámicas de organización y funcionamiento unilaterales y/o arbitrarias que acentúan las desigualdades y limitaciones subyacentes al actual contexto moderno-posmoderno, la operación de proyectos de esta naturaleza, desde sus aspectos y componentes calculados y dirigidos a fungir como mediación entre los actores involucrados, el arte y el diseño poseen una evidente utilidad práctica como factores de aglutinamiento y proyección de las capacidades de acercamiento e integración en la ciudad (lo público), que devengan en la materialización de dimensiones de comunidad y cohesión social en términos — pretendidamente al menos — más armónicos o equilibrados.

En este sentido, en la conformación del territorio, o la territorialización indispensable a practicar por todo ciudadano en cuanto ser vivo ubicado en un determinado espacio — físico y social —, revisten particular importancia las disciplinas en cuestión (arte y diseño) como dispositivos de partida y evolución de experiencias participativas en los ciudadanos que impliquen, inevitablemente, la constitución de ciertas nociones de reconocimiento y adscripción tanto emotiva como racional a un específico espacio compartido.

Sobre la utilidad de la presente investigación, en principio el desarrollo de una metodología que incorpore la alteración de la vida cotidiana como experimentos de observación y apreciación de sus dinámicas y elementos, posee determinada valor para, entre otros propósitos y como se constató en el transcurso de este trabajo, visibilizar la naturaleza de lo común y de los hábitos como fuentes de la producción de la realidad en una forma dinámica y particular, pues es a partir de estos hábitos, de su previa existencia y de la activación de las relaciones que conllevan, como puede concretarse el

establecimiento del ámbito público en la cotidianidad (¿intimidad?) de la ciudad. Una esfera que contrarresta y limita la totalización de la alienación y la contemplación espectacular, desde la condición irreductible de la naturaleza humana —creativa y autónoma— y de las capacidades-necesidades de colectividad intrínsecas a ella.

En el mismo sentido, en el contexto de los estudios urbanos y la relación establecida con las prácticas artísticas, cabe apuntar la mutua expansión de sus respectivas esferas a partir de su conjunción o cruce liminal, como combinación fértil e innovadora, que incide además en la orientación crítica de ambas disciplinas. Ante la agudeza de las condiciones de vida en la sociedades urbanas actuales, la urgencia de lecturas y enfoques analíticos que no solo definan y expliquen los fenómenos propios de los espacios y procesos contemporáneos, sino que a la par aporten orientaciones teóricas y herramientas de construcción y consolidación de proyectos y experiencias prácticas de organización y comunicación distintas al orden hegemónico que conocemos.

De forma análoga, el desarrollo de prácticas artísticas en el contexto del llamado *fin de la historia* y la expansión acelerada en la institución de un pretendido *pensamiento único*, la contestación explícita y liberadora —ideológica, simbólica, estética (afectiva)— se torna aún más urgente y primordial en el restablecimiento de las dimensiones de la experiencia humana en retroceso ante el orden social (obsesivamente consumista y productivista) avasallante.

Esta identificación del arte actual con una indispensable orientación y sentido críticos, y por consecuencia y a través de tales cualidades vinculado a la esfera pública, es señalado de manera puntual a continuación, de forma además coincidente con la consecución del presente proyecto:

Si al concepto de espacio público le añadimos el de *esfera pública*—categoría analizada por Jürgen Habermas—, en la cual los ciudadanos pueden crear estados de opinión críticos contra el estado, el sistema o la institución establecida, en este contexto, el arte crítico deviene elemento clave para intervenir en la esfera pública y propiciar la unión entre espacio público y esfera pública, convirtiendo el espacio público en *espacio político* (Parcerisas, 2007: 25).

Por lo demás, en el caso de las intervenciones propias, efectuadas en el transcurso de esta investigación, no se buscó en absoluto crear una obra de arte colectiva, sino en todo momento y específicamente, generar procesos de manifestación creativa y crítica en la cotidianidad alienada de los espacios urbanos más característicos y en suma discordantes con el probable establecimiento de transacciones directas entre subjetividades dispersas, o ajenas entre sí.

Las contradicciones y antagonismos en este proceso por supuesto no se resuelven de fondo, por hallarse su origen en las condiciones totales que rebasan la esfera de lo cotidiano en la ciudad, no obstante su visibilización puede efectivamente redundar en la eventual resolución consciente —crítica— por parte de los mismos sujetos involucrados en tales dinámicas sociales.

El arte genera nuevos instrumentos para activar la intervención en el espacio público y volverse una herramienta de participación democrática en la resolución de los conflictos, acortando la distancia entre el ciudadano y el contexto (Ibíd).

Conforme a ello, en medio de estas *situaciones* construidas (programáticamente) o de manera espontánea, los ciudadanos de forma autónoma y al margen de las instituciones y mecanismos regulatorios presentes en la sociedad actual, en esencia urbana, establecen efectivamente interacciones e intercambios en términos recíprocos, igualitarios, es decir, de una naturaleza de orden democrático propio de la mencionada esfera pública. Equivalente a la conformación de la dimensión política de lo urbano, en su acepción como espacio de encuentro y diálogo constructivo y productivo en sentido plural y armónico, idealmente al menos, es decir en el sentido de la base conceptual fundacional de la sociedad moderna.

Consecuentemente, la ocurrencia de situaciones y experiencias colectivas de esta índole, aún de manera parcial y efímera en un entorno alienado, constituyen factores y elementos básicos de la territorialización anteriormente apuntada como asentamiento necesario, como requerimiento prioritario en el surgimiento y devenir inherentes de los grupos humanos. Es la necesidad reiterada de un centro geográfico y afectivo como lugar propio.

Por otra parte, en medio de la expansión del arte en su confluencia con la vida cotidiana ¿qué significa la disolución de la división entre espectadores y artistas? En el caso de experimentaciones interdisciplinarias como esta, representa la concreción de la acción productora de la realidad por parte de los individuos, por medio de la percepción y creación de lo público —como espacio de expresión y comunicación antinormativa y antiheteronómica— en un tiempo y lugar cotidianos.

Y en términos generales, en todo caso su función, la del arte en el espacio público, se distancia ostensiblemente de la ornamentación del espacio urbano para desembocar en cambio en la dislocación y desmontaje de los paradigmas y marcos imperantes de pensamiento y comportamiento, de percepción y vinculación afectiva a lo común, así como la oposición efectiva a los artefactos discursivos-ideológicos que constriñen el campo de lo real a la forma y dimensión apropiadas para la reproducción del conjunto del

sistema económico (producción y consumo) establecido, en el mínimo margen continuamente necesario que además permita la actuación diversa y autónoma (en cierto margen) de los sujetos que la conforman.

Finalmente, y a propósito de las posibilidades de escalar la magnitud de prácticas públicas de empoderamiento consciente desde el arte, en su vertiente política y participativa como se ha acotado aquí a lo largo de la exposición argumentativa desarrollada, la confluencia incluso inadvertida de individualidades a un tiempo partícipes de la misma problemática, se desborda como espacio de conjunción de capacidades articuladas que exceden las posibilidades individuales de los sujetos aislados, a partir del establecimiento de un ámbito de emotividad empática:

Ese espacio común afectivo (...), se convierte en una precondition de la emergencia política colectiva: la crisis vivida como una experiencia privada o un problema particular de ciertos colectivos se transforma en conflicto público que busca disputar hegemonías e influir en las relaciones sociales de poder (Expósito, 2014: 50).

Por consiguiente, un campo de acción idóneo para cualquier tentativa de incidencia y transformación social crítica, tanto desde el arte como desde los estudios científicos, se sitúa primordialmente en la esfera de lo sensible común, de la estética cotidiana, es decir, en la percepción y significación emotiva de todos los días, practicada por la generalidad de los habitantes de las urbes actuales.

En consecuencia, la cristalización de lo público en la ciudad no deriva como espacio inocuo de convivencia repentinamente armónica y reparadora de los conflictos sociales, sino la materialización o revelación “tangible”, es decir perceptible, de las contradicciones y tensiones existentes en la sociedad, en contraposición a su ocultamiento o normalización de acuerdo al mecanismo espectacular que erige la disgregación de la realidad en las conciencias de las personas, y perfila su sustitución por la simulación individualista compartida, que reduce la esfera de actuación de los ciudadanos a su papel como trabajadores y espectadores-consumidores de mercancías —intangibles— sustancialmente fetichizadas.

Un arte y un análisis teórico no orientados a la transformación del medio actual, están condenados a la esterilidad, a la inocuidad de un discurso reiterativo. Si la alienación de la vida humana en su forma actual es una constante característica de los procesos de globalización, ahora en plena expansión, la tarea académica no es más redefinir el fenómeno ni perpetuar el debate entre la pertinencia del concepto y la vigencia de los procesos que describe, o su superación e inexistencia en el contexto presente, definido

por la primacía del consumo proyectado como ideología. Reside en cambio dicha labor en la búsqueda de formas de modificar dichas condiciones.

Y por su parte, el arte no puede poseer mejor propósito en un medio social crítico, tanto como lo es el nuestro actualmente, que el de develar y contravenir el aparato conceptual y emotivo que lo soporta.

Bibliografía

- Augé, Marc (1992), *Los no lugares. Espacios del anonimato. (Una antropología de la sobremodernidad)*. España: Gedisa.
- Arendt, Hannah (1958), *La condición humana*. España: Paidós.
- Barthes, Roland (2006), *Mitologías*. México: Siglo XXI.
- Bartra, Roger (1987), *La jaula de la melancolía*. México: Grijalbo.
- Bell, Daniel (1977), *Las contradicciones culturales del capitalismo*. México: Alianza.
- Boal, Augusto (2016), *La estética del oprimido*. Argentina: Interzona.
- Boal, Augusto (1982), *Teatro del oprimido 2*. México: Nueva imagen.
- Borja, Jordi (1975), *Movimientos sociales urbanos*. Argentina: Siap-Planteos.
- Borja, Jordi (2013), *Revolución urbana y derechos ciudadanos*. España: Alianza.
- Bourriaud, Nicolas (2013), *Estética relacional*. Argentina: Adriana Hidalgo.
- Braudel, Fernard (1984), *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII. Tomo I. Las estructuras de lo cotidiano: lo posible y lo imposible*. España: Alianza.
- Cacciari, Massimo (2009), *La ciudad*. España: Gustavo Gili.
- Castoriadis, Cornelius (2013), *La institución imaginaria de la sociedad*. España: Tusquets.
- Canclini García, Néstor (2006), *La producción simbólica. Teoría y método en sociología del arte*. México: Siglo XXI.
- Certeau, Michel de (1999), *La invención de lo cotidiano*. México: IBERO/ITESO.
- Debord, Guy (1957), *Informe sobre la construcción de situaciones y sobre las condiciones de la organización y la acción de la tendencia situacionista internacional*, en *Internationale Situationiste*, núm. 1-6; trad. en *Internacional situacionista, vol. I: La realización del arte* (1999). España: Literatura Gris.
- Debord, Guy (2003), *La sociedad del espectáculo*. España: Pre-Textos.

Debord, Guy (1958), *Tesis sobre la revolución cultural*, en *Internationale Situationiste*, núm. 1-6; trad. en *Internacional situacionista, vol. I: La realización del arte* (1999). España: Literatura Gris.

Debord, Guy (1961), *Perspectivas de modificación consciente de la vida cotidiana*, en *Internationale Situationiste*, núm. 1-6; trad. en *Internacional situacionista, vol. I: La realización del arte* (1999). España: Literatura Gris.

Marx, Karl y Engels, Friedrich (1976), *Escritos sobre arte*. Argentina: Futura.

Deleuze, Gilles y Guattari, Félix (1997), *Rizoma*. España: Pre-Textos.

Cometti, Jean-Pierre (2014), *Exterior Arte*. Argentina: Biblos.

Diéguez Caballero, Ileana (2007), *Escenarios liminales*. Argentina: Atuel.

Dubatti, Jorge (2016), *Teatro-matriz, teatro liminal*. Argentina: Atuel.

Expósito, Marcelo (2014), *El arte no es suficiente*; en *Estética y emancipación. Fantasma, fetiche, fantasmagoría*; Botey, Mariana y Medina, Cuauhtémoc (coord.); México: Siglo XXI.

Feral, Josette (2003), *Acerca de la teatralidad*. Argentina: Nueva Generación/UBA.

Foucault, Michel (1984), *Enfermedad mental y personalidad*. España: Paidós.

Foucault, Michel (2008), *Vigilar y castigar*. México: Siglo XXI.

Fromm, Erich (1992), *Espíritu y sociedad*. México: Paidós.

Fromm, Erich / Horowitz, I. L. / Marcuse, Herbert / Gorz, André / Olea Flores, Víctor (1968), *La sociedad industrial contemporánea*. México: Siglo XXI.

Giddens, Anthony (2004), *Consecuencias de la modernidad*. España: Alianza.

Goldmann, Lucien (1992), *La creación cultural en la sociedad moderna*. México: Fontamara.

González, Malala (2015), *La organización negra. Performances urbanas entre la vanguardia y el espectáculo*. Argentina: Interzona.

Hardt, Michael y Negri, Antonio (2004), *Multitud. Guerra y democracia en la era del Imperio*. España: Debate.

Israel, Joachim (1977), *Teoría de la alienación*. España: Península.

- Jameson, Fredric (2005), *La lógica cultural del capitalismo tardío*. España: Trotta.
- Kosík, Karel (1967), *Dialéctica de lo concreto*. México: Grijalbo.
- Lefebvre, Henri (1978), *El derecho a la ciudad*. España: Península.
- León, Emma (1999), *Usos y discursos teóricos sobre la vida cotidiana*. España: Anthropos/UNAM.
- Mandoki, Katya (2006), *Estética cotidiana y juegos de la cultura: Prosaica I*. México: Siglo XXI.
- Marcuse, Herbert (2001), *El hombre unidimensional*. España: Ariel.
- Melchinger, Siegfried (1958), *El teatro en la actualidad*. Argentina: Galatea/Nueva visión.
- Moles, Abraham y Rohmer, Elisabeth (1983), *Micropsicología y vida cotidiana*. México: Trillas.
- Monsiváis, Carlos (1996), *Los rituales del caos*. México: Era.
- Parcerisas, Pilar (2007), *Arte y contexto. Hacia una redefinición del espacio público y el arte político*; en *Arte, experiencias y territorios en proceso*. España: INDESITAT.
- Ranciere, Jacques (2013), *Aisthesis. Escenas del régimen estético del arte*. Argentina: Manantial.
- Ranciere, Jacques (2011), *El destino de las imágenes*. Argentina: Prometeo.
- Ranciere, Jacques (1999), *El reparto de lo sensible*. Chile: LOM.
- Sánchez, Alma (2003), *La intervención artística de la ciudad de México*. México: CONACULTA-INBA.
- Sartre, Jean Paul (1976), *Realidad social y expresión política*. Argentina: Síntesis.
- Schaff, Adam (1979), *La alienación como fenómeno social*. España: Grijalbo.
- Subirats, Eduardo (1989), *El final de las vanguardias*. España: Anthropos.
- Villegas, Juan J. (2002), *Algunos fundamentos teóricos para una historia multicultural del teatro en América Latina*; en *Teatro XXI*, núm. 15, año 8. Argentina: Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- Voltaire (1999), *Cándido*. México: Bibliotex.